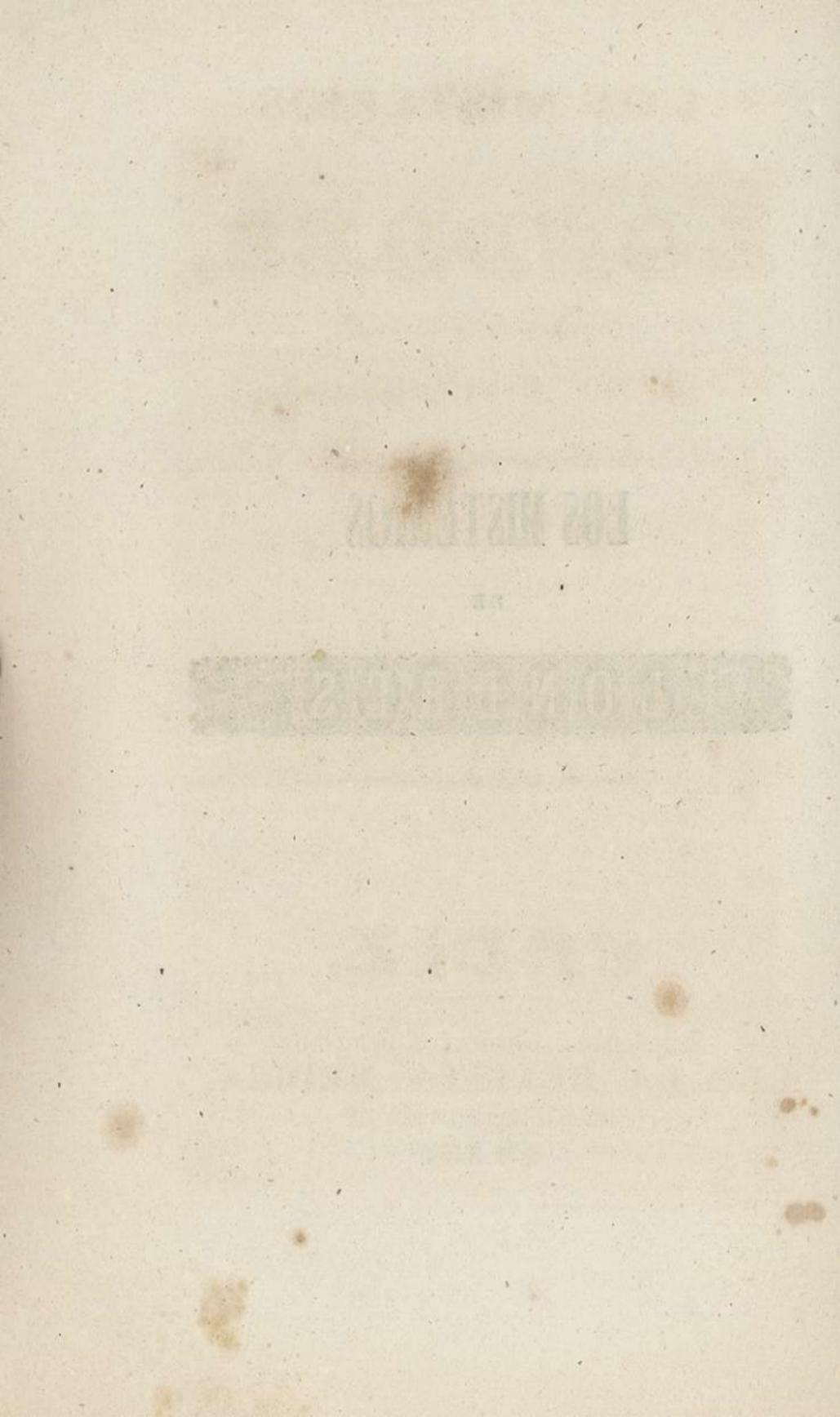


LOS MISTERIOS

DE

LONDRES



LOS MISTERIOS

“

LONDRES.

Novela escrita en inglés,

por Sir Francis Trollope,

y trasladada al español de la versión francesa

por D. I. M. de A.

TOMO OCTAVO.

CAJALZ.

Imprenta, librería y litografía
DE LA REVISTA MEDICA,

plaza de la Constitución núm. 11.

1845.

FOR THE YEAR 1883

1883

THE

REPORT

OF THE

COMMISSIONERS

OF THE

LAND OFFICE

OF THE

STATE OF

NEW YORK

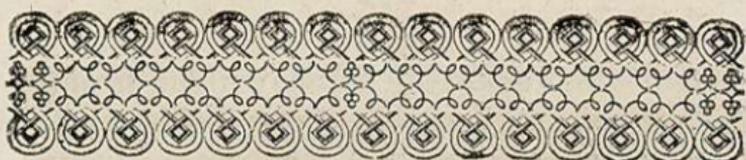
1883

ALBANY:

WHELAN & COMPANY, PRINTERS.

1883

NEW YORK



LOS MISTERIOS DE LONDRES.

Parte cuarta.

El marqués de Rio-Santo.

CAPITULO 1.º

DOS SOLES POR UNA LUNA.



CASI era la hora en que el honorable, Brian de Lancaster, de vuelta ya á el n.º 9 de Wimpole-Street con una escolta de policia, reconoció que su corta ausencia habia bastado para que evacuasen la casa.

La noche estaba magnífica. La humedad

de la mañana, amontonada en las aceras por un viento glacial del norte, formaba de cada calle un brillante espejo, sobre el que los transeuntes se resbalaban, tropezaban, y caían, con inefable contento de todos los Snail de la capital del imperio británico.

En las inmediaciones de Portland-Place hacía el centro de la calle de Deronshire, había apesar del intenso frío, una multitud considerable, reunida delante de una puerta abierta. Aquella multitud se componía solamente de hombres, que tenían entre sí una especie de semejanza, aun cuando algunos llevaban la librea de la miseria, mientras que los otros estaban ataviados con vestidos muy decentes. Seguramente eran cohermanos, pues se apretaban, se pisaban, se empujaban, con la mejor amistad, y sin escepcion de vestidos.

Casi todos tenían bajo del brazo enormes paquetes de diarios: solo los mas elegantes estaban privados de aquel ornato, pero los seguían uno ó mas lacayos, cargados como mulos del mismo género. Todos hablaban á la vez. Extraños gritos salían de aquella cohorte, mezclándose á filosoficas reflexiones, á muy conocidos chistes y á carcajadas de risa.

En la puerta abierta había cuatro ó cinco lacayos con libreas, ocupados incesantemente en echar á la multitud paquetes de papeles húmedos y que esolaban ese olor nauseabundo que Dios ha dado á los diarios para prevenir sin

duda al público contra sus impudentes mentiras, lo mismo que ha puesto unas sonajas en el anillado cuello de la serpiente de cascabeles.

—Doce para Pleydell y Browne! decía una voz en la multitud.

—Doce para Pleydell y Browne! repetía uno de los lacayos.

Estas palabras corrían de boca en boca, y llegaban hasta un escribiente cuya cara apergaminada y fosil estaba á dos pulgadas de su registro.

El escribiente borroneaba algunas palabras y repetía con voz sobre aguda:

—Doce para Pleydell y Browne. Marchad.

Un paquete se había concluido.

—Cuarenta para Gilbert du Strand!

—Veinte y cinco para mistress Dodson!

—Doscientos para Howard et Flower!

Y los pliegos llovían escaldando aquel húmedo y acre olor de que acabamos de hablar. La venta era soberbia. A medida que el escribiente fosil verificaba los resultados, su apergaminado semblante tomaba hermosos y delicados matices, y cuando al fin Howard et Flower pidieron doscientos números, el escribiente soltó su pluma de metal, con el objeto de frotarse las manos.

Pero ni aun siquiera tuvo tiempo, pues los gritos exteriores se aumentaron. Entonces volvió á tomar su pluma de fierro prometiéndose

formalmente beber un azumbre de cerbeza por tan plausible motivo antes de acostarse.

—Setenta y cinco para Prior!

—Cincuenta para Goodridge!

—Ochenta para Samuel Lorrther!

Y otros cien nombres mas! y otros cien pedidos, en tales términos que saliendo una voz de lo interior del despacho, pronunció triunfalmente estas palabras:

—La tirada se ha agotado ya, señores.

Se oyó un grito universal.

—Haced otra tirada nueva! gritaron: dos mil, tres mil, diez mil!..... Todos los tomaremos!

—Las formas están ya desbaratadas, señores.

Quisieron protestar, pero las dos grandes hojas de la puerta giraron con prontitud sobre sus goznes, y la amarillosa cara del escribiente desapareció de la vista de todos.

Esto sucedia á la puerta de M. Timothy Overflou editor del periódico *the Moon* (la luna) diario de la noche. La multitud reunida en la calle se asemejaba á un *rush* (1) de hombres ó compradores de periódicos.

Bien se sabe que en Inglaterra los periódicos no llegan al lector del mismo modo que en el continente. En Lóndres se ignora, ó como suele decirse no se conoce á ese amigo querido del cajista de un periódico, ese arrendador de

(1) Enjambre.

la inteligencia de los redactores, ese locatario de la prosa mala ó buena, colocada diariamente en enormes columnas, y preciosas sin duda si la cantidad puede reemplazar á la calidad; en una palabra, se ignora lo que es un abonado.

No hay suscripciones por mucho tiempo entre las gacetas y los lectores. Diariamente hacen estos últimos su eleccion entre todos los gigantescos y parlanchines *periódicos nuevos* de Lóndres, casi como el gloton parisien revisa los platos de su comida en la lista de una fonda. Y, observad el contraste! el inglés que pasa pedadamente del *Times* al *Sun*, del *Sun* al *Globe*, del *Globe* al *Courrier*, se fija en su tajo de vaca, asi que se trata de comer, á par que el francés cuyo voltario paladar pasa en revista semanalmente todos los manjares del *cocinero real*, permanece fiel al abono de su periódico por espacio de muchos años.

Johon Bull no tendrá mas que la fidelidad de el estómago?....

Entre nosotros la publicacion de un periódico se hace por la mediacion de corredores (newsmen) de los cuales algunos son millonarios. Otros, en contraposicion, llevan consigo su fortuna, en la raida faltriquera de su vieja lebita negra.

Regularmente el periódico *The Moon*, pequeño diario de la tarde salia en el mas completo silencio, y no llegaba á casa de los corredores, si no tenian cuidado de llevarlo: pero

este día había una noticia, una gran noticia! La tirada de todos los ejemplares no había sido suficiente para la afluencia de los compradores. Cada uno quería saber y leer por si mismo.

Hacia mucho tiempo que no se había excitado semejante curiosidad, y seguramente no era sin motivo. No se trataba de una noticia vulgar, de uno de esos *puffs* tan comunes entre nosotros, y cuya palabra han adoptado nuestros vecinos para introducirla en su lenguaje usual. No se hablaba de la serpiente del mar, ni de la ternera de Cornouaille andando con la ayuda de doce patas, ni de la oveja tenor, ni del Americano incombustible acostumbrado á alimentarse con pólvora fulminante, sazónada con plomo derretido. Vaya! todas estas son tonteras, buenas cuando menos para los días de hambre en que *el editor* faltó de imaginacion atormenta en vano su triste cerebro, y no encuentran ningun plato nuevo, digno de satisfacer la curiosidad publica.....

Esta vez correspondia á la historia y estaba en juego una persona real.

Seguramente que no era nada menos que esto. Una muerte odiosa, un asesinato impio se habia cometido, ó cuando menos intentado, hasta en las azoteas del palacio de Kew.

Y en quien, Dios mio! en una graciosa niña, que casualmente podia ser llamada á suceder al trono, en la esperanza de los tres reinos, en la princesa Victoria, en una palabra, en

la hija de S. A. R. el duque de Kent, y sobrina de S. M.

Se conocia en esto el infernal espíritu de el radicalismo, y por consiguiente era necesario comprar, á cualquier precio que fuese para devorar los pormenores de aquella atrocidad eminente y curiosa, el *Evening-Post*, el *Standard*, el *Evening-Mail* y el *Moon!*

Ademas esperaban encontrar en aquellos periódicos ó en algunos de ellos, el nombre del miserable cuya sacrilega mano etc. etc.

Fué un terrible disgusto para los corredores que, habiendo llegado demasiado tarde, no pudieron hacerse ni aun de un número del *Moon*; tan abandonado regularmente. Se formó al instante una especie de bolsa, delante de la puerta de M. Timothy Overflow. Unos querian comprar por segunda mano, á dinero constante algunos números de el afortunado periódico: otros proponian cambios.

=Un shelling por cada ejemplar del *Standard*, decia uno.

=Seis peniques mas del precio corriente por cada *Evening-Post!* gritaba otro.

Un *Times* por un *Evening-Mail!*

=Dos *Suns* por un *Moon!*

Regularmente en aquella multitud de corredores, las ofertasson en sentido contrario. Un *Times* está valuado en cuatro ó cinco *Standards*, y sería necesaria una docena de *Lunas* para pagar un *Sol*.

Lo que está mas conforme con la gerarquía astral.

Sin embargo, de cada lado de la calle se aumentaban los curiosos. Unos sabian ya de lo que se trataba, y otros querian saberlo. El círculo de los corredores se vió muy pronto cercado en otro círculo mas numeroso y no menos alborotador, que se acercaba por instinto á aquel monton de papeles impresos. Las mas contradictorias narraciones circulaban por entre aquella multitud parlanchina é instigada por saber.

—Oh! mi querido señor! gritó la voz agria y cantante de mistress Crubb, que con el rumor de las historietas, habia rodado desde Cornhill hasta aquel parage: os juro por mi salvacion que estoy muy bien informada..... Mistress Footes lo sabe por el cuñado de mistres Croscain, que es herbolario, en *pleasure-ground* de Kew..... Era una amazona, montada en un gran caballo..... Y tiró á la querida niña, veinte y siete flechas emponzoñadas, caballero!

—Es posible, señora!

—Muy posible, caballero! Pues los de la guardia azul llegaron, y esos valientes muchachos la picotearon á hachazos y á su gran caballo, como si fuese carne para un pastel.

—Y han hecho muy bien! Truenos del cielo! que el diablo me acribille! Tempestades! dijo el capitan O' Chrane, que viéndose libre un momento por el sueño de Saunder, paseaba

por aquel lado los encantos extraordinarios de mistress Dorothy Burnett; muy bien han hecho los miserables comedores de carne del rey..... ¿Pero no podría hacerse uno de un periódico por tres peniques? por el mismo agujero del infierno!

—Por tres peniques!..... Un periódico! exclamó mistress Crubb, un periódico por tres peniques..... Buena noche, Dorothy, prima mia..... Conozco á una muger, hija mia, que daría medio soberano por hallarse en lugar vuestro..... Oh! capitan O' Chrane, la pobre mistress Bloomberry se ahoga en vuestro soda-water. Y por lo que respecta al periódico..... Tres peniques!.... Mistress Bull, tan cierto como mañana será de día, ha pagado diez y ocho peniques por un periódico..... Ah! Dios mio! este ha sido un gran acontecimiento.

—Y yo os digo, gritó otra voz femenina que podía ser muy bien la de mistress Black ó mistress Brown, y yo os digo que es un salvaje de la ecsibicion de Regent-Street. Ha herido á la pobre princesa, á quien Dios bendiga, de un mazazo en la cabeza.....

—No es eso! contestó un chiquitin era un irlandés católico, un vil mendigo del otro lado del canal, un.....

—No estais bien informado, ha sido un caballero! Se ha encontrado su caballo muerto en medio del parque del Regente..... magnífico caballo!

Cuántas fábulas se cuentan en Londres! dijo mistress Crubb encogiéndose de hombros.

La historia de las veinte y siete flechas emponzoñadas era la única que le parecía ofrecer un grado bastante suficiente de verosimilitud.

—Que Dios me condene! gritó el capitán O' Chrane enderezando sus seis pies, á fin de dominar á la multitud: alguno de vosotros compradores de papel borroneado. ¿quiere darme un periódico por cuatro peniques?

Ninguno le contestó: pero entre los corredores, las ofertas de cambio de los periódicos de la mañana y la tarde, proseguían siempre, y estas palabras llegaban á los oídos de la multitud, repetidas hasta la saciedad.

—Media corona por dos *Standarts!*

—Un *Times* por un *mail*.

—Dos *Soles* por una *Luna*.

Mientras que la *multitud* de los vendedores de periódicos zumbaba, se agitaba, ávida, chillona, como toda reunion mercantil, un hombre que, esceptuando su estrambótico atavío, parecía ser tambien un corredor, se anticipó á sus cohermanos, y vendía muchos números al público. Se le veía deslizarse tortuosamente por la muchedumbre, dando al primer recien venido sin regatear y por la mitad de su precio, los preciosos ejemplares de esos mismos periódicos que se disputaban con tanta energia delante de la puerta de M. Timorthy Overflow.

Parecia sobre todo muy solícito en vender. Asi que concluia la venta , su mano vaciaba el dinero recibido en una enorme faltriquera abierta delante de su harapiento vestido, y desaparecia. Cuando agotaba el paquete de periódicos que llevaba debajo del brazo, registraba tan pronto á derecha como á izquierda en las faltriqueras que abundaban en su destrozado vestido, y siempre sacaba un paquete nuevo.

—¿Qué quereis, escelente señor? preguntaba: ¿qué deseais , hermosa señora?... Un *Standart*? aqui lo teneis.... Un *Evening-Post*? miradlo..... ¿Una *Luna*? lindo periódico caballero mio, tomad! tomad! tomad!

Pasaba, y los shellings y los seis peniques caian sin intermision en su vasta faltriquera.

—Por aqui , vendedor de mentiras , por Satanás, y sus cuernos! gritó el capitan O, Chrane en el momento en que pasaba inmediato.

—Aqui estoy, caballero.

—Por el agujero del tophet! añadió Paddy admirado, será posible que esa vil serpiente de Bob , el buen muchacho , se haya transformado en corredor!..... oh! que Dios me castigue!

Bob le alargò un *mail* y recibió un *scheeling* con órden de devolver ocho peniques.

Se llevó la mano al bolsillo.

—Y desde cuando triste piojo, Bob por el mismo infierno! camarada mio?..... comenzó Paddy.

Pero Bob estaba ya lejos. En un volver de cabeza habia vendido un *Evening-Post* á mistress Crubb, un *Moon* á la voz chillona; y un *Standert* al chiquitin.

Estos cuatro afortunados poseedores de aquellos periódicos tan deseados se acercaron á la luz de un reverbero, para satisfacer con avidéz su alterada curiosidad. El capitán Paddy casi olvidò maldecir á su camarada Bob, á ese vil pícaro! tantos deseos tenia de leer.

Pero apenas la luz del gas dió en los periódicos comprados, cuando se percibió una cuádruple exclamacion de disgusto.

—Dios me condene! dijeron el chiquitin y el capitán.

—Ah! Dios mio! gritaron la voz gañidora y mistress Crubb.

El *Standert* que habia recibido el chiquitin tenia ocho dias de fecha. *El Moon* de la voz gañidora era del mes anterior. *El Post* de mistress Crubb tenia un año de fecha, y *el Evening mail* del buen capitán daba una razon exacta y detallada de la batalla de Waterloo.

—Trueno del cielo! murmuró Paddy rasándose la oreja, ese abyecto pendejo tiene mas talento de el que se encierra en las dos cámaras, ó que me vea puesto sobre las ascuas por las mismas uñas de Satanás.

Las otras tres victimas, sostenidas por el poderoso contralto de mistress Dorothy Burnett repitieron en coro un grito formidable que en-

contró mil ecos en la muchedumbre, por todas partes por donde habia pasado Bob. Corrieron en pos suya, corrieron, y se cansaron.

Bob contaba sus schellings en el tap-hou-
se del rincon, muy pacíficamente segun su cos-
tumbre, y ponía á un lado seis peniques, para
manifestarse liberal con Temperance.

Era una pequeña especulacion de su in-
vencion propia. Bob tenia muchas cualidades
peculiares á los grandes hombres. Veia y eje-
cutaba pronto. Por dos coronas habia compra-
do todos aquellos viejos papelotes que acababa
de revender por diez guineas. Considerad en
todos sentidos esta inocente operacion, y llega-
reis á uno de esos magníficos golpes de mano
operados de vez en cuando por la casa politico-
comercial de Saint-Swithin's-Lane (1).

Basta para esto una conciencia ligera, ra-
pidéz de imaginacion y de manos para neutra-
lizar en todo evento los malos resultados. Bob
acababa de obrar con casi tanta maña y mora-
lidad como esos honrados señores que hacen
subir el cambio de la bolsa por que son los con-
fidentes del telégrafo, y ganan asi sus apuestas
de ligereza. Ellos y él hubieran sido coronados
en Esparta con el laurel escentrico que aquella
ciudad ladrona, republicana y original, dividia
equitativamente entre sus rateros y semi dioses.

El escribiente fosil y amarillento de M.

(1) Calle donde está el escritorio de Rothschild

Timothy Owerflow, hacia media hora que estaba mirando aquellas escenas por una ventana del primer piso. Este escribiente no era travieso, pero existe entre los empleados de los periódicos y los corredores una aversión crónica, que pasa á segunda naturaleza. Se detestan por que tienen relaciones diarias, por que viven unos por los otros, por que están enrodados en la misma máquina. Quizá el fosil habia sufrido algun engaño reciente por parte de sus enemigos naturales. Hacia media hora que continuaba mirando con mal humor áquel torbellino vocinglero que se agitaba bajo de él. Tenia muchos deseos de arrojar sobre aquella multitud un proyectil, ó una injuria, alguna cosa que lastimara ó incomodase.

Pero temia las consecuencias. Conceptuándose seco y frágil como un vaso, no queria esponerse á una partida de trompis, y moderaba con prudencia sus ímpetus guerreros.

Sin embargo, su fantasía lo acosaba sin intermision. El demonio de los odios mezquinos, ese ruin diablillo, que tiene la imaginacion á manera de ciertos criticos, le sugirió de pronto una idea bastante asequible. Todas aquellas personas que estaban alli, y se disputaban con ardor algunos pedazos de papel. ¿Para qué? para venderlos. El fosil se dijo que cuando menos no los venderian en la calle de Devorshice.

Descendió al piso bajo, y volvió á subir muy pronto á su ventana, llevando el único y

último ejemplar de la Luna que quedaba en el despacho.

Casi al mismo tiempo, una voz lenta, monótona, y acentuada, se dejó oír en la calle, haciendo callar á la vez los gritos de los corredores, y las habladurias de la muchedumbre.

He aquí lo que decía:

«Pormenores autenticos relativos al horroroso asesinato cometido en la augusta persona de S. A. R. la princesa Alejandrina Victoria de Kent, sobrina querida de S. M. el rey Guillermo, nuestro gracioso soberano.»

—¿Qué quiere decir eso? exclamó el enviado de Gilbert de Strand: ¿vais á leer en alto el artículo, M. Switch?

—¿Y por qué no lo ha de hacer? respondieron mil voces en la multitud.

—Si, ¿por qué? por el mismo Satanás! mil miserias! apoyó desde lejos el capitán. Escuchad, Dorothy, escuchad, mi querida amiga: ese triste pájaro que se cierne allá arriba nos vá á referir todo de seguido; que Dios haga de nosotros una hornada de condenados!

El fósil continuó:

—Hoy por la mañana, á las once y treinta y cinco minutos, un extranjero de elevada estatura, montado en un soberbio caballo.....

—Ese periódico iníente! interrumpió mistress Crubb. Era una muger.

—Dice la verdad, señora: Un extranjero....., era el salvaje de Regent-Street.....

—O el Irlandés, el sucio mendigo!.....

—O el caballero..... Hablan de caballo!

—Silencio! por el mismo infierno! Condenacion eterna! Satanás y sus cuernos!.....
Tempestad! murmuró el capitan Paddy.....
Escuchad con atencion, Dorothy, corazon mio, que el demonio me ahorque!

—Montado en un soberbio alazan, continuó la imperturbable voz de M. Switch, se introdujo en la pleasure-ground de Kent, aun cuando la bandera real ondeaba en la torre.

—Tempestades! murmuró Paddy: vaya que esto es interesante, ó que yo muera del cólera esta noche, maldicion!..... Un poco de silencio.

—Vamos, M. Switch, vamos, decian los corredores, la broma no es mala, pero ya basta con eso. No leais mas!

—Sobre la torre. Los guardias de infanteria encargados de velar en los terrados no lo distinguieron sino cuando ya estaba inmediato al gran invernadero del japon. Segun otras versiones, la misma princesa fué quien lo descubrió cuando apuntaba hácia ella el cañon de una pistola cargada hasta la boca.

—Hasta la boca! repitió mistress Crubb... ah! Dios mio!

—Haya silencio, trueno del cielo!.....
Escuchad Dorothy!

«.....Hasta la boca. Al ver aquel arma terrible, la jóven princesa hubiera dado un grito de horror.....

—Ah! Dios mio bien lo creo! querido tesoro mio!

«.....Y hubiera corrido hácia el palacio pidiendo socorro.

—Pero, M. Switch, eso es una infamia! gritaron los corredores. Nos habeis vendido eso; y no teneis derecho para publicarlo.

—Por vida de Sanes! que no compraremos ni un solo ejemplar de la *Luna M. Switch*.

—Y la *Luna* se verá obligada á eclipsarse. M. Switch.

—M. Switch, eso será un eclipse de *Luna*.

M. Switch continuaba:

—Pidiendo socorro. El estrangero de elevada estatura, pensó desde entonces en hacer una retirada. Se dirigió con rapidéz hácia el glacis, á cuyo pié habia atado su caballo.....

—Dejemos cantar á ese viejolo! dijo un corredor.

—M. Switchs añadió otro volviendo la espalda, haremos que os acordeis de esto.

—El diablo cargue con vos! M. Switch.

—Y con vosotros tambien! esclamó el capitán, y conmigo! miserias! y con todos nosotros, condenacion eterna! pero dejadnos tranquilos, trueno del cielo! pícaros revendedores de papelotes.

Los corredores se habian marchado de alli.

—Y bien! gritó la multitud; ¿qué hubo

despues? ¿qué fué del extranjero de alta estatura?

—Triple blasfemia! añadió el capitán; ¿qué se hizo de él, caballero? por todos los diablos!

El fósil cerró con suavidad su ventana, y se fué á beber su azumbre de cerbeza antes de acostarse.

Disgustada la muchedumbre por aquello, se dirigió hácia la puerta y quiso violentarla. El chiquitín propuso nada menos que prender fuego á la casa. Por lo que respecta al capitán, temeríamos que nos tachasen de exagerados si contásemos detalladamente cada uno de los variados é ingeniosos juramentos que improvisó por aquella circunstancia.

En el momento en que la muchedumbre escalaba así su cólera en un concierto de maldiciones, un *cab* desembocó de Wimpole-Street á la calle de Devonshire, y atravesó con dificultad la multitud. No podían sospechar que el que iba dentro del *cab*, era el héroe de aquel drama que se acababa de representar al aire libre, y la muchedumbre estaba muy distante de pensar que el *extrangero de alta estatura*, estuviese en aquel momento en medio de ellos...

El *cab* volvió á Portland-Place, y se paró delante de la casa del conde de White-Manor.

Brian echó al momento pié á tierra, y salvó los escalones de aquel peristilo de donde el látigo de los criados lo había lanzado un día por órden de su hermano.

Agarró el aldabon , y llamó con fuerza.

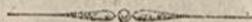
El lacayo que vino á abrir, retrocedió horrorizado á su aspecto, como si hubiera visto al diablo en persona.

—Advertid al conde de White-Manor, dijo Brian con imperiosa calma , que M. de Lancaster pide á su señoria un instante de audiencia.





CAPITULO SEGUNDO.



Derecho de progentura.

TODO Lóndres conocia la enemistad de los dos hermanos, y con mucha mas razon no podia ignorarla un criado de Wite-Ma-nor. El lacayo á que se dirijia Lancaster, permaneció un instante indeciso, pues la entrevista entre el conde y su hermano menor le parecia una cosa tan extraordinaria como imposible.

Sin embargo, obedeció cuando le repitió Brian su orden con imperioso tono.

Al cabo de algunos segundos volvió y Brian fué introducido al momento en el salon de recibo.

Se echó en un sillón. Sus ideas estaban en una turbacion grande. Lo que acababa de pasar en la casa de Winpole Street, las revelaciones de Suzannah, su repentina desaparicion, todo esto era demasiado para él y su inteligencia no tomaba ese aspecto claro y comprensible que dan á las cosas de la memoria las reflexiones de algunos dias. Sabia que un enemigo poderoso y principalmente porque era desconocido le disputaba ahora á Suzannah venia á reclamar de su hermano los medios de combatir y vencer á ese tenebroso enemigo. Este era su objeto : volver á encontrar á Suzannah y protegerla. Ignoraba aun los medios que tenia que adoptar no solo para conseguir este resultado, sino tambien para reducir á su hermano á que lo secundase.

Pero esto importaba poco en aquel instante. ¿No estaba seguro de sus cien victorias conseguidas sobre White-Manor? ¿No tenia en su favor el cansancio y el fastidio desesperado del conde, cansado de agotarse en una lucha contranatural, en la que el mundo prevenido le atribuia todo lo odioso?

Hacia mucho tiempo que Brian de Lancaster no pisaba la casa de sus antepasados.

Desde la muerte de su padre, sus continuas diferencias con White-Manor le habían alejado de la casa de la familia, que llegó á ser la propiedad esclusiva del hermano mayor. Preocupado como estaba por pensamientos muy estraños á las emociones domésticas, Brian sintió que se apoderaba de su corazón una turbación grave y desconocida. Una voz enmudecida hacia muchos años, pareció designarles aquel cordón de austeros retratos de familia que estaban al rededor de los artesanos, manifestando alternativamente los orgullosos semblantes de sus padres, y las dignas, altivas y apacibles facciones de sus difuntas abuelas: y aquella voz balbució en su interior reprensiones mezcladas al detestado nombre de su hermano.

Brian tenía el alma de un caballero, bajo la estraña capa de escepticismo, en la que se envolvía para el mundo. Quizá se arrepintió: á lo menos su frente se inclinó como si tuviera vergüenza de sostener las miradas con ver gentes de todas aquellas generaciones reunidas, cuando se presentaba entre ellas con pensamientos hostiles hácia sus legítimo sucesor, hácia el heredero, del nombre común, hácia el hombre que llevaba el título transmitido de padres á hijos intacto y puro, hácia el jefe de la casa, cuyo retrato esperaba un cuadro vacío para que siguiese á todos aquellos otros tan venerados.

Se acordó que el difunto conde de White-Manor habia unido al morir su mano á la de su hermano. Recordó que la última palabra de su madre lo habia exortado al amor y al perdon.

Su madre, cuyas benditas facciones, trasladadas al lienzo por un pincél diestro, parecia que aun se sonreian.....

Una puerta lateral se abrió, y el conde White-Manor apareció en ella apoyado en el brazo de su administrador Gilbert Paterson.

Habia una gran diferencia de edad del conde á su hermano. El vigoroso temperamento de Brian, y los escesos de White-Manor, habian aumentado aquella diferencia hasta el extremo de cambiarla en un contraste admirable. Con efecto, Brian habia conservado en la edad viril cierta cosa de aquella gracia juvenil, de aquella flexibilidad de los miembros, de esa prontitud espresiva de los movimientos del semblante herencia privativa de los jóvenes: su natural físico era como su natural moral, virgen por decirlo así, y no decentado. Era jóven en apariencia, y en hechos, mucho mas jóven que esos lores de veinte años á quienes el trote de un caballo hacen palidecer y que reaniman alguna cosa á fuerza de escitantes los apagados apetitos de sus desgastadas señorias. Era hermoso, fuerte y ardiente; detras de aquel aspecto flemático que nuestras costumbres influye en todas las fisonomias, tenia

demasiada audacia, demasiado amor y fuga. White-Manor, por el contrario, había envejecido antes de haber salvado los límites de la edad madura. Su corazón naturalmente egoísta se había vuelto de piedra; su cuerpo, en otro tiempo robusto, se doblegaba bajo el peso de una precoz decrepitud. Sin embargo, no era uno de esos débiles despojos de que la edad ó los excesos han minado el cuerpo, hostensiblemente y que se ven agoviados, mezquinos, temblones, débiles, implorando de la multitud una ayuda para sus vacilantes pasos: lord White-Manor había conservado la tesura de su estatura elevada; aun se mantenía derecho sobre sus pesadas piernas, y su pobre cuerpo disimulaba sus pérdidas bajo los engañosos vestidos de un elegante traje. Pero á cada paso que daba, un doloroso estremecimiento agitaba su semblante, su respiración era corta, y penosa: bajo los artificios de su bien concluida peluca se descubrían algunos raros cabellos blancos, esparecidos sobre su eráneo desprovisto de ellos, arrugado, con manchas opacas y como aplomadas, sus ojos se apagaban bajo sus enrojecidos párpados, y tenía esa horrorosa palidez de los apopléticos, que salpicaba con manchas lividas el abrasado vermellon de sus mejillas.

Era en cierto modo una ruina de organización poderosa.

Algunas veces cuando la cólera se animaba de pronto y corría la sangre espesa que obs-

truía sus venas, recobraba por un momento su pasado vigor: aun podia destrozár alguna cosa: un hombre ó un mueble en el salvage furor de sus ímpetus.

Pero muy pronto y muy caro pagaba aquellos insensatos ímpulsos. La vida volvia repentinamente con violencia á aquel cuerpo gastado, helado, tieso, y lo anonadaba con su formidable choque. White-Manor caía entonces como una masa inerte, ó bien, si el golpe era menor, su entorpecido cérebro se sumía en una especie de embrutecimiento, que tenia á medias el carácter de la imbecilidad y de la locura.

Su porvenir estaba comprendido, y él lo sabia, entre los amenazadores límites de este dilema: la apoplegia, ó la demencia.

Cuando miraba á si mismo se veía paráltico ó loco.

Al acercarse el conde que se adelantaba con lentitud apoyado en el brazo de Gilbert Paterson, su hermano Brian se levantó para inclinarse ceremonialmente. El conde contestó á su saludo, procurando por el contrario fijar en su semblante una espresion de cordial benevolencia.

Lo repetimos, entre estos dos hombres estaban los papeles trastornados. El temor lo tenia el poderoso, y la seguridad el débil. El mayor, el gefe poseedor de una fortuna inmensa, tenia miedo de su hermano menor que no poseia nada en el mundo.

Y esto en Inglaterra donde la gerarquia de familia es una verdad, donde la riqueza es el tronco, el centro y la corona.

Los dos hermanos permanecieron un instante inmóviles, y contemplándose en silencio.

El semblante de Lancaster era siempre frio y altivo; el del conde tomaba una apariencia cada vez mas benévola y sumisa: Pero se habieran engañado completamente si se hubiesen juzgado sus mútuos pensamientos por aquellos síntomas exteriores.

Habia compasion en el corazon de Lancaster, una compasion sincera y creciente. El conde de White-Manor, sufría aun mas quede costumbre: su fisonomia estaba marcada con los tristes vestigios del último ataque que lo habia precipitado la noche de la antevíspera en el suelo de *lord's Corner*, en la habitacion de Ana Mac-Farlane. Sus ojos que procuraban sonreirse, conservaban una mirada fija y estupefacta. La mitad de su cuerpo, tieso y sin movimiento en sus músculos, se arrastraba casi inerte, como si hubiese sido atacado de un principio de parálisis.

Brian no pudo observar sin dolor el funesto cambio que se habia operado en su hermano desde la última vez que lo vió tan cerca de si; y ya habia mucho tiempo de esto. La destruccion estaba tan manifiesta, el deterioro se veia tan patente y tan adelantado, que Brian no pudo contener un movimiento de compasion.

La voz de la sangre que habia hablado poco antes en su interior, mientras que esperaba solo la venida del lord, habló de nuevo, y con mas energia. Se vió impulsado por un momento á tender los brazos á su hermano.

Pero un rayo de odio que levantó furtivamente la máscara de apacibilidad con que White-Manor habia cubierto su semblante, bastó para detener á Lancaster. Recobró su frialdad, y esperó.

En el alma del conde no se hubiera encontrado mas que una aversion profunda, un deseo de venganza, un odio implacable y sin limites. El tambien estaba penosamente contraido al aspecto de su hermano: tambien experimentaba una amarga sorpresa al contemplar aquellas facciones, que hacia muchos años no habia visto sino desde lejos, para huir de ellas como de una horrorosa amenaza. Pero cuanta diferencia habia entre su sorpresa y la de Brian.

Hubiera querido encontrar á este último envejecido, helado, destrozado como él, mas que él! Y lo volvia á ver siempre jóven, siempre lleno de savia y de vida! ¿Aquella robustez y aquella savia no insultaban á su abatimiento? ¿aquella juventud no se burlaba de su decrepitud? ¿No era por parte de este hombre sano de cuerpo y de espíritu, un supremo ultrage venir á presentarse delante de un valetudinario amenazado de locura?

Este era un último golpe digno de los anteriores. El ardiente perseguidor estaba allí para gozarse en la agonía de su víctima: el heredero venia á calcular los dias, los pocos dias que quedaban entre él y la posesion de incalculables riquezas, de los castillos de White-Manor; de los parques, de los estanques, de las florestas de White-Manor; del nombre, del título y de la dignidad de par de White-Manor; de todo!

Y ningun medio para arrebatarle aquella herencia, ninguno, solamente el vivir! Pero la vida se le escapaba. El conde aun cuando la tuviese, sentia deslizarse hácia la tumba. Sentia deteriorarse, principalmente en este dia que comparaba su debilidad con el vigor de su hermano.

Brian estaba delante de él mas robusto que nunca: parecia que hacia ostentacion de su salud de hierro. Encorbaba su firme y elegante estatura: manifestaba su ancho pecho: y en una palabra parecia decir:

=No os apresureis, milord, hermano mio. Morios cuando gusteis, y tomaos tiempo para hacerlo..... Puedo esperar.

Pensamiento odioso! White Manor no pudo tenerlo, y conservar al mismo tiempo esa falsa apariencia de benévola hospitalidad, que habia procurado tener ante todo en un principio. Su odio tomó la delantera, y brilló en su mirada, mientras que una amarga sonrisa levantaba y hacia temblar las estremidades de sus labios.

Cualquiera que conozca los mas vulgares secretos del corazon humano, comprenderá la inmensidad de este odio. Brian lo habia atacado, lo habia vencido, y era su heredero.

Este habia recobrado su frialdad. Seguia con una especie de despreciadora curiosidad los esfuerzos que hacia el conde para volver á sugetar la máscara de hipócrita benevolencia. Poco á poco perdia hasta la memoria de su primera compasion, y no encontraba en si mismo mas que pensamientos hostiles.

De suerte que, al cabo de algunos segundos pasados en observarse mutuamente, y antes que se hubiese pronunciado una palabra, los dos hermanos se habian medido con la vista como dos enemigos que van á atacarse.

White-Manor fué el primero que rompió el silencio.

—¿Qué quereis de mi, hermano mio? dijo con una voz melosa que desmentia energicamente la espresion de su semblante: ¿habeis venido á ver los progresos del lento suplicio que me haceis experimentar?..... Estoy bien malo, Brian, y debeis quedar satisfecho.

—Milord, contestó Lancaster inclinándose, venia á saber de la salud de vuestra señoria..... Y estoy sumamente disgustado de encontraros enfermo..... Por lo que respecta á la acusacion que me dirigis de que soy causa de vuestros sufrimientos, creo que vuestra señoria hace una injusticia á su vida pasada, y me presta un poder que no tengo. Tomo 8.º 3

—La víbora que mata, caballero, es oscura y débil y un niño puede aplastarla con el pié!

Brian no pestañeó, y el conde, sintiendo al instante aquella palabra que se había escapado á su odiosa cólera, balbució con tono embarazoso:

—Quería decirlo..... pero entre hermanos no se cree uno obligado á pesar escrupulosamente sus expresiones.

—Soy de vuestro mismo parecer, milord, dijo con frialdad Lancaster. Entre hermanos que se aman, se puede decir todo. Suplico á vuestra señoría que no se incomode.

White-Manor disimuló su turbación con una mueca de dolencia, é hizo señal á Gilbert de que le acercase un sillón.

—Haced el favor de volver á ocupar vuestro asiento, dijo á Brian, y al mismo tiempo os pido permiso para sentarme..... ahora, como es muy cierto que no tenemos costumbre de vernos con frecuencia, os suplico de nuevo que me digais el motivo de vuestra visita.

—He venido para hablar sin testigo á vuestra señoría, contestó Lancaster volviéndose á sentar, y espero nos dejarán á los dos solos.

White-Manor dudó visiblemente. Su mirada pareció que de nuevo hacia comparación entre la fuerza de su hermano; y su propia debilidad; y un terror manifiesto aparecía en sus ajadas facciones.

—Los dos solos , repitió. Gilbert-Paterson es un servidor muy leal , hermano mio , y tiene costumbre de no dejarme nunca.

—No estabais lejos de él, milord, aquella noche en que Gilbert Paterson, ese digno servidor, lanzó vuestros criados armados con látigos contra el hijo de vuestro padre?

—Esa fué una cosa que sentí mucho, Brian, balbució el conde ; Gilbert fué castigado con severidad.

—Pero no fué echado, interrumpió Brian cuya voz siempre libre y tranquila , no dejaba penetrar nada de la amargura que oprimia su corazón. Milord , sois el amo de vuestra casa, y no seria justo que desaprobase vuestras predicciones por un criado.....

—¿Quereis que lo eche? dijo con prontitud el lord.

—Para un criado tan digno, añadió Lancaster , que lo echeis ó no , poco me importa, os lo aseguro! Pero el asunto que me trae aqui es grave..... muy grave..... para mi , milord, y para vos. La presencia de ese criado, me incomoda.

El conde reflexionó durante un minuto; en seguida se levantó sin que lo ayudasen, y se fué hácia la puerta diciendo:

—Seguidme, Gilbert..... Brian, soy con vos ahora mismo, y nos quedaremos solos.

Con efecto, unos momentos despues volvió á entrar el conde, pero en lugar de sentar-

se frente á Brian, se sentó en una silla junto á la mesa que estaba en el centro del salon, y , sobre el rico tapete que la cubria , puso ostensiblemente un par de pistolas.

—Esto os prueba, Brian, dijo con ese tono breve y desembarazado de las personas que han tomado su partido, esto os prueba que vamos á hablar seria y francamente. Os aborrezco, bien lo sabeis ; os temo, y es muy posible que no lo ignoreis. Os creo capaz de todo , y mirad á dos testigos, que , para ser mudos llenarán sin embargo el oficio de Gilbert Paterson Os escucho.

Brian comenzó á reirse con compasion.

—Ah! milord , dijo , don Quijote daba lanzazos á los molinos de viento! Esto seria menos locura que querer combatirme con pistolas!..... ¿No comprendeis que ventura tendria en ser asesinado por vuestra señoria?

—No, señor, no comprendo, contestó el conde con aire sombrío. Los muertos no se burlan.

—A fé mia que esto valdria mas que el ahorcarme bajo vuestras ventanas..... No, no, milord vuestras pistolas no os salvarán de mis ataques; necesitareis otras armas para sostener la lucha, si rechazais la paz que vengo á ofrecer.

—Que! exclamó el conde en un primer movimiento de esperanza, pondreis fin á vuestra implacable persecucion, Brian!

—Os haré gracia , milord hermano mio, contestó este fijando en White-Manor su indiferente y altiva mirada: suponed si quereis que me compadezca de vos: suponed que la voz de la sangre ha hablado, que estoy cansado de atacar asi á un hermano, cansado de acabar á un enemigo que no sabe defenderse , cansado en fin de llamar los desdenes del mundo sobre el hombre que lleva el nombre venerado de mi padre.

—Ah!..... dijo con desconfianza White-Manor, á quien la reflexion volvia sus dudas, teneis unos modos muy toscos de proponer la paz, caballero.

—Es que me parece habeis llegado á los últimos límites de la miseria , milord. Es que, como soy incapáz de volver hácia vos con los brazos abiertos, como se vuelve hácia un hermano, he tenido la humorada de ser elemento. Habeis caido tan bajo! teneis tanta vergüenza de ser quien sois! teneis tanto terror durante el dia de oír á vuestro lado esos penetrantes clamores del mundo, que mi voz apacigua ó levanta; y esos clamores zumban, tan burlones, tan amargos, tan punzantes, por la noche, en medio de vuestros insounios!.... Yo no soy un verdugo, y me complazco hoy en poner un término á vuestros tormentos.

White-Manor estaba hecho una escarlata. Cada una de aquellas palabras caia como un mazazo sobre su orgullo : aquella desdeñosa

compasion lo aplastaba. En un instante subió la cólera en abundantes ímpetus hácia su cérebro, y su mano se agitó involuntariamente, mientras que su vista se volvía con ansia hácia las pistolas.

Sin duda creia Brian que habia hablado bastante, pues tomó un album, y se puso á hojear las páginas con distraccion.

En aquel momento habia vuelto à ser el hombre que hemos presentado bruscamente en la escena al principio de esta historia, el hombre frio, indolente, poseyendo é impeliendo hasta el exceso, al menos esteriormente, la flemma británica. Ningun pensamiento de amor habia en él para derretir aquella helada cubierta. Era Brian, el terrible perseguidor que se formaba un arma de todo y descargaba sin descanso. *Brian el escentric-man*, raciocinando la locura, caminando hácia un objeto formal por extravagantes caminos, Brian, que, pobre y sin privilegios, habia puesto bajo sus pies á un par del reino, protegido contra todos los ataques por una formidable multitud de leyes políticas, y ademas tan rico, que su oro hubiera debido hacerle invulnerable en nuestro pais, donde el oro es un escudo mágico.

La cólera de White-Manor vino á embotarse y á resaltar en cierto modo contra aquella flemma vencedora. Le parecia imposible atacar á aquel hombre que ni siquiera suponía que pudiesen atacarlo, y que desdeñando de seguir

los movimientos de un enemigo armado , fijaba su atencion en frívolas estampas.

Las pistolas se quedaron sobre la mesa , y el conde hizo un esfuerzo para recogerse en sí.

—De suerte que me insultais hoy , añadió despues de un momento de silencio , por un resto de costumbre , y por última vez.

—Os engañais , milord , contestó Lances-ter que apartó el album para ver mejor desde lejos el efecto de un croquis ; no insulto á vuestra señoria . Unicamente manifesto las tristes estremidades á que lo veo reducido ,

—En una palabra , haceis como esos compradores que desprecian un género para conseguirlo á un precio mas bajo .

—No es enteramente así..... El comercio me parece que no ofrece un punto de comparacion conveniente.... Yo desprecio , milord , para obtener un precio mejor .

—¿Venis á proponerme una venta sin vergüenza?

—Es una capitulacion , milord..... Vuestros antepasados y los míos obtenian un rescate por sus prisioneros de guerra .

—¿Y me será permitido , caballero , presentaros el reverso de ese cuadro pintado con tan sombríos y hábiles colores?

—Seguramente , milord , respondió Brian que cerró su album y quiso poner atencion .

—Manifestais mucha condescendencia ,

añadió el conde procurando burlarse á su vez. Caballero, soy muy desgraciado es cierto, muy desgraciado por vuestra causa; pero vos que hablais tan alto; creéis estar en una posicion mejor? Mientras mas me llamais miserable, mas descubris la profundidad de vuestras propias miserias, pues la envidia es una confesion, un homenaje! y vos estais celoso de mi: Sois pobre; y vos cuya prodigalidad bastaria para gastar una fortuna real, no poseeis ni un maravedi..... Yo soy par del reino, caballero, y rico hasta tener millones..... Comprendo y adivino el objeto de vuestra visita; os parece que vivo demasiado!..... pero por el nombre de Dios, hermano mio, viviré aun bastante dias para ejercitar vuestra paciencia, y obrais como hombre prudente acercándoos á mi, para hacer la paz, como decís, y encontrar medios de romper con esa triste existencia de hambre y deudas que teneis hace mucho tiempo..... Solo que quizá seria mas prudente que rogaseis en vez de amenazar.

Brian no contestó al momento, como si hubiese querido dar lugar al conde para prolongar su arenga.

—Milord, contestó al fin, hay algun tanto de verdad en todo eso y tambien muchos errores. Soy pobre, y no he pensado nunca en negarlo; pero el tiempo de las deudas ha pasado para mi: no tengo ya crédito.

—¿Querreis hacerme creer que vivís de

vuestro trabajo? preguntó White-Manor con sarcasmo.

—No, milord, no se hacer nada.

—Y sin embargo vivis.....

—Con gran disgusto de vuestra señoría, es muy cierto Pero no pido prestado: me dau una limosna.

—Como! exclamó White-Manor estremeciéndose en su sillón, ¿habeis olvidado el nombre que llevais hasta el punto de mendigar?.....

—Milord, le interrumpió Brian, manifestaré á vuestra señoría que la mendicidad está prohibida severamente, aun hasta á los segundones de los miembros del alto parlamento, en favor de los cuales el buen sentido y la humanidad ecsigian, segun mi parecer, una escepcion..... Recibo la limosna, pero no la ecsijo..... ¿No os parece como á mi que ya basta de palabras y que es necesario llegar al hecho? Por ambas razones vengo á ofreceros la paz; ¿la quereis?

—Segun el precio á que pretendais ecsigirla.

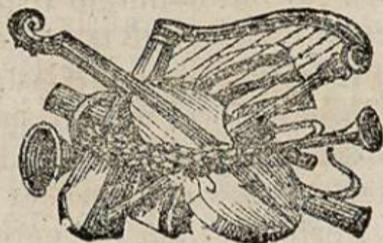
—El precio?..... repitió Brian.

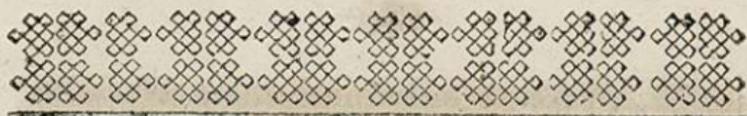
Dudó. Seguramente que encontraba aquella pregunta intempestiva.

—¿Qué necesitais, caballero? preguntó de nuevo el conde.

—Milord, contestó al fin Brian con voz lenta y grave, no sé precisamente lo que nece-

sito..... pero necesito mucho..... Necesito
la facultad de sacar de la caja de vuestra seño-
ria hasta satisfacer..... mi antojo milord!





CAPITULO TERCERO.

Compasion, hermano mio!

 Loir aquella esorbitante peticion , el conde permaneciò un instante estupefacto. Mirò à su hermano de frente como para buscar en su semblante una esplicacion sensata à tan estravagantes palabras.

Aquel ecsàmen no debió satisfacerlo, pues las facciones de Brian , tranquilas y resueltas,

daban á su proposicion una estension muy formal.

—Pero vos me pedis toda mi fortuna, caballero! exclamó al fin el conde con mas admiracion que cólera; es imposible que esperéis que convenga en eso.

—Milord, respondió Brian, efectivamente que es toda vuestra fortuna: pero bien puede ser; que me limite á la cuarta parte..... á la mitad..... quien sabe..... Por lo que respecta á la esperanza que vuestra señoria supone imposible, nunca por mi palabra de honor, la he tenido ni mas real, ni mejor fundada.....

Se detuvo, y añadió casi al momento con tono sencillo, reposado, pero firme:

—No es preciso creer, milord , que obro aqui como diplomático, que vengo con una segunda intencion, que tengo respecto á mi , en una palabra, algun medio vencedor, con cuya ayuda puedo agujonear á vuestra señoria y hacerle saltar la barrera como un loco..... Sí yo fuese hombre que no desdeñase estos espedientes, quizá podria efectivamente entablar la lucha en este terreno, pues conozco vuestro pasado, milord hermano mio , mucho mas de lo que podeis imaginaros.....

—Mi pasado caballero, quiso interrumpir el conde, es el de un gentil hombre , é inútilmente intentareis atemorizarme con vagas amenazas. No temo que pongan de manifiesto mi vida.....

—Seguramente, milord , contestò Brian, lo temeis, y teneis razon de temerlo, si no habeis olvidado que vuestra señoria ha tenido una muger y una hija. Una muger, cuyo vergonzoso martirio lo ha olvidado el mundo, y una hija, que, bien esté muerta ó viva, la vista sola de Dios, ha podido seguir su misterioso destino.

—Os determinariais á suponer! exclamó el conde.

—Seguramente que no supongo nada bueno , milord hermano mio. Pero dejemos esto: Os lo repito de nuevo, no tengo por que amenazaros por detras: mis armas son otras y menos comunes..... Pardiez! milord, seria hacerros mucho bien el entablar la lucha sobre este terreno conocido!..... Sois bastante rico para hacer mentir á la evidencia , y los mofadores quizá pasarian al bando de vuestra señoria..... No, no, nada de acusaciones! Esto es muy triste y muy comun. El mundo me aplaudió con la condicion que conduciria este duelo á su desenlace sin hacer muecas, ni perder mi sangre fria..... No soy abogado, milord conde, soy gladiador.

White-Manor seguia con atencion este extraño discurso cuyo sentido se escapaba en la mayor parte á su torpe inteligencia. Esperaba una conclusion, un ataque directo, y procuraba estar listo para pararlo. Pero Brian dejaba encadenarse sus ideas segun la fantástica lógica de su ingenio. Mientras que el conde hacia es-

fuerzas para comprender sus últimas palabras, cambió repentinamente de objeto.

—Hoy me han contado, añadió, una extraña y conmovedora historia. Figuraos por un momento, milord, que he creído encontrar singulares semejanzas entre estas aventuras y una pobre jóven abandonada, y ciertas nociones que poseo acerca de la existencia privada de vuestra señoría..... No quiera Dios, añadió de pronto con emoción, que sea lo que he sospechado un momento..... ¿Teneis aquí algun retrato de la señora condesa de White-Manor, Godfrey?

—¿Por qué me haceis esa pregunta? dijo el conde turbado.

—Es una pregunta de un loco, milord, respondió Lancaster sonriéndose: ya veis, creo que hace ocho dias que me he vuelto como un niño. Tengo quince años menos: mis ideas se amontonan hasta el extremo de producir sueños inverosímiles: hay una especie de novela en mi cérebro, y mis esperanzas se asemejan á hechicerías..... Por que esa jóven fué confiada á un miserable...

—¿Qué jóven? dijo involuntariamente White-Manor.

Brian miró á su hermano á la cara, y frunció las cejas con cólera.

—Si yo creyese..... comenzó impetuosamente.

Pero concluyó, y añadió con tono frio.

—Una jóven á quien yo busco , milord , una jóven á quien amo y que me han robado , una jóven que vuestra señoria me va á ayudar á buscar.

—Caballero , dijo el conde con mal humor, ¿no juzgareis apropósito hablarme de otro modo que por parabras? Sufro mucho procurando hace tiempo adivinar vuestros enigmas.

—Os suplico tengais á bien escusarme, milord, continuó Lancaster haciendo un saludo. Vamos al hecho una vez que vuestra señoria lo desea. Os decia , segun creo , que no me presentaba ante vos provisto de las armas ordinarias de la discusion. Iré mas adelante : añadiré que he entrado en vuestra casa , sin saber precisamente lo que iba á pedir.

—De suerte que , interrumpió el conde, vuestra petición de ahora poco es una improvisacion. Os suplico, hermano mio , que la reflexioneis un poco, que le deis una forma, que la limiteis por ejemplo, y este es un verdadero consejo de amigo, á una ó dos mil libras.

—Ademas os decia, continuó Brian como si no se hubiese dignado hacer alto en aquella interrupcion , que seguiré para conseguir mi objeto, mi camino habitual, sin descender nunca á esos lastimosos medios que emplean entre si los heroes de la tragedia. Casi tanto desprecio la maledicencia, milord, como el puñal , ó el veneno. En fin, os pedia un acta redactada

en debida forma , que me permita sacar á discrecion de la caja de vuestra señoría.

—Todavía, caballero.

—Siempre , milord. Absolutamente necesito eso.

White-Manor se contuvo para no romper violentamente aquella entrevista ; pero el temor que le inspiraba Brian contrabalanceaba su cólera. Quiso probar la discusion , auu sobre aquella inconcebible propuesta.

—Caballero, dijo, deberia encogerme de hombros, y callarme ; pues verdaderamente es una locura prestar á vuestras palabras una formal atencion. Pero el hecho es picante , y os pregunto, ¿que pretendéis hacer de mis bienes?

—Los necesito para esa jóven , milord, respondió Brian con la sencillez mayor del mundo.

—¿Y creéis que me privaria de ellos por una desconocida?

—Creo que sí , muy positivamente , milord.

White-Manor se agitó en su sillón entregado á una cólera que tenia mucha parte de cómica. Para él , Brian era invulnerable aun en aquella discusion en que no habia una multitud burlona al rededor para aplaudir á uno de los interlocutores, y escarnecer al otro desapiadadamente. Brian era invulnerable por que lanzaba en el tapete su estravagante peticion, apoyada solo en su voluntad , y no en argumentos

que se pudiesen discutir ó redargüir. White-Manor, resuelto firmemente á no conceder el esorbitante crédito que le pedian , debía permanecer sin respuesta asi que le hubiesen manifestado su negativa. El único camino abierto para hacer cesar aquel ridículo conflicto , era seguramente señalar la puerta y usar del derecho rigoroso que tiene todo hombre de permanecer tranquilo en su casa: pero White-Manor no habia hecho alto en esto. Al fin de aquella estraña situacion , habia un elemento real de terror, y los medios ordinarios no se podian usar respecto á un importuno como Brian de Lancaster. Al fin, el conde apesar de su formal intencion de mantenerse firme, no sabia si debería ó no ceder por último. Ignoraba lo íntimo del pensamiento de Brian , y se encontraba en la posicion de un hombre que , con las manos atadas frente á un enemigo implacable , lo veria dar vueltas á su alrededor y sonreirse , y bailar, como hacen los salvages al rededor de la hoguera de sus cautivos , sin poder adivinar por que lado debia salir el rayo mortal, sin poder pararlo, ni precaverse ó defenderse.

Brian podia llevar la audacia hasta la locura, pero habia reflexion en sus temeridades, y por repentinas que fuesen sus fantasias, un cálculo rápido y profundo las adelantaba siempre. Los que en todas cosas no distinguen más que las superficies , las personas de vista corta, en una palabra esa congregacion de mio-

pes á quien se llama mundo , no estaban lejos de pensar que Brian, ciego por su odioso capricho, hiriese á la casualidad como niño irritado. Pero como sucede muchas veces se engañaba en esto el mundo. Brian, desde el principio de la guerra , tenia una táctica y un objeto : táctica estraña, pero maravillosamente diestra; objeto lejano, quizá fuera de los alcances , pero codiciado sin cesar.

Su enemigo no era entónces solamente su hermano: eran este y el derecho de nacimiento.

Ahora, el pensamiento de Lancaster sufría una transformacion. El amor le mezclaba aqúel contingente de egoismo que este sentimiento trae siempre consigo. Brian, en el momento en que hablamos , no era ya el puro campeón de una idea. Necesitaba al fin de la lucha, los despojos opimos, y el triunfo solo no inflamaba ya sus deseos.

Hay mas: habia venido á poner en un caso razonable á su adversario.

Pero este cambio no variaba mas que sobre el objeto. Sus medios eran los mismos : su fuerza no habia disminuido.

—Milord, añadió con esa franqueza sentimental en las personas acostumbradas á separar el ridiculo y á no sufrirlo , os pido perdon por mi debilidad: Estoy enamorado ¿No os sonreis?..... Tanto mejor!..... Esperaba veros sonreir..... Estoy enamorado como no se

está mas que una vez en la vida ; enamorado hasta el punto de sacrificarlo todo á mi amor, todo , milord , hasta el objeto de mi vida entera!

White-Manor no contestó , pero su semblante tomó una apariencia mas tranquila. Una esperanza se apoderò de él. La coraza de un corazon que ama, tiene numerosas faltas. White-Manor llegó á ser mas atento, y su vista apagada tuvo como un brillo de penetracion hostil y cautelosa.

Lancaster no pensaba ya en vigilarlo. El recuerdo evocado de su amor enteramente nuevo, y al que aun no se acostumbraba su corazon, retrataba la alegria y el desvario en sus enérgicas facciones. Los obstáculos y el peligro desaparecian para él en aquel momento, pues tenia la firme esperanza de vencer los unos y conjurar el otro. Se sonreia dulcemente con la ausente imágen de Suzannah , y no se cuidaba absolutamente de la presencia de su hermano.

= Oh! si, la amo! murmuró con tal impetu de pasion , que White-Manor se aplicó su lente para considerarlo mejor. Me he sentido vivir por la primera vez saboreando su primera sonrisa: el sonido de su voz ha hecho vibrar una cuerda muda en un rincón ignorado de mi corazon. Me ha manifestado todas las alegrías que el hombre puede esperar aqui en la tierra, y que yo despreciaba anteriormente por que

era ciego y miserable! Esto es muy cierto, mi-lord. Mi porvenir luce ahora por cima de algunos dias de pruebas. Lo espero , oh! lo espero con ardor! Tengo confianza en Dios : mi alma se rejuvenece y se purifica..... Sabeis , mi-lord, que soy capaz de no aborteceros!

=Precisamente es necesario que ameis mucho, contestó con frialdad White-Manor.

=Mucho! repitió Lancaster como si le hubiese parecido la palabra insuficiente y débil, aun mucho mas , Godfrey; ¿sabia yo ayer que se pudiese amar la cuarta parte de mi amor?..... Amo con reflexion, con voluntad, y amaré á pesar mio si mi voluntad se manifiesta rebelde. Amo..... ¿Pero me comprendeis?

Al oír aquella brusca pregunta, las facciones del conde se dilataron en una alegría burlesca y grosera.

=Si, señor, si, señor! contestó, y nunca, por mi salvacion , se me ha hecho con tanto gusto una confianza amorosa..... Ah! amais tanto como decis, caballero!

El tono de White-Manor, contenido hipócritamente , cambió de pronto antes que Brian pudiese responderle, y continuó con estrépito:

=Y venis á imponerme insolentes condiciones, á pedirme mis bienes, que se yo! venis con la amenaza en la boca, como un bandido de camino á decirme; dame ó te mato..... Y amais tanto como decis!

Brian se habia vuelto hácia el lord , y lo miraba tranquilo siempre, aun cuando presentia un violento ataque.

=Caballero! caballero! continuó el conde que tartamudeaba de cólera y alegría , no veis que mi esclavitud cesa!..... No veis que nuestros papeles cambian; que yo soy fuerte y vos débil!..... Ah! vos amais.... Ah! vos amais!...

La sangre subia con abundancia hácia el cèrebro del conde, y el esmalte turbado de sus ojos tenia un jaspeado negruzco. Su voz se cortaba, y sus gruesos labios tenian convulsivos estremecimientos. Brian lo examinaba silenciosamente.

=Me lo acabais de decir, cuan imprudente sois! continuó White-Manor tomando de la mesa sus pistolas que montó estrepitosamente. Sabeis que hubiera dado mil guineas á cualquiera que me hubiese traído esa noticia!... . Cuando se ama tanto, caballero, se teme morir , y, por el nombre de Dios, las pistolas llegan á ser un arma de la que se puede uno servir ahora contra vos!

Brian hizo un gesto de desprecio, y se enderezó con orgullo y dignidad, como para ofrecer un objeto mayor y mas seguro á los ojos de su hermano.

—Milord, dijo, discutir de este modo no conviene entre caballeros, y nuestros modales me deciden á precipitar el desenlace de esta entrevista....¿Quereis, si ó no, firmar la obligacion que pido á vuestra señoria?

— No, y mil veces no, exclamó el conde. Quiero que salgais de mi casa, llevado por mis criados: quiero que al momento salgais por esa puerta, que os prohibo volvais á pisar nunca..... Os echo, caballeroY usando del derecho de todo inglés, cuyo domicilio es violado por un espia, ó por un ladron, os amenaza, que si no salis ahora mismo, dejaros muerto en el suelo.

—Y yo os incito á que ejecuteis esa amenaza; dijo Lancaster que cruzó los brazos sobre su pecho, y se adelantó con lentitud hácia su hermano dirijiéndole una mirada fija y fria.

El conde levantó á la vez sus dos pistolas cuando Brian no estaba mas que á tres pasos de distancia. Las facciones apopléticas de White-Manor manifestaban un feroz deseo de matar, combatido por el temor.

—No os adelanteis! no os adelanteis! dijo con sofocada voz.

Brian dio tres pasos á pesar de aquella amenazante orden, y su mano se apoyó pesada sobre el hombro de su hermano que volvió á caer sojuzgado, en su sillón.

Vais á ver ahora mismo milord, dijo Lancaster con tono sensible é impregnado de un matiz de tristeza, vais á ver si temo, milord. Lo que acabo de hacer no puede servir de prueba, sabia que no os determinariais.....

Tomó una despues de otra de las manos

de su hermano, no ofreciendo ninguna resistencia, las dos pistolas, y las arrojò lejos en el tapete, despues de haberlas puesto en el seguro: White-Manor estaba pálido y temblaba. Libres ya sus ojos por un reflejo repentino de la sangre que los llenaba, habian perdido sus reflejos rojizos y no conservaban mas que la horrorosa fijeza.

Milord, añadió Lancaster, os habeis engañado extraordinariamente. Esa amenaza no puede intimidarme porque entra en mi propósito que ese sea el último resultado de nuestra conferencia.

El conde agitado y sin poder darse cuenta exacta de lo que podrian decir las palabras de Brian, continuaba mirándole con aire de estupefaccion.

—De vuestra decision pende mi porvenir, continuó diciendo Lancaster. O me otorgais mi demanda llana y sencillamente como os la he presentado, ó tocareis muy en breve los efectos de vuestra negativa.

—Estraño mucho, exclamó el conde con acento entrecortado por la ira que devoraba su pecho, que sembreis vuestras súplicas de amenazas, que desprecio altamente y que me confirman de nuevo en mi propósito.

—No tengais esa seguridad, milord, hermano mio, pues he tomado muy bien mis medidas para avasallar vuestro albedrio y sugerirlo á mi voluntad.

—¿Cómo es eso? esplicaos, balbució con cólera White-Manor.

—Voy á hacerlo, milord, y con tanto mas gusto, cuanto que ya me urge concluir con esta escena, que me está llenando de fastidio.

Entonces Brian se dirigió á la ventana que caía á la calle, y la abrió con la mayor sangre fria.

—Este será mi recurso, dijo volviéndose á su hermano, y al mismo tiempo vuestro oprobio y vuestra ruina.

El conde se agitó trémulo en su silla, pues comenzaba á comprender el violento desenlace de aquel drama, en que representaba un papel tan á pesar suyo.

—La suerte me ha condenado al sufrimiento, siguió diciendo Brian; pero he tolerado sus golpes, porque hasta este momento no se ha interpuesto á mi paso quien me hiciera conocer su amargura. Siempre habeis sido mi cuchilla, milord, hermano mio: hijos de un mismo padre cargásteis con las riquezas, con los honores con el prestigio del mundo, solo por que nacisteis el primero y me dejasteis en dote la miseria, el padecer y la humillacion. Fuisteis poderoso y yo pobre: y como sino fuesen suficientes los tormentos á que me condenaba el destino, los agravásteis con todo el rigor de vuestros desnaturalizados sentimientos. Una lucha se trabó entre ambos: una lucha en que vos llevabais siempre las ventajas; y sin embargo, la victoria quedaba á mi favor. Esta lucha que era á

muerte, ha podido terminarse hoy: os he presentado las bases de la paz , y las habeis desechado.

—Son inadmisibles,..... dijo el conde. Encierran mi ruina.

—Las habeis desechado, repitió Brian, y preferis ser mi verdugo: Lo sereis, hermano mio: tendreis ese imponderable placer , cuyas delicias deseais saborear. Lo tendreis, por que esa será mi venganza. De aqui á la calle se pasa en dos segundos: y ese será el tránsito de mi vida á la eternidad. Pero no creais que mi muerte os libraré de un enemigo encarnizado: mi muerte no es mas que una venganza que tomé de vuestro dureza y egoismo: mi muerte no hará mas que preceder á la vuestra, y os legará baldon y oprobio eterno.

Brian se acercó á la ventana y midió con impávida vista su altura: despues continuó con la misma serenidad.

—Todo Lóndres sabrá vuestro bárbaro proceder: nadie ignorará que habeis asesinado á vuestra hermano : su cadáver bajo vuestras mismas ventanas será un testimonio indeleble que os acusará en los tribunales y en la misma sociedad. Arrojado de vuestro mismo gabinete mi última palabra os maldecirá , y os acusaré publicamente gritando al caer ,,compasion hermano mio,,. ¿Quereis una prueba mas irrecusable?

El conde no pudo responder; nunca había

pasado por su imaginacion una idea tan horrosa: el espanto y el estupor le habian clavado en su asiento. Con los ojos fijos consideraba á su hermano capaz de realizar aquella amenaza terrible, que como un rayo fulminante le acababa de anonadar.

Incapaz de accion ni de movimiento en su horroroso letargo se habia ahogado en su garganta un grito de su rabiosa desesperacion. Su primer impulso habia sido correr hácia su hermano y detenerle en su arrebatado proyecto, pero una parálisis mortal habia entorpecido sus miembros todos y á su pesar le condenaban á la inaccion.

La insensibilidad de White-Manor decidió á Brian á llevar á cabo su propósito. Subióse en la ventana y consideró impávido el lugar de su sacrificio. Todo lo habia perdido en el mundo quitándoles los medios de llevar á cabo sus impulsos generosos, en favor de aquel objeto amado de su corazon..... ¿Que le importaba la muerte?

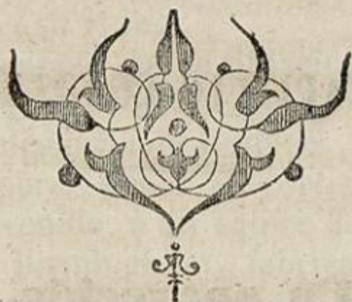
Su accion era decisiva, y emanado aquel acto de su resolucion libró al conde de su inmovilidad.

Tendió las manos con ademan suplicante y esclamó con voz llena deagonia.

—Deteneos, hermano mio!

Brian volvió entonces la cabeza. No hay medio entre la vida y la muerte, esclamó ¿aceptais mis proposiciones?

Deteneos, hermano mio! repitiò con los brazos abiertos hácia Brian; mas no pudiendo tenerse de pies cayó de rodillas, y en esta actitud volvió á conjurarle que renunciara á su tentativa pues se hallaba á su disposicion.





CAPITULO CUARTO.

Un aparecido.

WHITE-MANOR estaba vencido. Su torpe imaginacion habia tardado en comprender, pero al fin comprendia la estension verdaderamente aterradora de la amenaza de Lancaster. Hasta entonces no habia visto en la accion de su hermano mas que un suicidio, y habia experimentado mas alegria que dolor: pero este suicidio iba á matarlo á él mismo, y á

matarlo despues de haberlo presentado como un infame á los ojos del mundo.

Con efecto, nadie ignoraba el inveterado y profundo odio que se tenian los dos hermanos, y Brian, cayendo de una ventana de la casa del conde, y gritando compasion, pasaria á los ojos de todos por la víctima de un odioso asesinato.

White-Manor debió capitular. Prometiò firmarlo todo, aun cuando fuese su completa ruina, y suplicò á Brian unidas las manos que no atentase á su vida.

Seguramente que la situacion era extraordinaria, y aquella terrible *escentricidad*, conocida por la elegancia de Lòndres, hubiera sido suficiente para poner al corriente al primer recien venido, á un squire del sud, á un leoncillo de Birmingham, fabricante ó no de lancetas, ú otra cosa semejante á un poeta galo, á un M. P. (1) borracho y rogizo, cualquiera que fuese que le hubiera dado á el dia siguiente una reputacion colosal.

El señor vizconde de Lantures-Luces biógrafo jurado de todos los elegidos de la moda, hubiera pagado las primicias por lo menos con una guinea.

De seguro que no habia quizá en el mundo otro medio de atraer al conde de White-Manor á una concesion tan escorbitante. Por

(1) M. P. abreviatura inevitable de miembro del parlamento.

lo que respecta á la moralidad del acto , estamos en Inglaterra, donde la opinion de Brian, con respecto al derecho de primogenitura, principia á reclutar numerosos prosélitos. Y admitida una vez esta opinion , su argumento llega á ser inatacable. Su hermano habia disfrutado quince años sin participacion, ya no era tiempo de participar.

Ademas, contra la ley del mas fuerte hay la jurisprudencia moral que el mas débil tiene el derecho de la estratagema.

Y sobre todo, Brian amaba....

Cerrò la ventana con tanta tranquilidad como la habia abierto , y dió la mano al conde para ayudarlo á levantarse. Los dos se dirigieron hácia la mesa, junto á la que se sentó White-Manor, y trazó convulsivamente su firma al fin de una hoja de papel en blanco.

—Tomad , caballero , dijo con apagada voz: ya me teneis en adelante á vuestra discrecion..... ¿os basta esto?

—Milord , contestó Brian , preferia que vuestra señoría tuviese á bien estender sobre su firma una obligacion en forma.

White-Manor volvió á tomar estremeciéndose, el papel, y se puso á llenarlo. Mientras que escribia con rapidéz , una de las puertas del salon se abrió sin ruido , y , Paterson , pisando la alfombra con precaucion , atravesó la pieza, procurando describir un gran círculo al rededor del sillón de Lancaster. Llegó al lado

de su amo antes que este lo hubiese distinguido y puso sobre la mesa, ante su vista un cuadradito de papel en el que habia escrito con lapiz un nombre.

Nobien lo hubo descifrado el conde, cuando empujó con violencia su sillón hácia atrás y miró horrorizado á su alrededor.

—¿Los muertos vuelven? murmuró con una especie de horror; ¿ó será que pierdo mi cabeza?

—El caballero que ha escrito su nombre en ese papel, desea hablar al momento á su señora, dijo Gilbert Paterson.

—¿Y está vivo? balbució White-Manor sin comprender lo que decia.

Paterson creyó que habia oido mal y repitió su mensaje. La agitacion de White-Manor llegaba á su colmo.

—Es necesario que lo vea! dijo al fin levantándose: es necesario que lo vea al instante... Oh! Dios mio, compadeceos de mi! Mis ideas se turban, he visto morir á ese hombre..... Brian, dispensadme.... Esa obligacion, tal como está, os bastará ampliamente para tenerme bajo vuestros pies como á un esclavo..... Pero voy á volver, voy á completarlo, á perderme de un todo..... Esperadme..... Por mi alma, yo tambien me saltaria la tapa de los sesos.

Se volvió hácia Gilbert Paterson que lo escuchaba con admirada curiosidad, y añadió bruscamente.

—¿Dónde está ese hombre?

—En la sala de recibo, milord , contestó el mayordomo.

El conde se dirigió á la puerta con tanta premura como hacia mucho tiempo que no lo ejecutaba.

Brian se quedó solo.

Esperó un cuarto de hora, despues media hora; el conde no volvia. La paciencia no era la cualidad dominante de Lancaster. Para matar el tiempo, se aprocsimó á la mesa á fin de leer el acta principiada. Su vista tropezó casualmente con el papelito traido por Gilbert Pater-son, y leyó escrito con lápiz y con todas sus letras el nombre de Ismael Spencer.

Su estoquefacion y su turbacion fueron casitan grandes como las de su hermano. Las vagas sospechas que se habian despertado en él por la narracion de Suzannah , se presentaron repentinamente á su imaginacion. Vió al conde mezclado en aquel tenebroso drama de Godman's-Fields; quiso correr para asistir á la entrevista que se habia verificado á su lado: pero ya era demasiado tarde. El conde volvió á aparecer en aquel momento sonriéndose y con el aire casi alegre.

—Perdonadme que os haya hecho esperar, hermano mio, dijo: ya estoy ahora á vuestras órdenes.

Hé aqui lo que habia pasado en la sala de recibo.

El conde al salir del salón donde dejaba á Brian , tenia la cabeza casi del todo perdida. El sacrificio inaudito que se veia obligado á hacer, su cólera escitada tantas veces durante su conversacion con Lancaster, y tantas veces re-concentrada en si mismo con dificultad, en fin, el aviso de la estraordinaria visita de un hombre que habia visto subir al cadalso, visto-lo con sus propios ojos, y quedar tirante con el peso de su inerte cuerpo la fatal cuerda de los ajusticiados, todo esto se mezclaba confusamente en su aturdida imaginacion , y lo ponía en un estado muy parecido al idiotismo.

Entró en la sala de recibo con la vista fija y opaca, la boca abierta , y no manifestando en su semblante mas que un vago horror. Gilbert Paterson entró detrás de él.

Pero el hombre que esperaba , sin duda no tenia mas ganas que Brian de disfrutar de la compañía de maese Paterson , pues su primera palabra fué para mandarle que se retirara.

Gilbert dudó, y miró á su amo; pero este no estaba aun en estado de manifestar su voluntad. La vista de aquel personage de pié en medio de la sala de recibo parecia haberle petrificado: se dejó caer en una silla y fijaba ante si sus ojos desprovistos de vida.

Tyrrel el ciego reiteró su orden frunciendo las cejas. Gilbert no se atrevió á resistir y salió por la puerta murmurando.

—Y bien! White-Manor , dijo el ciego, creo que no esperabais volverme á ver!

—Sois verdaderamente vos , Spencer! murmuró maquinalmente el lord.

—Yo mismo en persona , por Moisés y el becerro de oro, conde.....

White-Manor lo recorrió de pies á cabeza con inquieta y temerosa mirada.

—Oh! podeis mirarme todo el tiempo que gustéis, milord, añadió Tyrrel manifestando la ancha superficie de su pecho: yo mismo soy... Ismael Spencer, vuestro muy decidido servidor, que, gracias sean dadas al Dios de Jacob, goza de una salud completa y está tan perfectamente bueno como cualquiera alma viviente.

—Pero..... dijo el lord.

—Eso mismo me dicen todos! interrumpió Tyrrel arrastrando el sillón hácia el conde, pero.... pero....pero.... He llegado á ser.... así alguna cosacomo un animal digno de verse desde que me ahorcaron..... Sin embargo, milord, no hay nada de admirable en mi negocio. El doctor Moore fué á verme á mi prision y me hizo por bajo del cuello una incision, cuyas ternillas sostuvo con la ayuda de un cañon de pluma.... Dán á esta operacion un nombre muy extraño... Segun creo es la faringotomia.. .. Cuando la cuerda me apretó el cuello respiraba por debajo de mi incision, pero esto no es nada, milord, y el doctor ha hecho otra cosa mucho mejor, aseguro que es un hombre

muy hábil.....La incision no podia en rigor impedir la congestion cerebral. Moore me dijo: seria necesario que tuvieseis en el momento critico, en el mismo momento, me entendeis bien, y no diez minutos antes, un gran gozo, un enérgico movimiento de alegria. Esto no era muy fácil, ¿no es verdad, White Manor? sobre el mismo tablado del cadalso, en presencia de la tumba abierta que espera vuestro cadáver no se puede.....

Tyrrel se sonreia pero estaba pálido.

=Pues bien! añadió con cinismo, á fuerza de buscar, Moore y yo encontramos un medio de hacer burla de la horca y de considerarme dichoso, teniendo la cuerda al cuello... Existia un miserable picaro en el mando á quien habia tratado mucho tiempo como esclavo, y que concluyó por hacerme traicion... Roboam, asi se llamaba, milord, se arrepentia amargamente del mal que me habia hecho. No estaba seguro que á una señal que le hiciese, venceria todos los obstáculos por acercarse á mi.....El doctor me dió un puñal.....En el momento supremo llamé á Roboam, que corrió hácia mi y le maté....

Esto restableció energicamente la circulacion de mi sangre, milord, continuó Tyrrel.

La trampa se abrió, y fui ahorcado precisamente en el momento propicio.....Al fin, el pobre de Roboam me ha sido muy útil como bien veis.

—¿Y que ha sido de ella? pregunto muy bajo el conde con una especie de timidez.

—¿Ella?..... Ah! milord, hablaremos de eso otra vez.... Diantre! la historia seria muy larga y nos llevaria demasiado lejos.....

—¿Pero vive aun? interrumpió el conde.

—Si vuestra señoria lo permite le diré todo lo que la concierne, ella.....disfrutaba de una hermosísima salud, bien lo sabeis, pero las jóvenes se marchitan muchas veces de pronto, como las flores....

—¿Ha muerto, Ismael?

—Sois muy curioso, White-Manor, dijo Tyrrel con singular acento de burla, como un buen padre que hubiera perdido á su hija..... Paciencia!.....Hoy si os parece, no nos ocuparemos de esas vagatelas.....He venido para otra cosa.....

Pero decidme una palabra, una sola palabra! insistió el conde.

—Está muerta.....Comenzó Tirrel.

El conde dió un suspiro equivoco, que podia muy bien haberse tomado por un suspiro de alivio.

—A menos que aun no viva, concluyó el ciego riéndose: por el Dios de Abraham consiento que me vuelvan á ahorcar si se alguna cosa..... Pero hablemos razonablemente..... Ya hace un año, milord, que soy un hombre como debe uno ser. Honro á West-End con mis frecuentes visitas y si no vivieseis en una

ermita, hubiéseis tenido el placer de encontrarme muchas veces en vuestros nobles salones. Me conocen en ellos bajo el nombre de Edmond Makensie..... Un buen caballero, milord, gozando de una fortuna mediana, apacible, sociable, inofensivo, y habiendo tenido la desgracia de perder la vista en Lahore, de donde acaba de llegar en derecha..... pues había olvidado deciros, milord, que soy ciego.

Los ojos de Tyrrel, que, durante la primera parte de esta conversacion, habían parecido disfrutar de una movilidad muy comun, quedaron de pronto apagados y muertos, y conservaron aquella fijeza pesada de los ojos acometidos de ceguera. El conde quedó engañado apesar del aire burlon con que Tyrrel pronunció estas palabras: «Soy ciego» y dijo á modo de cumplido:

— Os compadezco, Spencer, os compadezco.

— Decidme sir Edmond, milord, respondió con prontitud el judío, que hizo rodar sus pupilas con sorprendente agilidad. Por lo que respecta á vuestra conmiseracion, os lo agradezco, pero no la necesito..... mi ceguera no me impide ver el triste cambio que ha habido en vuestra señoría....

— ¿No estais ciego?

— Necesitaba una máscara, milord. Y ademas no hay cosa mejor que estar ciego para distinguir las cosas que se escapan á los mas lin-

ces..... Pero volvamos á vos..... Verdaderamente, White-Manor, no sois mas que la sombra de lo que erais.

—Sufro mucho! dijo el conde con aire sombrío.

—Ya se conoce, milord..... y apostaria á que ese diablo de Brian.....

—Brian! repitió el conde cuyas facciones se contrajeron; aqui está..... me espera!..... Ah! Ismael! Ismael! acabas de pronunciar el nombre de mi verdugo.

Tyrrel se frotó las manos.

—Ah! está aqui!..... murmuró.

—Hace ya tiempo que estás en los tristes secretos de mi vida, Ismael, añadió el lord, cuya cabeza se inclinaba sobre el pecho con desanimacion, y ademas, ¿qué me importa hablar?..... este hombre me ha vencido, me ha arruinado?.....

—¿Arruinado? dijo Tyrrel prestando atencion.

—Acaba de hacerme firmar un acta infame! exclamó White-Manor, con tono lastimero y casi lloroso, un acta que me despoja y lo hace mi heredero durante mi vida.....

Tyrrel respiró.

—Bah! dijo con aire desembarazado, ¿Y despues?....

—¿Que mas quereis, Spencer?..... Solo unas líneas faltan á ese acta. Estoy arruinado.

—Diantre, milord! murmuró Tyrrel en

voz baja pero vibrante ¿no bendeciriais á Dios si vuestro hermano muriese esta noche repentinamente?

White-Manor ocultó la cabeza entre sus manos.

—No!..... no!..... no!..... dijo por tres veces con los dientes apretados por la rabia que queriá estallar : esa es una astucia del demonio, Ismael..... Mis manos están atadas..... Temo su muerte que lanzaria sobre mi cabeza una acusacion de asesinato!.....

—Bah! dijo de nuevo Tyrrel.... En Lòn-dres se olvida muy pronto á los muertos..... Pero quizá mejor quisierais que Dios dejará vivir en su cuerpo , y atacase su cabeza de locura.

—Loco! Brian , loco! exclamò el conde levantando las manos con ardor ; oh! daria la mitad de los dias que me quedan.....

—Lugares comunes, White-Manor interrumpió el judio : es necesario hablar mejor y decir en buen inglés: Daria tantas libras esterlinas.

—La mitad de mi fortuna, Spencer!

—Vanalidades, milord!..... Se os escige una cantidad determinada.

—Daria..... Pero yo si que soy un loco en escucharos, Ismael!....loco en creer que un hombre puede proporcionar la demencia!..... Es necesario que vuelva donde está Brian que quizá se impacienta, y con quien tengo tantos

motivos de contemporizar..... Si teneis alguna cosa que decirme, apresuraos.

—Tengo que deciros, milord, que precisamente para hablar á vuestra señoría del honorable Brian de Lancaster, es por lo que he venido esta noche á Portland Place. Seguramente tenia que proponeros un negocio.... Por lo que respecta á la condicion que exigí antes, no insisto en ella por que una suma bastante crecida necesitaria un contrato, y podriais muy facilmente poneros al abrigo tras vuestra inviolabilidad de par, aun cuando mi cualidad de ahorcado no me tuviese con las manos atadas.... Asi os pido pura y sencillamente cuatro mil libras en billetes al portador.

—¿Para qué?

—Para pagar la locura del honorable Brian de Lancaster.

El conde se encogió de hombros con impaciencia.

—Milord, dijo el judío, esto no es un juego de niños. Haced que traigan los billetes y yo me explicaré.... Os hablo con mucha formalidad.....

La gravedad de Tyrrel causó una cierta impresion en el lord. Además, ¿el hombre que se ahoga no procura agarrarse á un débil junco de la orilla, que no es suficiente para sostener la céntima parte del peso de su cuerpo? White-Manor, en vez de acudir á su razon, procuró aturdirse con las estrañas manifestaciones

del judío. Rechazó la reflexión, y, contento con plantear aquella suprema probabilidad, por débil que pudiese ser, tocó una campanilla.

Paterson entró y recibió orden de traer la cartera de su amo.

—Milord, continuó el judío así que se encontró de nuevo solo con el conde y poniendo las manos sobre los billetes estendidos delante de él, un hombre que goza de la plenitud de su buen sentido, puede ser encerrado como loco Este recurso es fecundo y vale por sí solo las cuatro mil libras.

La frente de White-Manor se había despejado.

—Es muy cierto, dijo, pero se necesitará tiempo.

—Para todo se necesita tiempo, milord, mas ó menos; ahora necesitamos una hora.

—¿Lo creéis así?

—Lo creo desde que se puso el sol, milord y aun hago mas que creerlo, obro.... En el momento en que os hablo, el honorable Brian de Lancaster está ya en camino para Bedlam...

—Si está en mi salón! interrumpió White-Manor que tomó la metáfora al pie de la letra.

Una sonrisa de compasiva burla se presentó á los labios de Tyrrel.

—Quizá el salón de vuestra señoría, murmuró, sea un parador en el camino de Bedlam Pero siempre mantengo lo que digo.

Milord, dignaos escucharme: Esta mañana un maniaco se introdujo en el palacio real de Kew, y ha tirado, segun dicen, un pistoletazo á la jóven reina Victoria.

El conde se acordó de las voces que habian corrido en estrepitoso concierto en su salon, en el momento en que Lancaster habia abierto la ventana, y que todos disertaban sobre aquel extraño suceso.

—He oido hablar de eso, respondió, y creo adivinar á donde quereis venir á parar. ¿Pero como se ha de probar que Brian?.....

—El honorable Brian se ha encargado por si mismo de esto, milord, interrumpió Tyrrel, pues él ha sido el que se introdujo esta mañana en el palacio de Kew.

—¿Y el que ha tirado á la princesa?.....

—No han tirado á la princesa..... pero han maltratado á los guardias, han escalado las paredes del terrado; todo para entrar por asalto en el invernadero japonense, y coger una camelia blanca veteada de azul.....

—¿Y estais cierto que ha sido él! dijo el conde cuya inercia acababa de galvanizar una fogosa esperanza.

—Muy seguro, milord.

White-Manor se levantó con prontitud.

—Es necesario obrar, exclamó, denunciarlo, pedir su arresto!

—Sentaos, milord, continuó Tyrrel. Vuestra señoria ha hecho ya cuanto era necesario

hacer, y, á vuestra peticion , doce hombres de policia esperan á las puertas de esta casa.

—A mi peticion! balbució el conde admirado.

—Todos estos son pormenores insignificantes milord, continuó el judío; el tiempo urgia, y yo ignoraba que vuestra señoría estuviese tan maravillosamente dispuesto. En la duda he tomado mis medidas..... Ya sabeis, White-Manor, que imito con cierta precision toda clase de letras..... He escrito en vuestro nombre al comisario de la policia metropolitana , le he participado , con todo el sentimiento que es consiguiente, que mi muy querido hermano, el honorable Brian de Lancaster estaba loco , y que su locura acababa de poner en peligro á una persona real. Por consecuencia, y para evitar mayores desgracias, he pedido auxilio.

—Admirable! exclamó el conde precipitándose sobre la mano de Tyrrel que apretó entre las suyas con verdadero transporte. Oh! ya lo tengo ahora, y lo mismo que él no tendré conmiseración!. Spencer:..... amigo mio, mi salvador! doblaré la suma, la triplicaré!

—Doy gracias á vuestra señoría y comienzo por guardar en mi faltriquera la unidad, esperando el doble y el triple, dijo Tyrrel. Ahora, id á concluir el acta de que me hablasteis hace un instante. Despojaos sin miedo, milord, tendreis que haberosla contra un pensionista

de Bedlam..... y un pensionista secreto ; pues
he obrado de modo que se ha tratado como loco
de importancia.





CAPITULO QUINTO.



En Bedlam.

YRREL se despidió del conde despues que concluyó estas palabras, y bajò á la calle donde los agentes de la policia se habian mezclado á la multitud. Al lado de la acera y delante del peristilo, un intendente de policia y un médico esperaban en un carruage cerrado; detrás de este dos empleados se hallaban de guardia.

Tyrrel echó una mirada satisfactoria á todos aquellos preparativos. Brian no podia escaparse, y el conde, prevenido de antemano, no hubiera intentado negar su firma. Por lo que respecta á las cuatro millibras, Tyrrel las guardaba únicamente como á cuenta de las liberalidades futuras de su señoría, pues White-Mannor, librándose de Brian, no alejaba el mas peligroso enemigo de su caja. Tyrrel tenia del conde una letra de cambio de la que pretendia servirse tarde ó temprano.

Pero una cosa lo embarazaba, y era aquella multitud esparcida con profusion en todo Portland-Place. Importaba á su proyecto que Bedlam fuese para Brian de Lancaster una verdadera tumba; y para esto era necesario que se hiciese su arresto sin ruido y como de oculto. Mandar á los de la policia que hiciesen desocupar la calle, hubiera sido una medida irrisoria. Faltaba para esto el derecho y el pretesto.

Tyrrel dió algunos pasos en la acera, y su escudriñadora mirada recorria en todas direcciones la multitud charlantina y turbulenta. Muy pronto distinguió á la estremidad de un corbatin de crin tejido, el honrado semblante del buen capitan O' Chrane, quien á pesar de la poca elevacion de su sombrero, sobresalia sobre las demas cabezas regulares medio pié.

Tyrrel fué derecho á él, y le dijo algunas palabras al oido.

—Trueno del cielo! murmuró Paddy con

manifiesto mal humor: que sirva de tostadas á Belzebut, miserias! si es posible que tenga un instante de sosiego!

Tyrrel se habia alejado sin aguardar la respuesta. Segun su costumbre el capitan ni aun habia tenido la satisfaccion de ver al hombre que le dió al pasar una órden misteriosa, escudado en la famosa palabra del santo: *Gentleman of the night!*

¿Qué os ha dicho ese hombre M. O' Chrane? preguntó mistress Burnett que se puso de puntillas para poder llegar con su cabeza á los dijes que llevaba el capitan.

—Me ha dicho....Satanás y sus cuernos! contestó Paddy: por el mismo cielo! señora.... Me daria vergüenza de ser curioso hasta tal extremo, Dorothy, corazon mio , en vuestro lugar, miserias!..... Me ha dicho , truenos del cielo! El tiempo está frio, Mr. O' Chrane, como el diantre: que Dios os bendiga.....

Despues de dar aquella respuesta diplomática, el capitan, aprovechándose de su alta estatura como de un observatorio natural, paseó con majestad su vista á su alrededor.

—Condenacion, murmuró, me voy á ver obligado á representar yo mismo el papel de espia, pues no veo á ninguno de los nuestros.

—Truenos del cielo! miserias! que Dios nos condene sin compasion! dijo por debajo de él una voz agria ó infantil; buenos dia capitan

O' Chrane, ó que el diablo me lleve!

Paddy bajó su mano y cogió un encanijado hombro que pertenecía al caballero Snail, que paseaba en Portland-Place á su muger la linda Madge, adornada con sus botas, y sus enaguas escarlatas, superadas con una vesta varonil, y un sombrero de cuero puesto sobre un gorro de muselinagruesa. Madge, siempre silenciosa y digna, tenia su pipa apagada en su boca, y no tomaba parte alguna en la agitacion del público.

—Muy bien! Muy bien! capitan! exclamó Snail; es este modo de llegarse á un hombre de mi categoria! mal rayo me aplaste!

—El rayo pasaria por tu lado sin verte, Snail, miserable *scamp*, amiguito mio! contéstole el capitan; pero me alegro mucho de tenerte precisamente bajo mi mano, tempestades!..... Pues eres, miserable niño, muy astuto para tu edad, y necesitaba..... Escucha aqui.

Snail se empinó, y Paddy se agachó. Este doble movimiento los puso casi al nivel uno de otro.

—Esta es una nueva prueba de confianza que voy á darte, jóven inmundicia, hijo mio, añadió el capitan con importancia. Parece que los milores necesitan que quede la calle despejada.....

—¿Para qué? preguntó Snail.

—Quinientas blasfemias! caracol maldito, hijo mio querido, ignoble pilluelo, quiero que

el cólera me purgue sino tengo ganas de tirarte de las orejas hasta hacerte sangre..... Buenos dias, Madge, triste marimacho, hija mia..... Por lo que respecta á ti Snail, monton de lodo del tamaño de un puño, algun dia haré tu fortuna porque vales tu peso en oro, extracto de bandido.....

—Mi linda Madge, interrumpió Snail, escuchad al capitan que bien habla de vuestro hombre, Satanás y sus cuernos.

—Tapaos mas bien vuestros oidos, Madge, que sois muy linda, como lo dice esa limaza parlanchina, tempestades! ó muy fea como se viene á los ojos, Dios puede condenarme.... Lo puede si quiere, por todos los diablos!..... Con que, Snail, se trata de alejar de aqui á todos esos estúpidos papanatas, con sus comadres, y para esto, no veo cosa mejor que esparcir el rumor del arresto de ese vil pícaro de que hablan los diarios de esta tarde.... ..

—¿El asesino de la princesa?.....

—El mismo, diminutivo de pícaro... Debe haber por entre esa multitud personas de la familia.... Llamalos, gato del diablo, y diles...

—Muy bien, capitan, muy bien, Dios puede condenarme! interrumpió Snail con arrogancia, os comprendo. Eso es muy fácil.....

Peró por mi trabajo, tempestades! me direis donde se hace el agujero del elefante Saunder del circo de Astley.

La mano del capitan apretó con tal fuer-

za el hombro de Snail, que diò un grito de dolor, y se perdió al momento entre la multitud. Un instante despues se oyeron dos ò tres maullidos sonoros. Un movimiento se notó en la multitud, y se vió á algunos hombres recorrerla en diversas direcciones, y en seguida este grito salió de veinte partes á la vez.

—En Hay-Market!..... Están cercando la casa del asesino en Hay-Market.

Tres minutos despues pareció que un viento tempestuoso habia pasado por Portland Place llevándose ante si toda clase de personas. Todos bajaron corriendo, empujándose, gritando hácia Regent Street, y solamente quedaron en la calle los de la policia llenos de admiracion.

Se distinguia aun en lontananza, la larga y tiesa estatura del capitán cada vez que pasaba bajo un farol de gas. El cerraba la marcha no atreviéndose á comprometer corriendo la gravedad de su reposado paso ordinario.

—Vamos, Milord O' Chrane, vamos! en nombre del cielo! le decia inútilmente mistress Burnett que procuraba arrastrarlo: llegaremos demasiado tarde seguramente, para ver arrestar á ese pícaro.

Corazon mio, respondia tranquilamente Paddy, no me tireis asi del brazo, os lo suplico, rompereis mi frac azul por el agujero del infierno..... Ya veis mi querida señora, mil mise-

rias! Doroty, amor mio, llegaremos cuando podamos ó Fedédiah Smith no es el mas hipócrita picaro que conozco!..... Por lo que respecta á Snail ese inmundo reptil, quisiera tener un hijo semejante, por Satanás y su rabo, señora.

Durante este tiempo, el conde de White-Manor habia vuelto al salon donde le esperaba Brian de Lancaster. Segun hemos ya dicho en el momento en que el lord entraba por la puerta, Brian acababa de leer el nombre escrito en el papel que habia traído el mayordomo Paterson, y aun se hallaba todo conmovido.

Al oír las primeras palabras de su hermano, respondió bruscamente:

Acabais de ver á Ismael Spencer, milord.

El conde fué cójido de improviso.

—Yo....balbució; yo....pero la persona cuyo nombre acabais de pronunciar hace un año que ha muerto.....

Lancaster cojió el papel de la mesa y se lo entregó á White-Manor.

—Es verdad, murmuró este último despues de un silencioso embarazo; acabo de ver al judío Ismael Spencer.

—Me será permitido preguntar á vuestra señoría, añadió Brian, de que clase eran sus relaciones con ese hombre!

—Eso no es permitido á nadie, caballero! contestó el conde procurando ocultar su turba-

cion bajo una apariencia de dignidad herida.

=Milord, dijo Brian con tono de grave tristeza, me veo precisado á insistir sobre este punto..... Creedme que no es para herir á vuestra señoría ó provocarla fuera de propósito por lo que repito mi pregunta.....

=Y no responderé á ella, caballero, contestò precipitadamente el conde, ó mas bien... Si..... consiento en deciroslo, una vez que os complacéis en doblegarme esta noche á todos vuestros fantásticos caprichos, consiento en deciros que me he interesado en la estraña y desesperada posicion de un desgraciado á quien la casualidad ha sustraído de las consecuencias ordinarias del supremo castigo. Yo.....

=No me digais mas, milord, interrumpió Brian con fria severidad: para dar crédito á las palabras de vuestra señoría, necesitaria olvidar su movimiento de sorpresa cuando vió el nombre escrito en ese papel.

El conde se mordió los labios.

—Ah! caballero! esclamò impelido por un irresistible impulso de cólera, podeis dirigir vuestras preguntas al mismo Ismael Spencer, pues no tardareis mucho tiempo en verlo.

—Esas palabras de vuestra señoría se parecen á una amenaza, dijo Brian, que fijó en el lord su penetrante é investigadora mirada.

—¿Una amenaza, caballero?..... volvió á decir White-Manor, dejando de pronto su aire irritado para recuperar su máscara de sumi-

sa benevolencia, bien sabeis, ay! que seria una locura por mi parte amenazaros..... He querido decir pura y sencillamente lo que he dicho, á saber; que no tardareis en encontrar á Ismael Spencer..... y esto es muy sencillo, Brian, pues espera en la calle...

—¿Qué, espera, milord? preguntó Lancaster viendo que el conde dudaba.

—Espera..... Dios mio! no tengo razon ninguna en ocultaroslo, Brian, espera que se haya terminado definitivamente nuestra entrevista para volver á venir.... pues creyendo que estuviereis impaciente, lo he citado para cuando os vayais.

Brianse levantó con prontitud.

—Es una atencion que os debo agradecer, milord, dijo; pero, os suplico tengais á bien poner el colmo á vuestras bondades concluyendo este acta al instante..... no podreis creer la impaciencia que tengo por volverme á encontrar frente á frente con Ismael Spencer.

El conde se guardó muy bien de hacerse de rogar. Se sentó al momento en su bufete, esforzándose con trabajo en ocultar su alegre sonrisa bajo el mal humor que debia manifestar en el momento de firmar un acta equivalente al abandono de sus bienes libres. En dos rasgos de pluma terminó el contrato.

—Hermano mio! dijo con una resignacion bastante bien disimulada; quizá habeis abusado demasiado de vuestras ventajas; pero entre nosotros, Dios juzgará.

—Sea así, milord, respondió Lancaster.

—Espero, continuó el conde, que en adelante sereis compasivo respecto á mi, y que las nobles damas de West-End, se callarán algún tanto acerca de vuestras triunfales *escen-tricidades*. Esto concluye la batalla y debe ser la última.

—De vos depende solamente, milord.

—Hasta la vista, hermano mio.

Brian saludó y se fué.

El conde respiró con amplitud, y abrió la puerta vidriera de aquella misma ventana por donde Brian habia querido tirarse de cabeza contra las losas de la acera de Portland-Place. Se inclinó con prontitud y miró hácia la calle.

Tambien en aquel momento se abria la puerta principal, y Brian bajaba los escalones del peristilo.

Al fin de este estaba Tyrrel el ciego.

Bien lo reconoció al instante. Tambien reconoció á los hombres de policia que cercaban la casa de su hermano.

—Mirad que perfectamente se ha presentado! dijo en voz alta. Señores, os intimo que prendais á este hombre.

Y al mismo tiempo cogió á Tyrrel por el cuello.

El intendente de policia y el médico asomaron la cabeza á la portezuela del carruaje.

—Bien lo veis, dijo Tyrrel, no queda ya duda.....Haced vuestro deber.

—Esperad un momento! dijo el intendente de policia: caballero, añadió dirigiéndose á Brian; por qué razon ecsigis la prision de sir Emond Makensie?

—Veamos lo que va á contestar! murmuró el físico esperto.

—Supongo, caballero, contestó Brian, que teneis derecho de dirigirme esa pregunta.

—Diantre! murmuró el médico, no tiene apariencias de estar loco!

—Soy un magistrado, caballero, dijo el intendente de policia.

—En ese caso, respondió Lancaster, os haré saber caballero, que ese hombre á quien dais el nombre de sir Edmond Makensie no es mas que un infame de baja esfera que forma parte de una partida de ladrones.....

—Ya lo veis! interrumpió Tyrrel.

—Está loco! dijo el médico.

Los de la policia se acercaron y estrecharon mas el círculo al rededor de Brian.

—¿Acaso tendriais pruebas de lo que acabais de asegurar, caballero? preguntó el magistrado.

—Vuestro deber, caballero, es de arrestar á ese hombre, contestó Lancaster con tranquilidad. Las pruebas conciernen á la justicia del reino, y no á los empleados de policia.

—Diantre! diantre! murmuró de nuevo el médico: al fin, bien puede ser que no esté loco.

—Y además, añadió Brian, ese hombre se encuentra naturalmente bajo la cuchilla de la ley, pues se ha escapado por astucia ó casualidad de la sancion de la justicia humana. Ese hombre ha sido ahoreado.....

Una carcajada de Tyrrel, á la que se unieron muy pronto las estrepitosas risas de los agentes de policia, interrumpió repentinamente á Lancaster.

—Es muy cierto que está loco! pronunció perentoriamente el médico.

—Loco de atar! por desgracia de nuestra casa! gritó desde su ventana el conde de White-Manor.

—Cumplid con vuestro deber! dijo el magistrado, reclinándose en lo interior de su carruaje.

Los de la policia se avalanzaron todos á la vez, pero la voz de White-Manor habia manifestado á Brian el lazo, que, soltando el cuello de Tyrrel, subió de un salto los escalones del peristilo.

Brian de Lancaster era un terrible campeón. Los primeros hombres de la policia que se presentaron para atacarlo fueron arrojados al pié de los escalones por el robusto puño del escéntrico, que golpeó su pecho como un azote de plomo. Otros siguieron al salto, y cayeron á su vez, con el semblante ensangrentado, y magullado el estómago. Cada vez que el puño de Brian se presentaba, cada vez que su

musculoso brazo se estendia con la elasticidad repentina de un resorte de metal , un hombre era precipitado violentamente en la acera , y no se volvia á levantar. Las filas de los acometedores se aclaraban y su ardor se disminuia. Tyrrel se veia obligado á empujarlos á la fuerza, y el médico repetia siguiendo el esito de la lucha con sumo interés.

—Diantre! diantre! mirad como el valiente economiza sus golpes! Al fin no me admiraria que no estuviese loco.

Solo habian quedado cinco hombres de la policia de pie al fin de los escalones, y ninguno de ellos se determinaba á atacar á Brian. Tyrrel echaba espumarajos de rabia, y White-Manor temblaba en su ventana.

Brian se abrochò el frac. Era evidente para todos que iba á echarse hácia adelante y abrirse calle. Los agentes de la policia que se encontraban intactos se pusieron á los dos lados del peristilo no cuidándose mucho de resistir el choque.

Tyrrel se puso resueltamente en su lugar.

—Milord , hermano mio , exclamó en aquel momento Lancaster volviéndose hácia la ventana, el lazo está tendido con maestria. No lo habeis conseguido , pero no ha sido culpa vuestra , y os juro por mi honor , que no tendreis que acusarme de ingratitud!

Desde abajo se oyeron crugir los dientes del conde.

—Sitio! continuó Lancaster que comenzó á bajar lentamente los escalones del peristilo, manteniéndose siempre en guardia, y conteniendo con la vista á los aterrORIZADOS agentes de la policia. Sitio, Ismael Spencer, ú os mató!

Tyrrel no se movió. Solamente su mano derecha se introdujo entre su chaleco y su camisa.

En aquel instante vieron abrir despacito la puerta de la casa de White-Manor. Un hombre se deslizó agazapado por los escalones del peristilo, y en el momento en que Lancaster llegaba frente á Tyrrel, y se echaba atrás para descargar, aquel hombre lo cogió por las piernas y lo hizo caer.

Los de la policia se arrojaron al instante sobre Brian y lo amarraron en un abrir y cerrar de ojos.

El hombre que se habia deslizado por los escalones, se puso entonces de pié, y manifestó á la luz de los reverberos, el bajo é insolente semblante de el mayordomo Gilbert-Paterson.

Tyrrel sacó su mano de su pecho. No la hubiera sacado sin aquel inesperado incidente. y Brian hubiera hecho un íntimo conocimiento con la corta hoja del puñal que el judío llevaba constantemente sobre sí.

El cautivo, atado con solidéz, fué llevado al carruage entre el magistrado y el médico, que despues de hacer muchas reflexiones y analisis lo declaró acometido de locura.

—A Bedlam, dijo el magistrado.

Una estraña voz bajó desde la ventana donde se habia visto á White-Manor, y repitió en medio de las convulsiones de una risa insensata.

—A Bedlam! á Bedlam!

El carruage partió á galope.

Tyrrel y Paterson entraron juntos en casa del lord, y se introdujeron en el salon.

—White-Manor, con la vista hosca y el semblante hecho nna escarlata, se agitaba frenéticamente en medio de la habitacion, y daba vueltas sobre si mismo en una especie de báile que causaba horror.

Mientras bailaba se reia hasta que le faltaba el aliento y repetia sin descanso:

—A Bedlam! á Bedlam!

—Tyrrel y Paterson se instalaron cada uno en un sillón y se pusieron á examinarlo con curiosidad.

—¿A falta de Brian de Lancaster, dijo al fin Tirrel, quien es el que debe suceder á la herencia de White-Manor, señor mayordomo?

El honorable Algernon Murray d' Inverny Castle, primo hermano de su señoria, contestó Paterson.

—Pues bien, señor moyordomo, continuó Tirrel, en cambio del buen servicio que acabais de hacerme, voy á daros un buen consejo. Creedme, marchad desde esta noche á hacer un poco la corte al honorable Algernon Mur-

ray d' Inverny-Castley, primo hermano de su señoría, pues Brian de Lancaster no saldrá ya de Bedlam, y el conde de White Manor entrará en ella mañana.

—¿Creeis que esté enteramente loco? preguntó el mayordomo.

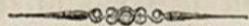
El conde, antes que Tirrel pudiese responder, dió una última y ronca carcajada: en seguida cayó desfallecido sobre la alfombra repitiendo:

—A Bedlam! á Bedlam! á Bedlam!





CAPITULO SESTO.



La pequeña Irlanda.

EN 181, veinte años antes de la época en que pasa nuestra historia, habia en Londres en el barrio de Saint Giles una pobre familia compuesta de cuatro personas: dos niños, el padre, y la madre.

El padre se llamaba M. Chretien O' Breane. Era un caballero irlandés, cuya familia habia tenido en otro tiempo una posicion opulen-

ta en la provincia de connaught. Sus bienes lo mismo que los de otros muchos habian pasado poco á poco á poder de un lord protestante, de quien, en estos últimos tiempos, Chretien O' Breane habia sido arrendatario.

Bien se sabe cual es la deplorable vida de los arrendatarios de Irlanda. M. Chretien O' Breane, viviendo de poco y trabajando mucho, habia atendido hasta entonces á las necesidades de su familia, y dado á su hijo una especie de educacion, porque ademas de los beneficios de su trabajo poseia un pedazo de tierra, resto bien módico, ay! de la fortuna de sus abuelos.

Un dia se le ocurrió al mayordomo del lord, el cual debe saberse que comia en Londres sus rentas irlandesas, de ponerle pleito á M. O' Breane por el pedazo de tierra que era todo su patrimonio, se entabló un proceso. En Irlanda harian mal en decir que la justicia tiene dos pesos y dos medidas; no tiene ni pesos ni medidas; mejor dicho, su balanza inclinada invariablemente del lado de la Inglaterra, deja siempre vacio el platillo que concierne á la Irlanda. Las causas se resuelven por una simple pregunta:

¿Sois protestante? ¿No? No tenéis razon: soltad la presa, de órden del rey, ¿Si? pues en nombre del rey tomad, pillad, devorad!

El mayordomo del lord ganó el pleito, y M. O' Breane fué lanzado violentamente de la tierra que alimentaba á sus hijos.

Aquella tierra producía poco mas de lo necesario para mantener un perro de caza.

El día en que escribimos estas líneas la Irlanda entera se agita, y somete al mundo civilizado sus lamentables pesares, abre sus harapos para manifestar desnudas las llagas sangrientas, de que la ha cubierto la ávida mano de la Inglaterra. Al mismo tiempo se levanta erguida é irritada contra sus indignos opresores. Tribunales árabitos se reúnen y neutralizan los efectos de la iniquidad protestante.

Pero entonces el oprimido inclinaba la frente en silencio. La emancipación de los católicos, medida insuficiente, pero cuyos resultados deben crecer con el tiempo, parecía una quimera imposible. La desesperación era tan grande, que arrastraba la apatía, y adormecía las víctimas en su miseria.

Como M. Chrétien O' Bréane había tenido la condenable insolencia de sostener un litigio contra su lord, no quisieron renovar su escritura de arrendamiento, y un día la puerta de su casa se cerró tras de él, para no volverse á abrir.

Hay que notar aquí una cosa estraña. Todas las desgracias de la Irlanda provienen de Londres; de Londres es de donde salen para la desgraciada Erin esos rios de insaciables especuladores, hombres de negocios, altos, y bajos dignatarios de la iglesia anglicana, esa casa de comercio clerical, ese

piadoso y devorador vampiro, ese vergonzoso monumento de hipócrita usura, y de simonia organizada: comerciantes, magistrados, llegan hambrientos, ansiosos de ganar, determinados á tomar con ambas manos, sin descanso como sin escrúpulo, cuanto existe en aquella pobre tierra conquistada, cuyos hijos parece que han olvidado su antiguo valor, y no saben mas que amenazar inútilmente en vocingleras reuniones ó quejarse á gritos como las mugeres. En Londres es dondó están los marqueses y vizcondes, nobles de un dia, entroncados con las antiguas genealogias, mercaderes ó abogados cubiertos por medio de un decreto con nombres históricos (1) que chupan el jugo del país, y lo agotan á fuerza de esacciones. De Londres es de donde salen esas leyes tan miserables, tan bajas, y que agravan diariamente la esclavitud de muchos millones de católicos. En Londres es donde se sienta ese parlamento enemigo que se compadece despues de beber, y derrama lágrimas de embriaguez sobre las victimas del tráfico de negros que ya no ecsiste; pero en cambio se ceba sin conmiseracion ni pudor en el cadáver de un pueblo de hermanos en la a-

(1) En Inglaterra no mueren los títulos. La dignidad de par que queda vacante se da con el nombre de su antiguo titular. Hae poco un agente procurador bastante mediano ha sido creado par y lleva el título de una de las nobles familias de Irlanda.

gonia. Pues bien! hácia ese Lóndres se vuelven continuamente las miradas del irlandés cuando han concluido sus esperanzas. Lóndres resplandece con un lejano y místico porvenir, que viene á vigorizar el abatimiento, á reanimar la apatia, y á imponer silencio á los sordos gritos de una dilatada hambre. Lóndres es el puerto. Esas pobres gentes creen que, por tanto mal acumulado, debe haber una compensacion. Es un sentimiento irracional, una especie de supersticion: quieren ir á Lóndres, y les parece que estando ya en la gran ciudad sus sufrimientos serán aliviados.

Y al fin las serpientes mas venenosas llevan consigo el antídoto del veneno que destilan. La víbora, la mortal culebra con antogeras, la misma serpiente de cascabel, tienen en alguna parte, en la cabeza, un remedio soberano contra su propia mordedura. ¿Por qué no ha de ser lo mismo en Lóndres?

Pero ay! para encontrar el remedio, es necesario comenzar por destrozarse la cabeza de la serpiente.

Chretien O' Breane vino á Lóndres, con algunos mezquinos recursos, y se estableció con su muger y sus hijos en Buckridge-Street, en el centro de aquella parroquia de Saint-Gilles, cuyas miserias han llegado á ser europeas, y que ennegrece como una gran mancha de lodo, los barrios mas opulentos del Londres comercial.

Toda ciudad grande tiene sus sentinas y sus albañales, donde la indigencia multiplicada por el vicio, amontona oscuros receptáculos de dolores y de infamia, pero ninguna ciudad puede disputar á Lóndres la palma de las miserias y de la vergüenza. Además, en Paris , los que mueren de hambre y los que luchan contra la ley, se confinan en tenebrosas cloacas, lejos de los luminosos caminos en que se pasa la vida elegante. La calle de las Féves es la antipoda del barrio de Gand, y los chiribitiles de el arrabal Saint-Marcele, no podrían viciar el aire puro del realjardín de las Tullerías. En Lóndres todo se confunde en un desórden cínico y vergonzoso. Por todas partes el lujo desenfrenado insulta brutalmente á la angustia ; por todas partes la pobreza criminal y armada , a-eecha al lujo al pasar. Entre dos calles suntuosas , cuyas aceras brillan por la noche al reflejo de las blancas luces del gas, y que se hallan custodiadas por una profusion de agentes de policia, se ve una callejuela negra, desierta, y terrible: bajo el reverbero está el agente de policia: á la sombra el bandido. En la acera, la multitud egoista, indiferente y apiñada: en dos chinos el niño ó el anciano que tiritá , y que tiene hambre.

Y por todas partes, lo repetimos, por todas partes esa monstruosa vecindad! en el West-End como en la Cité, en Pimlico lo mismo que en las orillas de esos docks, famosos (diques ó

almacenes generales) donde se amontonan las riquezas de las cinco partes del mundo.

Se haría una comparacion quizá violenta, pero seguramente esacta y sinceramente pintoresca en su horrorosa energia, diciendo que Lóndres se parece á una cortesana leprosa á quien la orgia hubiera agugereado por todas partes el vestido bordado de oro , y que , por cada agugero, manifestase á los que pasaban los horrores de sus innumerables úlceras.

Y, el agugero mayor de aquella túnica de fingido brillo, el que deja ver la llaga mas desnuda, la mas profunda, la mas vergonzosamente gangrenada, se abre en el mismo seno de la gran cortesana : Saint-Gilles , la PEQUEÑA IRLANDA , como si este nombre de Irlanda, debierase unirse fatalmente á todo exceso de miseria! está junto de Soho-Square y de la plaza de Bedford, entre el rico Holborn y el noble Oxford-Street.

Saint-Gilles no tiene semejante en el universo entero. Es, y que nos disimulen la expresion, una especie de falansterio completo de la miseria y del vicio, de estos dos elementos del crimen. Allí todos los sufrimientos y todas las vergüenzas llegan al grado supremo : allí el hombre vuelve al estado salvaje, ignorando si hay Dios, y no teniendo ningunas nociones del bien y del mal , se sumerge en su fango , ó se arroja furiosamente sobre la civilizacion que lo rodea. Allí , no hay mas distincion entre los

dos secos que la fuerza. La muger no se prostituye, se entrega á quien la obliga.

Asi sucede hoy dia. Y sin embargo, escritores elocuentes y generosos, que, ultimamente han descubierto los inverosimiles horrores de las chozas de Saint-Gilles, pretenden que se ha empezado á conocer un principio de progreso. Dicen que Saint-Gilles de 1844 no se parece ya en nada al Saint-Gilles de 1820.

Misericordia! misericordia!

¿Qué seria en 1820? Esos escritores generosos... bien se sabe que la Inglaterra abunda en estas clases de personas en caritativos utopistas, en oradores muy elocuentes y muy prolijos, dedicados, solo de palabras al esclusivo culto de la compasion. La Inglaterra es la patria clásica de la filantropia. Aun cuando la palabra sea griega, la idea es inglesa, y si el hambre pudiese conjurarse con grandes frases, la elocuencia de los Señores tal y tal, alimentaria fácilmente á los tres reinos. Esos escritores generosos, deciamos, ¿podran enseñarnos lo que puede haber mas desnudo que la desnudéz, mas mortal que la inanicion, mas vicioso que el vicio, y mas repugnante que el cieno? ¿Los desgraciados, amontonados en las cuevas húmedas, se alimentaban peor que ahora, ó mejor dicho, morirse de hambre era mas horroso entonces que hoy? Oh! sabreis decirnos, señores, cuantas jóvenes, en esos infestados ramales decorados con el nombre de calles, en

las dos orillas de esos caños espesos, negros, pestilenciales, cuantas jóvenes sucumben á horrorosas enfermedades, cuantos niños se consumen en su cuna emponzoñados por el aire del tabuco paterno, cuantos hombres, en la fuerza de su edad, caen estenuados, sobre el guarda canton de la calle, y rinden el alma dirigiendo una mirada celosa hácia vuestras suntuosas mansiones, cuyas ventanas no se abren, señores, para arrojar al agonizante la salvacion bajo la forma de un pedazo de pan! Estas son cosas curiosas y que encuentran editores. Entendida así la filantropia, ahora que lo horrible está á la moda, llega á ser una triunfal especulacion. Sois hombres diestros, comerciantes distinguidos, filósofos. Hablais mucho, y no haceis nada: solamente en vuestros labios se encuentra la caridad, y en definitiva, vuestros enfáticos sollozos se resuelven en alegres libras esterlinas.

¿Por qué? ¿En un pais en que la misma religion es un comercio, donde el protestantismo ha establecido una oficina de portazgo hasta bajo las nobles bóvedas del real Westminster, no es lógico y conveniente trabajar tambien en la compasion?

El mal es demasiado grande, dicen, y está profundamente arraigado para que se le pueda aplicar un remedio. Esto quiere decir que las personas de Saint-Giles son demasiado pobres aun para comprar esas pequeñas biblias

mal impresas , comentadas , falsificadas , que nuestras sociedades evangélicas venden piadosamente á los salvages , é introducen con los barriles de aguardiente fuerte y las cajas de opio , cuyos objetos suman tres venenos en buena aritmética. Esto quiere decir que la operacion no presenta ninguna probabilidad de ganancia , y que esas tristes familias , alimentadas de mondaduras de patatas , no podrian pagar las lecciones de un profesor de moral.

Y mas vale conservar á Saint-Gilles y sus vergüenzas que aventurar los capitales.

El argumento nos parece victorioso: pero entonees echad un velo sobre esas ignominias. No permitais que vuestros oradores poetizen el cuadro de esas repugnantes miserias: no ostenteis en vuestras relaciones oficiales una ciencia del mal ecistente , tan profunda , tan minuciosa , tan precisa , que acuse vuestra falta de accion , y ponga en vuestra frente , en la frente de todo un pueblo , una señal de infamia.

Seguramente para quien conoce á la Inglaterra , el actual curso de las cosas es inevitable y normal. No somos de la madera de que estan hecho los Vicentes de Paul , y el que escribe estas líneas ni aun tiene la esperanza de despertar la esteril conmiseracion de algunas ladies; pues Saint-Giles no es un misterio y mas de veinte personas han levantado antes que él los harapos que cubren sus llagas ensangrentadas.

Hacemos esta descripción por hacerla. En Londres, ay! el hombre de ánimo desespera, y el mismo Vicente de Paul, cuyo bendito nombre hemos pronunciado hace poco perdería el ánimo ante las perfeccionadas cerraduras de todos esos avaros cofres! Lo que precede no es ni puede ser un llamamiento: sabemos muy bien hasta donde llega la avaricia británica: son algunas palabras de conmiseración arrancadas por la reciente vista de una incomparable miseria.

Además creemos en contra de la opinión citada, y los documentos oficiales están á nuestro favor, que la miseria de Saint-Gilles se ha aumentado en estos últimos años: el mismo Saint-Gilles se ha estendido como se estiende una mancha de aceite y ha arrojado los ramales de sus podridos troncos en toda la estension de las callejuelas oscuras que bajan hácia Covent-Garden. Saint-Giles envenena la mitad de Londres.

Por mas que hayan abierto al traves de los fangosos callejones anchas y hermosas calles, y por mas que levanten entre esas pobres moradas el dorado óvalo de las rejas de un square, siempre se verá Saint-Giles en un lado y su miseria en toda su estension. Ni los ladrillos ni el yeso, ni los albañiles podran conseguir cosa alguna.

Si Roberto Peel, nuestro entendido ministro estuviese, lo que no permita Dios, en el

trance de la agonía, ¿qué podría juzgarse de un médico que para prestarle sus socorros cogiese unas tenazas de rizar, cubriese de arrebol sus pálidas mejillas y procurase combatir la enfermedad colocando en torno de su amagrido cuello el elegante nudo de una corbata almidonada?

Roberto Peel enviaria á todos los diablos á este estraño doctor, apesar de su antiquísima costumbre de sangre fria parlamentaria. Al menos, pensamos que así lo haria.

Y sin embargo, mirad lo que es la inconsecuencia. Roberto Peel imita aqui al fantástico doctor. Hace su tocador de un barrio de agonizantes. Los hombres padecen y mueren, y Roberto Peel les abre una calle: se consumen en supremas convulsiones, y Roberto Peel hace que la cámara vote fondos para construirles una plaza.

Si el honorable baronet no fuese un hombre muy formal, esto podría pasar seguramente por una broma atroz, pues, por mas que digan, los albañiles y el empedrado no hacen desaparecer sino el fango y las ruinas. Y el fango es lo mas indiferente, y las ruinas serian un paraíso si tan solamente pusiesen en ellas tan solo un pedazo de pan. La miseria, esta es la verdadera plaga, la miseria que engendra el vicio. Para estinguirla no basta el gastar millones en barrer las inmundicias materiales que amontona á su alrededor: seria necesario ó una prodiga beneficencia enteramente aparte de nues-

tras costumbres mercantiles, y cuyas ventajas, además, se balancearian por numerosos peligros, ó un trabajo público organizado liberalmente.

Pero antes que todo esto, con preferencia seria necesario que introdujesen alguna luz en aquellas espesas tinieblas. Seria necesario volver á ese pueblo embrutecido, el uso de su inteligencia y de su alma. Seria necesario, sosteniendo el cuerpo, moralizar el corazón

En Lóndres, donde tenemos tantas asociaciones burlescas, tantos clubs inútiles ¿no llegará á fundarse nunca una sociedad cuyo objeto sea verdadero y realmente cristiano? La negrosfilia es una cosa muy linda, la templanza para un inglés es una virtud casi sublime, pero la caridad, la verdadera caridad, que no se conmueve solo con los problemáticos sufrimientos de los Hotentotes y de los Malgaches; la caridad no tendrá tambien un apostol? ¿Debemos creer que los Pedros ermitaños ingleses se limitarán eternamente á reunir mil ó mil y doscientos paisanos al rededor de una tineta de agua clara para que hayan en ella juramentos de embriaguéz?

En una palabra, levantaremos siempre montañas para conseguir resultados medio hermosos, medio pueriles, y no nacerá en este lado del estrecho algun escéntrico hombre heroico, algun padre Mathews de la beneficencia?

Si hemos de decir la verdad , no lo esperamos. La escentricidad tiene sus límites, y el hombre que quisiera forzar la caja de nuestros lores ó de nuestros banqueros , traspasaría por solo este hecho los límites convenidos para entrar del todo en la estravagancia.

En 181, como hoy , Saint-Gilles era por escelencia el barrio de los desgraciados. No hay necesidad de añadir que por este solo título podia haber merecido el sobrenombre de PEQUEÑA IRLANDA; pero este sobrenombre que no tiene nada de metafórico, lo ha adquirido en realidad por el gran número de irlandeses que pueblan sus mesíticos tabucos (*cellars*) (1). Los pisos superiores de las casas, sirven de asilo á personas necesitadas, pero que pueden proporcionarse lo necesario para la vida. Entiéndase que hablamos aqui en general, pues está la tal casuca llena desde los sótanos hasta los tejados de seres humanos medio desnudos, que han olvidado hasta el sabor que tiene el pan.

M. O' Breane ocupaba una casita de apariencia menos ruinosa que las demas , y su corto peculio quizás bastaba para asegurarle por algun tiempo una especie de opulencia relativa.

(1) En los barrios pobres, los sótanos que en otras partes sirven de cocinas y despensas, estan habitados por una ó muchas familias.

Era un hombre de complecsion débil y de carácter ardiente. Todas sus esperanzas de salvacion las habia fundado en su permanencia en Lóndres. Al cabo de un mes, sabia ya cuanto podia esperar , y desde entonces una desanimacion profunda se apoderó de él. Una sola cosa podia conmoerlo aun, y era la memoria de la Irlanda, y la esperanza de volver á pasar algun dia el canal de Saint-Georges.

Siempre sucede lo mismo. En cuanto el Irlandés llega á Lóndres , echa de menos su verde Erin: sueña con ella sin cesár: mientras mas deseos tenia de estar en Lóndres, tanto mas solícito está por huir de él asi que ha respirado su pesada atmósfera.

Pero era ya demasiado tarde. Chretien O' Breane habia gastado casi toda la reducida cantidad que tragera : y no le quedaba con que hacer el viage.

Mistress O' Breane muger afable y laboriosa, cuya vida se habia pasado en medio de los modestos trabajos de su rústica casa, no veia mas que por los ojos de su marido , no amaba mas que á él en el mundo y á sus hijos , y no tenia otra voluntad sino la suya. Su hija Elisabeth, alegre, viva, risueña, ligera de cabeza, y quizá de corazon, era la alegria de M. O' Breane, cuya frente se serenaba tan solo con las sonrisas de la linda Betty: esta tenia diez y seis años.

El último miembro de la familia, de quien

aun tenemos que hablar, era un jóven de diez y ocho años, idolatrado por mistress O' Breane, pero que el gefe de la casa no tenia en gran estimacion. Sin embargo, nose puede decir que Chretien no amase á su hijo, pues, en todo cuanto le habia sido posible, se habia ocupado asiduamente de su educacion, pero el niño tenia una clase de imaginacion estraña, y cuya repentinas temeridades horrorizaban al honrado Irlandés, que algunas veces sentia amargamente que un muchacho tan hermoso no tuviese el carácter como los demas.

Pues en Irlanda como en todas partes los padres desean ardientemente que sus hijos tengan el carácter como el de todo el mundo.

El hijo de Chretien O' Breane se llamaba Fergus. En todo Lóndres no se hubiera encontrado una cabeza mas artisticamente hermosa sobre un cuerpo mas armonioso. Tenia en aquella edad de diez y ocho años, en que la virilidad no marca aun el contorno de las líneas, esa belleza juvenil y sensual, que la palabra latina *formosus* describe de una manera completa é inimitable. Tenia aun mas que esto. Un porvenir de extraordinario vigor penetraba bajo la redondeada gracia de sus miembros. Los rizos muelles y sueltos á la casualidad, de sus abundantes cabellos, medio ocultaban una frente real, llena de voluntad, de fuerza, de pensamiento. En fin, el conjunto de sus facciones, esculpidas con tanta delicadeza, que

las encantadoras ladies se hubieran encelado de su perfeccion, tenia tras de una apariencia de insolente ánimo, y de pensativa poesia, una segunda espresion de inteligencia profunda, mezclada á un orgullo sin límites.

Chretien O' Breane, persona dignísima, seguramente no habia notado nada de esto. Si lo hubiese advertido, se hubiera desconsolado profundamente, pues la demasiada altivéz é inteligencia forman una condicion peligrosa en la vida de un Irlandés.

Hasta entonces Fergus habia ayudado á su padre en los trabajos menos duros de su quinta, y, ultimamente se habia encargado de seguir los pormenores del pleito entablado por el agente del lord. En Lóndres, entre todos los oficios que dejaron á su eleccion, escogió el de corrector de pruebas, y entró con este cargo en la vasta tipografia de Balderius et Mung, Oxford-Street.

El aire de Lóndres que gravitaba tan pesadamente sobre Mr. y mistress O' Breane, parecia, por el contrario, haber dado una nueva vida á sus dos hijos; Betty trabajaba todo el dia delante de su ventana, cantado muy alegremente, y asi que llegaba la noche iba á llevar su trabajo á el taller de modas de High-Holborn. Nunca se la habia visto tan contenta. Por lo que respecta á Fergus trabajaba con mucho ánimo, leia á sus horas de descanso, y ganaba ya algun dinero desde el segundo mes de su permanencia en Inglaterra.

A decir verdad , era el solo sosten de la familia, pues la industria de M. O' Breane habia llegado á ser enteramente inútil en Lóndres. Asi es que la mas querida esperanza de la digna pareja era, con ayuda de Fergus, reunir la suma necesaria para volverse á Irlanda , llevarianse á Betty á quien casarian con algun honrado católico: volverian á tomar una quinta , y Fergus, que no servia de nada para trabajar la tierra, y que parecia, poder llegar á ser bueno para algo tratándose de libros y otras bagatelas, se quedaria en Lóndres bajo el amparo de Dios.....

Pero el dinero se reunia muy despacio: M. O' Breane se vió atacado por el amor del pais natal, tan mortal para los irlandeses, y mistress O' Breane, por una misteriosa afinidad, se sintió tambien desfallecer. Hacia mas de veinte años que sus alegrías como sus sufrimientos eran los de su marido.

Fergus que habia comprendido al momento, y con una inteligencia superior á su edad los motivos y la estension de aquella apática tristeza que pesaba sobre la casa paterna, redobló su energia. Su padre tuvo entonces una vaga percepcion de su valor, y entrevió el tesoro de fuerza y bondad que encerraba el corazon de su hijo: pero no hizo mas que entreverlo, por que entregado enteramente á sus dolencias, y agoviado bajo esa indiferencia egoista que está en el fondo de la nostalgia,

el anciano Chretien ponía poca atención á todo lo que no era su persona ó su patria.

Su carácter había tomado una tinta sombría y vengativa. En días más dichosos, cuando hablaba de la Inglaterra, era con la amargura irlandesa y el odio natural al oprimido; pero esa amargura y ese odio estaban mitigados por sus diarias preocupaciones, y el ardor de su temperamento se gastaba en el trabajo. Pero en esas horas de Londres, horas de ociosidad forzada y de sufrimientos, su rencor contra la Inglaterra se manifestaba en elocuentes quejas, cuya desesperada energía iba derecha al corazón de Fergus.

Este escuchaba silenciosamente. Algunas veces palidecía de pronto, y en sus ojos tan dulces por lo regular, se encendía un brillo que hacía temblar á mistress O' Breane.

Solamente Betty permanecía alegre en medio de aquella tristeza. Cada día adelantaba algunos minutos la hora de llevar su trabajo: hacia algunas semanas que parecía haber adivinado la coquetería. Sus hermosos cabellos se rizaban ahora con gracia al rededor de sus sienes, y su vestido, abrochado tan castamente otras veces, manifestaba por negligencia quizá, las blancas promesas de una garganta de virgen.

Todas las noches, antes de salir, consultaba más de una vez el espejito colgado en la pared de la habitación común.

Un dia volvió Fergus despues de haber concluido su tarea y no encontró de vuelta á su hermano. Amaba á Betty con pasion.

Mistress O' Breane estaba inquieta , y Chretien sufria mas que de costumbre.

Esperaron , y Betty no volvia ; Betty no debia volver mas.

Fué para aquella desconsolada familia una noche de desesperacion y llanto. Mistress O' Breane ahogaba sus gemidos; Chretien, á quien la fiebre escaltaba la cólera , se desahogaba en loas inyectivas , y acusaba á la Inglaterra de la perdida de su hija.

El dia se acercaba , y Betty estaba perdida.

Fergus permanecia callado. Estaba á un lado, pálido, con las cejas fruncidas, y respirando con dificultad.

Asi que amaneció abrazó á su madre , y apretó la mano á su padre.

—Voy á buscar á Betty, dijo.

Permaneció fuera todo el dia. A la noche volvió solo , lleno de cansancio y no pudiendo sostenerse mas.

No le hicieron ninguna pregunta. Mistress O' Breane, la desventurada madre , unió sus manos, y se cayó de rodillas. Chretien se sentó en la cama, pues desde la vispera la fiebre habia hecho horrosos progresos. Su macilento y casi descarnado semblante tenia sintomas de una muerte próxima.

—Todo me lo han quitado! exclamó con voz cavernosa y que temblaba tanto por el odio como por la fiebre: Todo! mi pan , y mi hija!

—Nuestra hija! nuestra pobre hija! murmuró la madre desconsolada.

Fergus fué á sentarse en el sitio que estuvo el dia anterior, y como entonces, conservó un sombrío silencio.

—Sajones! malditos sajones! añadió Chretien cuya voz se entorpecía , y gesticulaba locamente: espoliadores! ladrones! asesinos!

Su cabeza volvió á caer con pesadéz sobre la almohada, una convulsion agitó la cama , y en seguida una voz que parecia ya salir de la tumba hizo estremecer dolorosamente á Fergus.

—Hijo mio, decia esta, tu padre se muere; tu hermana está deshonrada! Levántate! y guerra á la Inglaterra!

Fergus se levantó por instinto al oír aquella estraña órden. Un profundo silencio siguió á estas pocas palabras.

En seguida estallaron unos despedazadores sollozos. Mistress O' Breane , medio loca, procuraba calentar las manos de Chretien que estaba muerto.

Fergus se arrodilló y oró.

Mistress O' Breane cesó muy pronto de llorar. Una calma estraordinaria vino á iluminar su semblante. Levantó la cubierta de la cama y se acostó al lado de Chretien.

Hacia veinte años que vivía la vida de aquel hombre, su primero, su único amor.

Al cabo de una hora, Fergus, que continuaba de rodillas, y ocultaba entre sus manos su abrasada cabeza, se estremeció de nuevo.

Querido hijo mio, decía mistress O' Breane con voz tan débil que llegaba á los oídos de Fergus como un imperceptible murmullo. Tu padre ha muerto, tu hermana está deshonrada! Yo voy á rogar por tu hermana, y á reunirme con tu padre..... Adios!

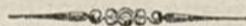
Fergus dió un grito terrible y se desmayó anonadado por aquel triple dolor.

El silencio continuaba aun; un silencio lúgubre, mortal, que ningun sonido vino á interrumpir por entonces.....





CAPITULO SEPTIMO.



Los primeros amores.

YA era de día cuando Fergus O' Brea-
ne volvió de su largo desmayo, para en-
contrarse solo en aquella habitación comun;
silenciosa ahora, y en la que poco antes se
mezclaban tres voces queridas; solo en presen-
cia de dos cadáveres; solo en aquel lugar, y solo
en adelante en el mundo.

Fergus era muy jóven, y su corazon tenia

un poder de amar que hasta entonces se habia gastado todo entero en las santas afecciones de la familia. Un inmenso dolor oprimia su alma, que se dobló un instante bajo aquel horroroso choque.

Pero Fergus poseia en si mismo una energia aun ignorada, por falta de ocasion para presentarse; una fuerza indomable y casi sobre humana; un vigor elástico, cuyo oculto resorte se alzaba por instinto contra aquel primero y terrible ataque de la suerte. Se admiró de encontrarse animado en presencia de aquella despedazadora desgracia, y casi se echó en cara la estraña calma que conservaba ante aquella escena de suprema desolacion.

Se volvió á poner de rodillas, y procuró orar: pero una voz mistica sonó en sus oidos, y murmuró las últimas palabras de su moribundo padre.

—Levántate! y guerra á la Inglaterra!

Se levantó de un salto. La graciosa línea de sus cejas se frunció violentamente: un matiz de púrpura reemplazó la palidez de su hermoso semblante, y sus ojos lanzaron un rayo abrasador.

Esto no era como todo el mundo hubiera podido conocer, el fugitivo enojo de un niño: era el odio de un hombre, y en aquella pobre habitacion del barrio mas miserable de Lóndres se formaba la nube precursora de una tempestad que podia conmover á los tres reinos.

Fergus se acercó á la cama con paso firme, y señaló lentamente, desde la frente al pecho, y desde un hombro á otro, el signo sagrado de la oracion católica.

—Padre mio, murmuró con la cabeza erigida y la mano estendida hácia adelante, hago juramento de obedeceros.

Mojó sus dedos en la pila del agua bendita que estaba junto á la cama, y cerró los párpados aun abiertos de Chretien O' Breane. Mistress O' Breane parecia dormida con un sueño dichoso y pacífico. Fergus le dió un beso en la frente, y salió para ir á buscar un sacerdote.

Semejantes dias son equivalentes á muchas semanas en la vida de un hombre. Cuando Fergus se encontró solo, despues de haber acompañado piadosamente á su padre y madre á su último asilo, sintió apagada ó adormecida la fuga juvenil de la adolescencia. En su lugar habia en lo íntimo de su corazon un ardor grave, formal, poderoso, y dirigido á un único objeto: la obediencia á las últimas voluntades de su padre.

Desde entonces comenzó para él una vida de trabajo incesante. Niño aun se atrevió á luchar cuerpo á cuerpo contra lo gigantesco, y contra lo imposible.

Sostenido por una actividad paciente y ardorosa á la vez, estudió los complicados artículos de la constitucion británica. Disecó á

coloso á fin de ver bien donde estaba su corazón. Registró cada uno de sus músculos, comparó las mil arterias que le daban vida, reconoció los sitios débiles, midió las llagas sangrientas que se abrían ya por todas partes en su cuerpo, y por la sola energía de su voluntad, se encontró poderosamente esperto en los asuntos de elevada política que deslumbran muchas veces la inteligencia ejercitada de los mas diestros hombres de estado.

Y sin embargo, permaneció en silencio. Ningun folleto salió de su pluma: ¿Qué quería hacer de su ciencia?

El que conocía para lo sucesivo tan perfectamente las partes vulnerables, ni aun siquiera se vió impulsado á herir, y sin embargo, la voz de su moribundo padre aun resonaba en sus oídos, y en la soledad de sus noches estas palabras ocupaban sus vigiliass como sus sueños: Guerra á la Inglaterra!

En aquel tiempo se hubiera podido verle muchas veces errante, pensativo, y con la cabeza inclinada, por las tortuosas calles de Saint-James-Park. Las ladies se detenían para mirar á este jóven de belleza casi mitológica, cuyo paso lento y gracioso contrastaba singularmente con el paso tieso y ademan estirado de los *elegantes* cotidianos al paseo. Admiraban las delicadas riquezas de su encarnacion, sus facciones finas, y á las que se hubieran podido tachar de una dulzura casi femenina, si el arco

aguileño de sus orgullosas cejas no hubiese dado á su fisonomía un carácter particular de virilidad altiva.

Nadie sabia su nombre. En Lóndres, pais del positivismo, las mugeres, sin embargo, llevan muy adelante la mania de lo extraño, y misterioso. Aquel hermoso desconocido, triste, solitario, y llevando continuamente un vestido completo de luto, escitó muy pronto un interés romanesco. Mas de una noble dama lo siguió muchas veces con la vista mientras que se perdía en las sinuosidades de las alamedas, y se vió algunas veces, desde lo interior de un suntuoso carruage, algun blanco adorno inclinarse suavemente, una brillante pupila lanzar sus fuegos lánguidos por aquella pequeña y provocadora abertura que dejan entre si dos párpados sabiamente reunidos, y entrelazados por sus largas pestañas.

Pero Fergus pasaba sin ver, y siempre solo consigo mismo, por medio de aquella brillante multitud: objeto de la atencion de todos no reparaba en nadie.

Hasta los mismos caballeros, desde lo alto de su corbata, se dignaban tambien ocuparse del jóven irlandés. Lo habian visto frecuentemente apoyado contra la reja absorto en sus pensamientos, lanzar sobre el real palacio de Saint-James, profundas é inesplícables miradas. ¿Por qué aquel jóven vestido de

negro, que nadie conocia, y que no conocia á nadie, miraba de aquel modo al palacio de Saint-James?

Tirar al rey, á los ministros, es en Lòn-dres un capricho tan comun en los maniacos, que la parte sana y razonable de los caballeros parroquianos del parque, no podian pensar en otra cosa sino que el estrangero vestido de negro, circunstancia seguramente agravante, a-cechaba el momento favorable para ensayar su habilidad en S. M. el rey Jorge.

Esos caballeros estaban distantes de la ver-dad. No era un hombre, por elevado que pu-diese ser, no era S. M. el rey Jorge á quien el jòven desconocido pretendia matar.....

Ademas, Fergus no se ocupaba de ellos, mas que de las ladies. Su reflexion era tan profunda, la intensidad del trabajo de su ima-ginacion era tan grande, que sus ojos casi per-dian hasta la facultad de ver.

Sin embargo, una vez fué repentinamen-te distraido de su incesante preocupacion. Hallábase en Parc-Vert. A la vuelta de una a-lameda, un grito penetrante vino á herir los oidos de Fergus. Aquel grito salia de una voz bien conocida, y en otro tiempo muy ama-da. Se volvió con prontitud. Un suntuoso car-ruage con armas rodaba silenciosamente por la arena de la calle: en la portezuela una cabeza graciosísima se inclinaba sonriéndose conmo-vida.

Fergus palideció y casi se desmayó. En seguida un tempestuoso movimiento de cólera atrajo violentamente la sangre á sus mejillas. Tomó ímpetu para correr tras de el carruage, pues conoció á Betty en aquella muger adornada lujosamente, y calculó que á su lado se hallaria su raptor.

Pero apenas dió un paso , cuando volvió á tomar con frialdad su camino en sentido contrario. La instintiva necesidad de venganza que lo habia impelido al principio hácia el seductor de Betty se apagó con la reflexion. Su mision era muy distinta que la de castigar vulgarmente un ultrage obligando al insultador á pagarlo con su persona. Estaba tan adelantado eu aquel papel que descendiendo á lo intimo de su corazon no encontró ya odio contra el hombre que habia robado á su hermana ; odio personal, se entiende. Aquella injuria se unia á sus otros agravios. El culpable llegaba á ser una inseparable fraccion del enemigo comun que se habia formado y que le habia designado su padre.

Aunque una idea sea estravagante se puede raciocinar admirablemente en sus pormenores. Ademas, no hay idea absolutamente estravagante, sino en el radio de las ciencias matemáticas. El buen écsito halla en todo su lògica. Se han visto reyes , segun el adagio popular, que se han casado con pastoras. Sisto-Quinto ejerció un pobre oficio antes de subir

al trono papal , y el gran emperador de los franceses nació tan distante de la púrpura, que la esperanza de imitar su glorioso ejemplo pasará por todos los países como una buena y hermosa *estravagancia*. Creemos que, esceptuando la cuadratura del círculo y la alquimia, nada hay seguramente mas estravagante bajo el sol.

Manifestado esto , cada cual tiene licencia para compadecerse de Fergus O' Breane, y de su vestido negro.

Seguramente, segun todas las apariencias, la obra á que se dedicaba estaba fuera de proporcion con sus fuerzas, pero ¿que proporeion hay entre la gran encina que yace sin raices en el suelo , y el microscopico insecto cuyo diente roedor ha minado con paciencia los cimientos del coloso?

Fergus queria, y tambien esperaba , pues que toda voluntad supone una esperanza, pero no veia las cosas á través del prisma de jóvenes ilusiones. El obstáculo que habia que vencer se aparecia tal como era, pesado , inmovible , y sugeto al suelo por profundas raices. Si persistia frente de semejante obstáculo , era por que tenia una gran opinion de si mismo, unida á un valor grande.

Pero no se apresuraba , y su misma paciencia era un presagio amenazador.

Efectivamente, para los que saben esperar asi, los sucesos se aunan y dirigen al objeto

por caminos estraviados. Para ellos el retroceder es avanzar muchas veces: al menos es tomar carrera para avalanzarse mejor y dar un salto mas terrible.

La nueva vida de Fergus no hubiera ofrecido á la penetrante vista de los mas finos observadores ningun síntoma político. Nada de lo que pasaba en su pensamiento, fuese ó no extravagante, se traslucia en su exterior. Su existencia pasaba igual á la de todos los jóvenes de su edad que viven de su trabajo: llegó como todos los demas á una fase amorosa, y vino á ser una novela con la sola diferencia que esta novela fué el primer capitulo de una historia formal.

Hacia un año que estaba huérfano Fergus O' Breane. Todas las semanas iba á orar, por la tarde, á la capilla católica de Belton, donde su padre y su madre recibieron las últimas bendiciones de la iglesia. Fergus era un católico muy ferviente. Además encontraba consuelo y encanto en llenar estrictamente los piadosos deberes cuyo ejercicio recomienda la comunión romana á sus adeptos, en medio de aquella ciudad protestante donde los cismas se multiplican hasta lo infinito, y donde el culto en todas aquellas sectas disfrazadas con nombres extraños ó grotescos, afecta uniformemente las secas apariencias de una rigidez pueril ó glacial.

Fergus no habia amado nunca. Nada ec-

sistia en él que aun pudiese hacer sospechar ese elemento sensual, inflamable hasta el extremo, ese arrastramiento repentino, alcanzando del primer tiro los extremos limites de la pasión mas escaltada, esa sensibilidad esquisita pero olvidadiza; esa delicadeza de corazón unida á la inconstancia, que debia hacer de él un hombre peligroso entre todos, y que debia llenar su camino de la vida con mas víctimas que el mismo don Juan.

Hasta entonces, sus costumbres habian sido austeras como su pensamiento. Niño hasta la muerte de su padre, habia consagrado desde entonces todas sus horas á la misión que se habia impuesto. Y á medida que estudiaba para obrar, su odio cambiaba de naturaleza, y llegaba á ser raciocinado no habiendo sido hasta entonces mas que instintivo. No queria vengarse solamente para obedecer á su padre: el estudio le habia revelado los innumerables agravios de la Irlanda, y su querella crecia hasta hacerse nacional.

En medio de sus graves preocupaciones no habia lugar ninguno para el amor. Fergus olvidaba las vagas aspiraciones que habian embellecido sus sueños durante los últimos meses de la vida de su padre. La desgracia y la venganza sofocaban en su pecho, la fiebre viva del adolescente que va á despertarse hombre, y aun no se hallaba en estado de arrostrar las ilusiones del corazón y la cabeza.

Una tarde de primavera , en el momento de salir de la capilla de Belton , y volver la esquina de Shorts Gardeus, un cabriolé de echura antigua, tirado por un brioso caballo de trabajo, fué á tropezar violentamente contra la acera, y perdió una de sus ruedas. Asustado el caballo se detuvo un instante, y en seguida salió corriendo de nuevo.

Un grito femenino partiò del cabriolé medio volcado.

Fergus no lo oyò; pero su primer movimiento fué lanzarse á la cabeza del caballo cuyo ímpetu se detuvo bruscamente bajo el esfuerzo de su robusta mano.

Pues Fergus que no conocia sus fuerzas como no conocia su corazon , tenia , bajo su gracia elegante, la potencia de un atleta.

En el momento en que el caballo doblaba las piernas y tascaba el freno con su ensangrentada espuma, un hombre saltó á la acera, y estendiò sus dos manos al interior del cabriolé.

—No os asustéis, Mary, dijo con emoción. Venid, venid pronto , hermana mia , pues ese niño no podrá sugetar mucho tiempo el caballo.

La que llamaban Mary no contestó. Sin embargo, el caballo como si hubiese comprendido el desden que su amo hacia del niño que lo sugetaba, levantó las piernas y procuró saltar para adelante: pero la mano de Fergus parecia que era de hierro, y el animal subyugado, dobló la cabeza, y permaneciò inmóvil.

Al mismo tiempo la puertade la casa que formaba la esquina de Shorts-Gardens se abrió y un lacayo salió de ella apresurándose á ocupar el lugar de Fergus.

Este se compusó pacíficamente y volvió á seguir su camino.

—A fé mia! mi jóven señor, exclamó el amo del cabriolé, que eso no es obrar como se debe!..... Bien veis que me hallo apurado con mi pobre Mary que ha perdido el conocimiento, y no puedo correr hácia vos para daros las gracias.... Al fin, casi le habeis salvado la vida, y quisiera....

—Caballero, os dispenso de vuestro agradecimiento, contestó de lejos Fergus.

—Oh! oh! ¿asi como lo decis?... ya se ve ese es el carácter de los ingleses, ya nada tengo que decir..... solamente hubiera deseado apretar la mano del hombre que ha salvado á Mary..... y nada mas.

Habia en aquellas palabras dos cosas que fueron derechas al corazon de Fergus. Primeramente una franqueza cordial á la que era difícil resistirse, y en segundo lugar un acento muy Escoces. Fergus no hubiera querido dar la mano á un inglés.

Volvió atrás, y se sonrió por la primera vez despues de la muerte de su padre, viendo al dueño del cabriolé abrir sus brazos, y sintiéndose estrechado en ellos con calor.

—Perdonad, caballero, perdonad! ña-

dió el escocés; pero teneis un corazon noble y yo quiero tanto á mi Mary!..... Ahora que os tengo conmigo , voy á quedar muy disgustado si nos separamos sin haber bebido juntos un vaso de vino de Francia , á la salud de quien mas os agrade. Os suplico que me ayudeis á sacar de aqui á mi hermanita.

El escocés habia abierto la portezuela del cabriolé, y atraido hácia si á una jóven reclinada en un rincon del carruage. En conciencia no podia Fergus negarse á ayudarlo en algo. Asi es que medio sosteniendo los vacilantes pasos de Mary, que habia recobrado sus sentidos, pero que no podia andar , entrò por primera vez bajo un techo extraño desde la muerte de su padre.

La jóven fué colocada en un sofá en la sala de recibo. El escocés le dió con ternura un beso en la frente , y se volvió hácia Fergus apretándole la mano.

—Caballero, dijo, los naturales del Teviot-Dale, no acostumbramos á usar grandes frases. Soy el hijo del arrendador de Leed, entre Annan y Lochmaben : me llamo Angus Mac-Farlane: dadme la mano, y si hoy , mañana, ó en algun tiempo tuvieseis necesidad de un amigo...

—Caballero , interrumpió Fergus , cuya reserva no lo abandonaba tan fácilmente, lo que he hecho no creo que merece.....

—Oh! oh! exclamó Mac-Farlane , los

cumplidos no significan nada, caballero..... Y ademas, no conoceis á Toby..... Toby es un caballo..... No creia que hubiese nadie capáz de detener asi á ese diablo de Toby en toda su carrera..... Duncan! Traed vino y vasos y haced bajar á Mac-Nab..... No , no , caballero, no se puede creer que hayais hecho una cosa fácil! yo que no soy una mugercilla no juraria poder hacer una cosa semejante con Toby!

Angus Mac-Farløne no se parecia entonces mucho al retrato que de él hemos hecho en el curso de esta historia. Era un hermoso jóven de treinta años , con semblante atrevido, franco y alegre. En raros intervalos una nube pasagera que venia á oscurecer su frente sin motivo , era sin duda alguna un síntoma precursor de esa fiebre que ecsalta y llena de crueles visiones los cérebros escoceses; pero era un síntoma lejano, y que podia tener cualquiera otra significacion. Seguramente , en esos tiempos de tranquilidad modesta , ningun médico, por ilustrado que fuese , hubiera podido adivinar la estraña enfermedad que amenazaba ya las facultades d' Angus Mac-Farløne.

Habia llamado á su cuñado Mac-Nab, que hacia algunas semanas vivia en Lóndres con él , para honrar á su huésped. M. Mac-Nab, se habia casado con la hermana d' Angus. Sabemos de la propia boca de su hijo Stephen, los pormenores de su fin trágico , en a-

quella desgraciada habitacion de la casa de Randal-Graham, donde la desgraciada Harriet Perceval, debia ser robada mas adelante. M. Mac-Nab pretendia tener la misma edad que su cuñado: era un hombre de aspecto inteligente y distinguido, pero frio. Sus modales contrastaban singularmente, con los modales abandonados, y la alegria d' Angus. La opinion general le daba entre otros muchos méritos, una elevada franqueza, y una completa lealtad; pero aquella franqueza era poco comunicativa y no se manifestaba tan facilmente con todos. Ejercia las funciones de abogado en los tribunales de justicia de Glasgow.

Por lo que respecta á Mary Mac-Farlane, por poco que se acuerde el lector de cierto retrato colgado entre dos ventanas, en aquella pieza de Irish-House, que ya conocemos con el nombre de «la habitacion del laird» retrato que representaba una jóven vestida segun la moda de la época de nuestras guerras contra Napoleon, no tendremos necesidad de hacer una nueva descripcion. Con efecto, Mary era el original de aquel retrato maravillosamente parecido; solo que Mary era aun mas linda, mas afable, y mas risueña que el retrato. Iba á cumplir diez y seis años.

Hacia mas de un cuarto de hora que se hallaba allí Fergus y no la habia observado. M. Mac-Nab acababa de entrar, y por la narracion d' Angus habia dirigido al jóven estran-

gero corteses acciones de gracias. Todo parecia haber concluido; la fria política de Mac-Nab contrabalanceaba la ardorosa cordialidad d' Angus Mac-Farlane, y recobrado Fergus de su idea fija, se apresuró á poner término á aquella inútil distraccion.

Iba á despedirse, despues de haber correspondido complacientemente á el brindis d' Angus de que no habia podido eximirse, cuando Mary se levantò del sofá en que la habia colocado su hermano, y se adelantò al centro de la habitacion. Fergus se detuvo, como si una mano invisible lo hubiese clavado en el suelo. Mary tomó un vaso de la bandeja y echó un poco de vino en él.

—Es necesario que brindeis tan bien conmigo, dijo con dulzura: bebo á la salud de las personas que amais.

Fergus se puso pálido, y hubiera caido de espaldas si Mac-Farlane no lo hubiese sostenido por detrás..

—Señora!..... señora!..... murmuró con voz que su dolor repentinamente despertado hacia temblorosa; las personas á quien yo amaba han muerto..... y no amaré más..... es decir... no sé.... quizá... bebo por vos señora!

Tomó de la bandeja un vaso que vació de un solo trago con gran priesa llena de turbacion. La sangre habia vuelto á colorear sus mejillas: sus ojos se bajaban como si un peso de plomo hubiera pesado sobre sus párpados; y su respiracion era precipitada.

M. Mac-Nab frunció las cejas. Mary se puso hecha una escarleta, y permaneció, también con los ojos bajos delante de Fergus.

Mac-Farlane dió una carcajada.

—Bien! bien! dijo; nunca he visto un joven tan hermoso como vos, caballero O' Breane..... Pardiez! Mac-Nab, hubiera deseado que lo hubieseis visto hacer bajar la cabeza á Toby, como si hubiera sido una jaca de los Highlands..... Espero, M. O' Breane, que tendremos el gusto de volveros á ver.

Fergus levantó los ojos hácia Mary, respondió con un si apenas inteligible, y se retiró precipitadamente.

Hacia un año que con mucha frecuencia se pasaban sus noches sin que el sueño viniese á dar tregúas al continuo trabajo de su imaginacion. Aun aquella no durmió, pero no fueron sus pensamientos ordinarios los que presidieron á su insomnio.

Fergus amaba. Solo un instante quiso resistirse á ese sentimiento desconocido que se apoderaba á la vez de su corazon y de su cabeza. Pero no le era dable, por fuerte que fuese contra cualquiera otra invasion, combatir al amor. Aquel primer movimiento de resistencia fué la instintiva protesta de su odio olvidado por un instante. En seguida la venganza enmudeció: la lucha terminó, y Fergus se sumergió enteramente, con un abandono completo, con una alegría loca, en aquel primer estasis de amor.

Aquella noche fué como una revelacion de su vida futura, vida dividida entre trabajos herculeos , y sensuales delicias. Aprendió de pronto esos sueños apasionados , esa fuga de deseos, esa victoriosa voluntad de poseer, que debia traer tantos muelles gozes en los intermedios de sus batallas. Una sola mirada habia inflamado sus sentidos y su corazon. Entre el hombre de aquella noche y el de el dia anterior, habia para lo sucesivo un abismo.

Y sin embargo, entre sus aspiraciones inflamables , cuan poetico y puro era ese primer amor! Fergusse entregó todo á él, sin reserva, sin ningun otro pensamiento. Jamas la ternura de algun page tuvo mas infinitas delicadezas. Era una servidumbre, era un culto.

Pero Fergus debia amar siempre asi. Su corazon, inconstante por naturaleza, estaba á prueba de esas secas saciedades que son el tipo de la inconstancia. Debia permanecer jóven viviendo mucho y apriesa : debia gastar impunemente los tesoros de su opulenta organizacion. Era en lo moral en lo que seria un pródigo tirando el oro sin cesar en locas profusiones, y no pudiendo conseguir arruinar su inagotable herencia.

Oh! aquella fué una hermosa noche , y Fergus se acordó de ella toda su vida quedando impresa en su corazon, como se impregna en los poros de un vaso nuevo el indeleble perfume del primitivo licor.

Pues si el corazón cambia, la memoria no tiene inconstancia. Para mil ternuras no setiene mas que un recuerdo, á cuyo alrededor los demas revoletean y pasan, medio borrados, pálidos, desapercibidos.....

Fergus pasó doce horas en su delicioso sueño.

Al dia siguiente, desde por la mañana Angus Mac-Farlane fué á visitarlo. Hay efectivamente simpatias. Mac-Farlane hubiera sido amigo de Fergus á pesar de este.

Pero este último no se habia cuidado de rechazar la preciosa amistad del hermano de Mary. Entre ellos, gracias á ese lazo poderoso, la intimidad volaba, y el amor seguia los mismos pasos. Mary, niña sencilla y natural, no podia resistir mucho tiempo á ese hermoso Fergus que en cierto modo tenia infusa la ciencia de la seducción. Amò como era amada; sin reserva.

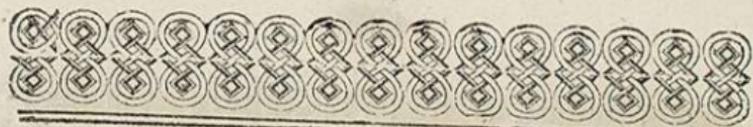
Solo que ella debia amar mucho mas tiempo.

La casa de Mac-Farlane, llegó á ser muy pronto la de Fergus. Este supo todos los secretos del leal escocés, y las causas de su presencia en Lóndres. Entre sus secretos Fergus no confiò mas que su amor.

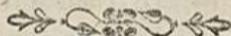
Muchas semanas se pasaron de este modo. Mac-Nab conservaba siempre respecto á O' Breane, su política ceremoniosa y fria; pero Mac-Nab al fin no era el amo de la casa.

Ademas de Fergus , solamente otra persona era admitida frecuentemente á ver á miss Mac-Farlane. Era un noble jóven llamado Godfrey de Lancaster, y que esperaba la muerte de su anciano padre para llegar á ser conde de White-Manor.





CAPITULO OCTAVO.



Duelo inglés.

ANGUS Mac-Farlane y su cuñado Mac-Nab, estaban en Lóndres para seguir uno de esos intrincables pleitos que la obscuridad proverbial de las leyes inglesas promueve sin cesar, y que un tribunal de justicia juzga mal ó bien, ayudado de multiplicados y diversos medios entre los cuales es preciso contar

primeramente la equidad, despues la casualidad , y en seguida el favor y las recomendaciones.

Seguramente que no tenemos idea alguna de acusar de venal á la justicia inglesa , sin embargo, es preciso reconocer que en Lóndres el dinero gana casi todos los pleitos. Que ese dinero no pase inmediatamente á la faltriquera de los magistrados, es lo que nadie puede negar, pero en conclusion poco importa esto. El mal que hay en esto es, que un hombre pobre y falto de protector no pueda hacer valer los derechos mas evidentes. Es de publica notoriedad que un cierto número de libras esterlinas gastadas mañosamente, pueden prolongar en Lóndres un debate judicial mas allá de la duracion comun de la vida humana. El derecho es aqui lo de menos. ¿Quièn se ocupa de él? La formase sienta en aquellos escaños bajo la especie de un magistrado mal peinado, y preside á todas las contestaciones. Lo esencial se considera como pormenores insignificantes y se absorve en un lujo de estrañas formalidades, que la menor de ellas agotara la escualida bolsa de un pleitista necesitado.

Y ademas , cosa increíble , absurda , repugnante , los juicios y sentencias adquieren fuerza de ley. Todo magistrado procede por via reglamentaria. Nuestra jurisprudencia no es como en cualquiera otra parte , un repertorio venerado de donde el juez saca sus inspi-

raciones, y consejos, una guía respetable cuyas decisiones pesan grandemente en la balanza, por que en todo rigor pueden ser discutidas, modificadas desechadas. Nuestra jurisprudencia es una recopilacion de leyes particulares, perfectamente obligatorias en sus innumerables contradicciones. El por y el contra están allí imperiosamente mandados y prohibidos. Todo se encuentra, lo incontestable como lo extravagante, y entre este dédalo, la conciencia del juez flota irresoluta, mientras que su juicio indeciso medita una sentencia que á su vez llegará á ser ley, y aumentará tanto mas el indigesto monton de nuestro batiburrillo legal.

Hace mucho tiempo que talentos eminentes acarician la idea de limpiar esos establos d' Angus. Lord Brougham ha dejado oír muchas veces sobre este motivo elocuentes y apremiantes palabras; pero apostaremos que llegará el fin del mundo antes que se vea constituido nuestro famoso código nacional.

A la menor tentativa habrá un motin de abogados, de escribanos, de procuradores, de ugieres, de porteros y maceros. Los togados y las pelucas empolvadas bajarán á la plaza pública, y la estimable corporacion de los pasantes de abogados, prenderá fuego á Lóndres por las cuatro partes.

Se trataba en el pleito d' Angus Mac Farlane, ó mejor dicho, de su padre el arrendador de Leed, de una vasta estension de terre-

nos, disputados por uno de los jueces de paz del condado de Dunfries. Esto era una circunstancia mala: un juez de paz!

M. Mac-Farlane, cuya familia habia poseido siempre aquellas tierras que casi componian toda su fortuna, no trataba de ceder sin combatir. El juez de paz era rico y estaba bien apoyado; Angus y Mac-Nab fueron enviados á Lóndres, á fin de seguir con actividad los intereses de la familia.

Angus no tenia que hacer mas que una cosa; presentarse ante el juez, y deducir sus pretensiones; pero Mac-Nab, abogado, y muy versado en los tortuosos procedimientos de los elugios escoceses (pues debemos decir que, con respecto á las tinieblas, los lazos, y mala fé, los lawyers (1) de Lóndres, quedan muy inferiores á los de Giasgow y d' Edimbourg), Mac-Nab quiso precaverse buscando un apoyo, y entablar la lucha de un modo mas igual. Antiguas relaciones de familia le abrieron la casa del viejo conde de White-Manor que era un caballero muy respetable. Mac-Nab le hizo ver hasta la evidencia la justicia de su causa, y el conde tomó el negocio bajo su alta proteccion.

Lo menos era que aceptasen en cambio el honor de que los visitasen de vez en cuando el hijo mayor de su señoria.

Godfrey de Lancaster se presentaba así

(1) Abogados.

bajo los auspicios de M. Mac-Nab. Angus no lo veía con mucho gusto, y Mary experimentaba hacia él una especie de instintiva aversión.

El honorable Godfrey tenía entonces de treinta á treinta y cinco años. Su semblante era bastante hermoso pero enrojecido tanto por la costumbre de los licores fuertes como por efecto de un temperamento sanguíneo hasta el extremo, ofrecía los caracteres distintivos del tipo Sajon, reproducido con una energía casi brutal. El egoísmo se leía en gruesos caracteres sobre aquellas facciones escarlatas, y la violencia se traslucía bajo la cubierta compasada de la flema británica, colocada uniformemente al rededor de todas las fisonomías.

Angus pensaba que el honorable Godfrey estaba enamorado de su hermana Mary, y Mac-Nab pretendía lo contrario.

Fergus tenía las simpatías de Angus, y el amor de Mary.

Las cosas no podían permanecer mucho tiempo así sin que se hablase de casamiento. Desde el momento en que Mac-Nab se enteró de las pretensiones del joven Irlandés, se opuso á ellas con todo su poder, pero Mary echó llorando sus dos lindos brazos al cuello de su hermano, que le juró se verificaría el casamiento.

Fergus y Mary se desposaron.

Existía entre Fergus y el honorable Godfrey de Lancaster una antipatía natural, que

se traslucía por parte del primero en un desdefioso silencio, y por parte del noble caballero, por provocativas miradas y movimientos de odio muy poco disimulados. Se encontraban muchas veces en casa d' Angus, pero O' Breanne habia tomado la costumbre de ceder el sitio, y se retiraba al momento que aparecia el heredero del lord. Por este medio se habia evitado hasta entonces un escándalo.

El dia siguiente al en que el matrimonio quedó resuelto, la familia de Mac-Farlane debia partir para Escocia, donde la llamaba momentaneamente la continuacion del pleito; Fergus estaba solo en la sala de recibo donde esperaba á Mac-Farlane. Antes que este último hubiese llegado, introdujeron al honorable Godfrey de Lancaster, cuyo desordenado semblante anunciaba una violenta cólera pronta á estallar. Fergus, segun su costumbre, tomó su sombrero, y se dirigió hácia la puerta en silencio.

—Dios me condene! murmuró brutalmente Godfrey, ese palurdo tiene á lo menos talento para marcharse de aqui á su voluntad.

Fergus se detuvo, y miró de frente á M. de Lancaster, que se echó sobre el divan, y cruzó las piernas con afectada negligencia.

—Creo que es de mi de quien hablais, caballero, dijo Fergus.

—Pardiez! muy bien podria ser, jóven, contestó Godfrey.

Fergus se puso hecho una escarlata, pero no perdió su sangre fría.

—Caballero, añadió, del modo que principia esta conversacion, me parece mejor continuarla fuera.....

Godfrey se encogió de hombros, y no se movió.

—Pues supongo, y creo, continuó Fergus, que hay algo mas que cobardia tras de vuestra insolencia.

—Marchad, dijo Lancaster que se levantó sonriendo. Ya os sigo.

Fergus pasó el primero, y M. de Lancaster lo siguió abrochándose con presteza el frac.

Asi que estuvieron en la calle Fergus quiso tomar la palabra.

—Mas adelante! dijo Lancaster que volvió la esquina de Shorts Gardens y entró en Belton-Street.

Fergus lo siguió á su vez. Godfrey dejó la acera y fué á colocarse en medio de la calle. En aquella época era un hombre muy robusto, y la posicion que tomó, bien conocida en Londres donde el pugilato es una ciencia tan popular como aristocratica, hizo resaltar aun mas las vigorosas proporciones de su cuerpo.

Muy raros eran los transeuntes que atravesaban apresuradamente la acera con las manos metidas en sus bolsillos, y la vista fija hácia adelante, como corresponde á personas versadas

en el arte de andar en público, y que no quieren recibir veinte codazos por minuto.

—Vamos, caballero, dijo Godfrey con tono provocativo, si os conviene continuar aquí nuestra conversacion, estoy á vuestras órdenes.

—Necesito, caballero, contestó Fergus adelantándose, pediros satisfaccion de vuestra brutal insolencia.

—Sea en buen hora, jóven. Voy á daros-la..... y me engañaré mucho, pardiez! si deseais volvermela á pedir nunca.... Procedamos por orden: primeramente, amais á miss Mac-Farlane, y esto no me conviene..... Despues creo que miss Mac-Farlane es ama..... En fin me han dicho que os vais á casar con ella.

—Es muy cierto, contestó Fergus.

—No!..... Antes que eso sea, jóven, os romperé las costillas.

—Caballero! caballero! exclamó O' Brea-ne cuya cabeza se acaloraba, mi paciencia se acababa, y voy á haceros arrepentir.....

No pudo concluir, por que una puñada del noble, le dió en medio del pecho y lo arrojó violentamente de espaldas.

El honorable Godfrey de Lancaster era el mejor discípulo del famoso Holmes de Covent-Garden, que tuvo durante la cuarta parte del siglo el cetro del *ring* en Lòndres, y cuyo retrato de cuerpo entero se vé aun en todas las casas públicas donde se reunen los lidiadores á puñadas.

Godfrey se volvió á poner en guardia al momento, y se sonrió con satisfaccion.

Los transeuntes se detuvieron en las aceras de la calle. Un *boxing* (1) en el lodo es una buena fortuna que se vé muy pocas veces y cuyo encanto aprecian cada vez mas todos los cokane. El principio que esto habia tenido prometia.

Fergus se levantó aturdido, y furioso. Sin calcular su ataque, y sin tomar más precaucion que la primera vez, se avalanzó de nuevo. El brazo de Godfrey, llevado á la altura de sus ojos, se desplegó. Por segunda vez rodó Fergus por el suelo, donde permaneció algunos segundos inmóvil y como anonadado.

Es inútil decir que nadie se movió para ayudarlo. Algunos lacónicos diálogos era lo único que se oia entre los concurrentes que se aumentaban en las aceras, y llenaban ya la calle.

—Buenos dias, caballero Hobson.....
¿Cómo estais?..... Mirad un valiente jóven que está en disposicion de pegar..... ¿Cómo está vuestra señora?

—Caballero Sinclair, os saludo. El golpe era bueno..... El jóven ha debido ver estrellas..... ¿Y vuestra señora está buena?

—Lo que si es cierto que este jóven tiene bastante, segun me parece.... Mirad, ya no se mueve.

(1) Lucha á puñadas.

Algunas manos aplandieron. El golpe era bueno. Godfrey, atleta emerito, al atacar á un hombre que era enteramente extraño al arte del pugilato, abusaba seguramente de su ventaja, y manifestaba tan positivamente el acto de cobardia, como un soldado provisto de todas sus armas, que se sirviera de su espada contra un enemigo desarmado; pero en Londres, no se raciocina así. El sentido de la generosidad falta á todos. El honor consiste en ser el mas fuerte; la gloria en ser el mas rico.

Mucha dificultad costaria para descubrir el sitio preciso donde comienzan las susceptibilidades de nuestros caballeros. En la cámara baja, un diputado trata á su cólega de perro, y le dice que Robert Peel lo hace andar á latigazos. El cólega encuentra esto muy sencillo, y responde al propinante tratándolo de perro de agua, y acusando de haber lamido las botas á John Russell. Y la cámara se rie de todo esto.

En una palabra, los instintos caballerosos nos son tan sumamente extraños como á los mismos americanos.

El golpe era bueno, ¿qué importaba lo demas? Godfrey no ponía el pié sobre el pecho del vencido, ¿no era esto bastante grandeza de alma?

Sin embargo, M. Hobson, y M. Sinclair, se engañaban. Fergus no tenia bastante. Despues de pasados algunos minutos de inmovilidad, volvió á levantarse. Su semblante estaba

lvido, y en medio de aquella palidéz brillaban sus ojos con un fuego sombrío.

No se avalanzó como anteriormente á buscar á su adversario : lo midió un instante con la vista, y se adelantó hácia él á pasos lentos, con los brazos colgando, y el cuerpo y el semblante enteramente descubiertos.

Un estremecimiento de curiosidad corrió por todos los asistentes. Todos se colocaron bien para ver mejor , y no perder nada del desenlace, pues era evidente para todos que el atleta iba á poder elegir una parte vulnerable. Se debía esperar la muerte de aquel hombre.

Con efecto, la mirada de Godfrey fué atenta, y se fijó penetrante en el punto en que el pecho cede y se ahueca al reunirse con el estómago.

Fergus continuaba adelantando. Godfrey calculó é hirió con todas sus fuerzas. Uno de sus puños alcanzó el pecho de Fergus que dió un sonido hueco y horroroso , y el otro dando en el nacimiento de la frente hizo saltar la sangre.

Con admiracion general, Fergus no cayó á aquel doble golpe. No vaciló, ni aun retrocedió. El choque se debilitó sobre su carne como si hubiera encontrado el metal de una columna. La muchedumbre, cuyo ávido interés habia llegado á su colmo, dejó escapar un sordo murmullo viéndolo todavia de pié , derecho y firme, con una estrella sangrienta en medio de su frente pálida. Tomo 8.º 10

El mismo Godfrey estaba tan persuadido de echarlo al suelo de nuevo , ya que no martarlo del golpe, que no tuvo cuidado de ponerse en guardia. Con la certeza de su triunfo olvidó la regla principal, el fundamento del arte. Cuando conoció su error, no era ya tiempo de reparar la falta cometida. Las dos manos de Fergus, como si fuesen dos tenazas de acero, se apretaban sobre sus dos brazos que los destrozaban.

El noble caballero palideció á su vez, pues el aliento de Fergus le abrasaba el semblante, y los ojos de este, ardientes y sombríos fascinaban los suyos , ya turbados y llenos de terror. Quiso zafar sus brazos, pero fué imposible. La presión de los dedos de Fergus, igual, continua , paciente , hacia impotentes sus esfuerzos, y tenía la tenacidad de esos anillos de fierro colocados en las muñecas de los condenados.

Se vió perdido. La multitud permanecía silenciosa. Solamente se oía la voz de algunos hombres de la policia que , impedidos por la muchedumbre, procuraban penetrar la barrera humana que se habia formado al rededor de los combatientes, y en vano la amenazaban con sus varitas de plomo.

Fergus parecia crecer en su cólera. Su hermosa estatura se puso derecha con terrible altivéz frente de su vencido adversario. Sus dulces y encantadoras facciones habian tomado un salvaje é implacable poder.....

Echó hácia atrás los brazos de Godfrey; y los soltó de pronto para pasar los suyos al redor de la cintura del aterrorizado noble, que conoció perdía sus fuerzas. La concurrencia vió contractarse horrorosamente las facciones de M. de Lancaster, y oyó un sordo crujido de los huesos estrujados. Entonces Fergus soltó su presa, y Godfrey cayó inerte en el suelo.

—Está muerto! está muerto! gritaron de todas partes.

Y la multitud se movió, no para prestar auxilios, sino para toear despues de haber visto.

Aquel movimiento dió lugar para que pasasen los agentes, que segun la costumbre de la policia de todos los países del mundo, aparecieron en el lugar de la essena cuando ya no se necesitaban.

Lancaster yacia inmóvil. Por lo que respecta á Fergus, á quien una indomable voluntad habia sostenido en el último acto de este drama, se apoyó en el bronce de un reverbero fatigado, jadeante, y procsimo á sucumbir.

Le condujeron ante un magistrado mientras que colocaron á M. de Lancaster en unas angarillas, llevándolo á Portland-Place, á casa de su padre, el lord de White-Manor.

Esto habia sucedido en medio del dia, y delante de mil testigos.

Un mes despues, compareció Fergus O'

Breane delante del gran jurado del tribunal de sesiones , como acusado de tentativa de asesinato con premeditacion, contra la persona del honorable Godfrey de Lancaster , heredero presunto del cargo de par de White-Manor.

Fergus estaba preso desde entonces por que no habia podido dar fianza.

Seguramente que el *habeas corpus* es una hermosa y noble prerogativa del ciudadano inglés. Nuestra ley favorece con ella al acusado inocente, y le evita esas largas detenciones preventivas, esos meses, esos años de cautividad, que la justicia de muchos paises del continente, y con especialidad la justicia francesa , impone por solo una sospecha, y como á ciegas. Seguramente que aqui estamos muy adelantados en el camino de la civilizacion , y nuestro código de derecho, por confuso que pueda ser, se manifiesta á lo menos eciento de esa vergonzosa y flagrante contradiccion del código francés que proclamando á voz en grito que todo acusado debe considerarse inocente antes de su condenacion comienza por lanzarlo en una prision, quedando á salvo el absolverlo despues.

¿Pero por qué entre nosotros ha de ser el dinero la condicion espresa indispensable del ejercicio de todo derecho? Ese *habeas corpus* tan justamenté ensalzado, favorece el rico y deja aprisionado al pobre.

El pobre que procura todos los dias ganar penosamente y por un trabajo sin descanso , la

comida de la noche , ¿tiene fondos reservados para el caso en que la casualidad, el error , ó la perfidia, hagan pesar sobre su cabeza una acusacion? ¿No es burlarse el pedirle entonces una fianza personal, á el que tiene hambre y que se acuesta sobre el suelo?

Seguramente que la justicia necesita una garantia; ¿pero es la única y la eterna el dinero? ¿La desgracia ha de llamar siempre otras desgracias, y no se causará de trazar al derredor del indigente un círculo vicioso de sospechas é imposibilidades?....

Godfrey de White-Manor habia estado muy procsimo á sucumbir de resultas del terrible apretón de Fergus. Durante la primera semana tenian los médicos muy poca esperanzas de salvarlo; pero se habia burlado de su pronóstico y entraba en la convalecencia. Godfrey pertenecia á una familia poderosa , y estaba sediento de venganza. Se formó un conciliábulo al derredor de la cama del enfermo: varios curiales ocuparon alternativamente su cabecera: se comprendieron, combinaron los hechos , y urdieron una trama á la que Fergus, solo, enfermo en su prision , y creyéndose seguro de su inocencia, no debia escapar.

Fergus sufrió en su prision un sin número de interrogatorios, y conoció desde el principio que no lo acusaban solamente de haber sido actor en una riña acompañada de violencias. Era jóven ; tenia confianza en la equidad

de sus jueces, y contestó conforme á la verdad.

Hubiera sido para él un consuelo muy grande el haber tenido noticias de Mary y d' Angus; pero no se admiró de su silencio. La familia de Mac-Farlane debia estar en Escocia, y seguramente Mary y Angus ignoraban su desgracia.

Escribió á Lochmaben, y no recibió contestacion alguna.

Olvidados por la soledad de su prision un instante sus vastos planes de venganza, volvieron á asaltarse de nuevo. La primera vez que dirigió las miradas de su inteligencia hácia aquel lado, tuvo un acceso de profunda desanimacion, pues hacia muchos meses que habia caminado hácia atrás en lugar de ir hácia adelante, y su proyecto se le aparecia ahora como un sueño insensato.

Este pensamiento duró una noche. Fergus tenia uno de esos talentos atrevidos que funden en bronce sus imagines y cambian en combinaciones meditadas friamente, y estudiadas con profundidad, el primer impulso temerario y loco de su pensamiento. Su proyecto habia echado en él unas raices bastante profundas, para que cada una de sus fases, olvidadas momentáneamente, volviesen á presentarse á su vez, y sufrir un ecsámen. A medida que divisaba y contaba asi los rayos que componian el haz puesto en reserva algunos meses antes, su en-

tusiasmo volvía con mas fuerza. Volvía á ver los defectos del armadura británica ; y encontraba sus probabilidades de ataque y de victoria. El porvenir se le presentaba de nuevo , y desde lo interior de su humilde celda , desde el miserable lecho donde tendía sus enfermos miembros, dió lleno de ardor y esperanza su grito de combate.

—Guerra á la Inglaterra!

Ay! de un lado, no habia nada! y del otro se presentaba el mas colosal poder.

Ni aun siquiera tenia Fergus la libertad de cruzar su débil espada contra la maza del gigante. Sus manos, débiles conforme estaban, tenian ademas cadenas, y el colosal enemigo iba á aplastarlo á su peso, á aplastarlo sin verlo, y sin conocer la guerra declarada, como el pasajero que camina de noche aplasta con el pie, á ciegas , al escorpion cuya mortal picadura le amenaza.

Cuando Fergus compareció delante del gran jurado reunido en Old-Bailey , no hubo mas que una sola opinion en su causa. Fué enviado al tribunal

Este primer golpe le sorprendió dolorosamente ; pero esto al fin no era mas que un preliminar. Habia sido atacado tan brutalmente, el caso de una legitima defensa estaba tan manifiesto, y tantos testigos habian presenciado la contienda, que le parecia imposible una condenacion.

Fergus por muy prevenido que estuviese contra la Inglaterra, aun no conocia todas sus sinrazones é injusticias. Nada es posible en Lóndres tratándose de una condenacion. Nuestros anales judiciales son los mas ricos del mundo entero en inescusables errores , y en iniquidades sangrientas. Tenemos por una parte el tortuoso dédalo de nuestras leyes , y por otra el falso testimonio, organizado en una escala desconocida en cualquiera otra parte. ¿No ha dicho lord Holland, con motivo de un proceso célebre, que entre el tribunal de Pencilo Pilato, y el tribunal de asises elegiria al juez que condenó á Jesucristo?

Godfrey de Lancaster y sus consejeros estaban mejor instruidos que Fergus. No ignoraban que las cuevas de Long-Lane y d' Aldergate-Street están habitadas por una poblacion hambrienta y miserable, cuya única industria son los falsos testimonios , y que sostienen el perjurio á precios módicos, desde un azumbre de gin hasta ocho ó diez shellings. Habian ya tomado todassus medidas. En la audiencia, una multitud de hombres comprados , fué á deponer que Fergus habia atacado traidoramente al hijo del lord , y á mano armada. Fergus creia que soñaba: se agitó en su banco , y gritó.

—Mentis!

Pero los testigos se sucedian sin descanso, y todos deponian en los mismos términos.

—Mentis! Mentis! repetia Fergus maquinalmente.

El ujier reclamaba el silencio, y el procurador del rey tenia trabajo en contener su indignacion, al ver el descaro con que negaba el acusado.

Por lo que respecta á los señores jurados, mataban el tiempo lo mejor que podian, y combinaban el pormenor de su cena.

Un último testigo vino á dar al acusado el golpe de gracia.

El hombre que entró era una especie de mendigo, de unos veinte años, cuya persona presentaba un aspecto repugnante. Sus cabellos ásperos y estremadamente espesos, casi se unian á las cejas, cuyos erizados pelos ocultaban unos ojos cautelosos y malignos. Todas las ignobles inclinaciones se pintaban en aquella fisonomia, y una sonrisa hipócrita y benévola completaba el conjunto, falso hasta la perfidia, y bajo hasta la abyeccion.

Se adelantó hácia el tribunal con paso poco seguro, desigual, y cada una de sus pancadas dislocaba todos sus miembros. Asi que llegó á la barra, saludó al juez, á los asesores, al oficial municipal, á los jurados, al escribano, al procurador del rey, á los abogados, al auditorio, y al condestable que lo habia traído.

—Oh! vuestros honores, dijo antes que lo interrogaran, mis buenos lores, juro sobre el evangelio, y por todo, que sé la verdad.... Dios

se apiade de mi, en el artículo de la muerte! Voy á decir toda la verdad..... Vuestros honores me condenaron ayer á la deportacion por una miserable docena de pañuelos que encontraron en mi faltriquera..... Pero yo no me quejo, mis buenos lores! La vida es sumamente cara en Lóndres, y quizá encontraré allá abajo, como dicen, del otro lado del mar, con que ganar honradamente mi pobre vida..... Oh! si, ningun interés tengo en engañar á la justicia, y conozco muy bien á Fergus O' Breane, el infame!.....

Fergus quiso contestar, y el ujier le impuso silencio.

—Eso es, dijo el testigo, haced callar á ese picaro!..... Oh! vuestros honores; será posible que haya un alma tan negra para asesinar á el hijo de un lord!..... y de un lord que tiene millones de libras esterlinas!..... Lo conozco, vaya!..... Vivia en Saint-Giles con el picaro de su padre!.....

—Miserable! exclamó Fergus con voz atronadora.

—Hacedlo callar! añadió el testigo, ó vá á mentir como un infiel que es!..... Vivia en Saint-Giles con su madre y su hermana; una pordiosera de quien lord Fitz-Allan, Dios bendiga á su señoria! ha hecho una hermosa señora con diamantes y cachemiras.....

Fergus dejó escapar un sordo gemido.

—Y muchas veces, continuó el testigo,

sabiendo que yo era un hombre pobre, me propuso llenar mi sombrero de coronas si queria dar de puñaladas al hijo del lord.

—Por mi salvacion! exclamó Fergus, juro que no he hablado nunca á ese hombre.

—Callaos! dijo el ujier.

—Ah! si, vuestros honores, añadió de nuevo el testigo que procurò dar á su feo semblante una espresion de candor; el pícaro me ha hablado, tan cierto como me llamo Bob-Lantern.. y este es mi nombre misqueridos lores! Hace mucho tiempo que acechaba el momento de dar su golpe, y mas de un compañero honrado se ha visto, por mucho menos que eso, en poder de Jack Ketch (el verdugo), lo juro por la biblia, y por todo, milores!.

Bob Lantern se fué á sentar, y guiñó mirando al abogado de Godfrey. Este le hizo con la cabeza una señal de proteccion. El jurado declaró unánimemente culpable á Fergus, y la sentencia que lo condenó á la deportacion, fué mirada como un acto de clemencia: pues seguramente merecia ser ahorcado.

Fergus salió de la audiencia entregado á una especie de abatimiento, y no midió la estension de aquel golpe, pues la sorpresa entorpecia sus facultades. Asi que volvió á su prision, una fiebre violenta se apoderó de él, y perdió el sentimiento de su desgracia.

Cuando se despertó de aquel largo sueño de su inteligencia, muchas semanas lo separa-

ban ya del día en que lo sentenciaron. Estaba en la rada de Weymouth, en el *bulk* (pontón) el *Cumberland*, prision flotante destinada para los deportados prontos á ser embarcados para la Australia.





CAPITULO NOVENO.



Los pontones.

FERGUSO Breane estaba tendido en una cama estrecha é inclinada en una galeria baja de techo y llena de camas iguales á la suya. De distancia en distancia se escalonaban centinelas, con vestidos de marineros, que tenian en la mano los sables desenvainados.

La cama de Fergus estaba colocada cerca de una compuerta , pero volvia la espalda

á la claridad, y no podia, en aquel primer instante lúcido, concebir ninguna idea del sitio en que se encontraba.

El primer semblante que distinguió á su cabecera, le hizo dudar de la realidad de todo cuanto veia. Era el del odioso mendigo, cuyo falso testimonio habia decidido su condenacion. Fergus ocultó su cara entre sus manos para procurar desviar aquella apariencia de triste agüero, y acudió á sus recuerdos. Pero estos se mezclaban confusamente, y una niebla espesa ofuscaba su memoria. Tenia la vaga seguridad de haber experimentado una desgracia, y no hubiera sabido definir la especie ó la estension de ella.

—No sé..... no sé! murmuró con cansancio. Quizá haya perdido la razon!....

—Oh! no, no, lindo señorito, contestó la voz de Bob, que hizo estremecer al enfermo bajo su tosca cubierta de lana gris; solamente habeis tenido un poco de calentura, una nada, con un poco de delirio por espacio de un mes ó seis semanas.... no ha sido otra cosa.

Fergus volvió a abrir los ojos, y no pudo contener un movimiento de disgusto viendo al asqueroso semblante de Bob-Lantern sonreirse á unas cuantas pulgadas del suyo.

Bob tenia en aquel tiempo buenas disposiciones para llegar á ser un filósofo. Vió el movimiento, lo comprendió perfectamente, pero no se incomodó.

— Bien comprendo eso añadió, mi lindo señorito, bien lo comprendo. Mi semblante os afecta los nervios de resultas de la historia de Old-Court....

— Old-Court! repitió maquinalmente Fergus.

En seguida, iluminándose de pronto su memoria, añadió con repentina violencia.

— Eres tú, miserable!... Ya me acuerdo!

Y procuró lanzarse fuera de la cama; pero Bob que se habia levantado con mucha tranquilidad, lo contuvo sin trabajo.

— Va! va! dijo, mi lindo señorito, bien concibo eso..... Pero estaos quieto.... ya hace quince dias que soy vuestro enfermero, y Dios sabe si observo como es debido las órdenes del jóven-doctor Moore, practicante de cirujano del ponton....

— Estamos en un ponton! exclamó Fergus.

— En el mas hermoso ponton que hay en la rada..... el *Cumberland*.... que fué desarbolado en La Hogue.... Mr. Moore sabe la historia del *Cumberland*!.... y es un valiente jóven que promete mucho!..... os decia mi lindo señorito, que por mis trabajos y cuidados, tengo muy bien merecido el perdon de una insignificante broma..... Bien! Bien! Mr. O' Breane! Sé que vais á chillar..... pero escuchadme! La vida es sumamente cara! El hijo del lord hizo que me dieran una libra....

—Y por una libra ha sido, desgraciado!

—Ya procuraré sacar mas ventajas, pero Hilbert-Paterson es un tuno muy astuto..... Además, yo no mentia del todo. Muy bieu he conocido en Saint-Giles á Mr. Chretien O' Breane, hombre respetable..... y á mistress O' Breane, muger muy santa..... Y á la señorita..... y á vos tambien, mi lindo señorito..... Todos estos me han dado muchas veces limosna cuando me fingia epilectico en la acera de Bainbridge-Street.... Ah! ah! ¿apuesto á que os acordais del epilectico? es un oficio muy lucrativo, bien lo veis M. O' Breane.

Bob se interrumpió repentinamente y añadió con aire lastimoso:

—Pero se tiene tanto frio en el invierno en las calles fangosas de Saint-Giles, y esto es lo menos mal que puede uno ganarse su pobre alimento.

Fergus estaba muy débil: su reciente cólera habia sido suficiente para aniquilarlo. Ya no escuchaba nada, y las palabras de Bob-Lantern llegaban á su oido como un murmullo poco distinto y confuso. Este lo conoció, y cogió su brazo que apretó para despertar su atencion.

—Mi lindo señorito, continuó, escuchadme con cuidado. Cuando no me cuesta nada hacer un favor, obligo con mucho gusto á mi prójimo..... y ademas, con vos me he cobrado de antemano, como podeis verlo cuando ten-

gais fuerzas para contar vuestro bolsillo.....
Mirad de lo que se trata. Estais aqui en el
Cumberland á dos leguas de la costa, y dentro
de muy pocos dias quedareis embarcado en el
Bay ship (1). Cuando llegueis á entrar en él,
ya no hay medio alguno de salir.... á par que
mientras que permanezcamos en la rada, hay
recursos..... ¿Me escuchais?

Fergus hizo con la cabeza un signo afirmativo.

En el mismo instante se oyó un ruido de pasos, y unas cuantas voces por entre las tablas del piso superior.

—Ya vuelven! continuó Bob. Mi faccion está terminada, y no tengo mas lugar que para daros una leccion..... Vuestros compañeros de cuarto tienen deseos de volver á ver el pais, y temen mucho marearse. Están haciendo un agujero ahi, detrás de vuestra cama..... Los incomodareis sino estais de su parte, y cuando se les incomoda.....

Bob concluyó su frase por medio de una pantomima sumamente espresiva.

—Para evitar cualquier disgusto de esta clase, continuó, el mejor medio es pasar por uno de los iniciados..... esto no es difícil..... no nos conocemos unos á otros..... Asi que vean que habeis vuelto en vos, os dirán.....

(1) Buque que lleva los condenados á la Nueva Gales del Sud.

acordaos bien de esto..... *Gentleman of the Night!*..... medio para saber si sois de los buenos..... Responded sin vacilar: *Son of the family*, y dormies tranquilamente.

Una escala que comunicaba del entrepuente al puente, comenzó á oscilar en aquel momento, bajo el peso de numerosos condenados que comenzaron á bajar por la escotilla.

Las guardias que en ausencia de los condenados se habian reunido y estaban hablando, recobraron precipitadamente sus puestos. El que se colocó mas cerca de la cama de Fergus, era un muchachon terrible, terrible de largo, cuyos brazos y piernas salian huesudos y delgados, de sus vestidos sumamente cortos. Este muchachon tenia una fisionomia muy honrada, y manifestaban todas sus facciones la apariencia de un completo sosiego de imaginacion.

Ya era de noche. Los condenados despues de una oracion en coro, leida por una especie de sacerdote que apagó su pipa para aquel acto, doblaron cuidadosamente sus vestidos y se metieron en la cama. Unos cuantos minutos despues, el capitán, seguido de un oficial, y de un cirujano fueron á hacer su ronda.

El cirujano era M. Moore, jóven fisico de grandes esperanzas. Lo mismo que lo hemos visto veinte años despues, lo mismo era entonces; con la diferencia que su frente se cubria con una abundante cabellera, lo cual daba am-

plitud á la parte superior de su cabeza , y desfiguraba alguna cosa aquel rostro *de pera* estrecho por la parte superior , y ancho por las mandíbulas , que mas adelante manifestó tan energicamente la inteligente regularidad de sus facciones.

La ronda se detuvo delante de la cama de Fergus, y M. Moore le tomó el pulso.

—¿No ha hablado? preguntó á Bob.

—¿Si no ha hablado, vuestro honor? contestó este con aire inocente: lo ha hecho de todas clases de cosas, oh! si. ... de lindas jóvenes, y de buenas patatas con cerbeza...

—Delirio..... murmuró el capitán.

Moore hizo una seña al muchachon que tenia los vestidos demasiado cortos , para que se acercara: este tomó al instante una posicion militar, y se adelantó estendiendo su delgada pierna, y midiendo matemáticamente su paso.

—¿Habeis oido hablar á ese hombre? le preguntó Moore.

—A ese hombre , trueno del cielo! contestó el buen capitán Paddy O' Chrane que estaba entonces en toda la flor de su juventud; yo no escucho, ó que el rayo me abraze! lo que puedan decir esos picaros malditos, pobres diablos.

—Ese hombre ha debido hablar, y hablar razonablemente , añadió Moore. La crisis de esta mañana lo ha salvado.

—Tanto mejor! dijo el capitán. Con eso habrá uno mas.

Es indispensable saber que la ley inglesa que deja morir de hambre á los trabajadores honrados , tiene entrañas de madre para los criminales. Un cirujano hubiera sido mal recibido al reclamar un premio por haber salvado á un tejedor de seda de Spitael-Fields , ó á un Lighterman de los diques de Lóndres; pero tratándose de un ladron emérito, condenado á la deportacion , es cosa muy diferente. Hay premio para el doctor y para el comandante del ponton.

Esto nos esplica la alegre exclamacion del capitán.

El oficial que acompañaba al comandante, habia estado reconociendo hasta entonces con un mazo, las tablas del ponton por todas las camas. Se hubiera podido observar que M. Moore se colocó desde un principio á la cabecera de la cama de Fergus , y permaneció allí todo el tiempo que duró la visita , ocultando de este modo la parte de pared ó tablas que habia entre la cama del enfermo, y la de su compañero de la derecha.

La ronda se alejó, y el oficial no tocó á la madera del ponton en aquel sitio , bien fuese por cortesia hácia el doctor, ó por que el estado de Fergus no permitia pensara mucho en una tentativa de evasion por su parte.

Se oia el mazo resonar periódicamente, y despues la ronda subió al puente.

Bob se habia dirigido á su cama, despues

de recibir las cordiales maldiciones del marinero Paddy. Un enfermero vino á traer á Fergus un brebaje mandado por M. Moore. Asi que salió aquel, se restableció el silencio en el entrepunte.

Este duraria cerca de media hora. El estenso dormitorio estaba iluminado por algunas lámparas suspendidas del piso superior, y cuya insuficiente luz dejaba á todos los objetos en una dudosa claridad.

Los centinelas, en número de cuatro, se paseaban lentamente en la demarcacion confiada á su vigilancia.

Fergus no dormia, pero la pocion que acababa de beber, entorpecia hasta cierto punto su imaginacion y su cuerpo. Descansaba conservando la seguridad de todo lo que pasaba á su derredor. Asi que transcurrieron como veinte minutos, oyó un imperceptible ruido de hierros bajo la cobija de la cama de su compañero de la derecha que era un hombre vigoroso y de resuelta apariencia, como pudo observarlo Fergus cuando llegaron los condenados al entrepunte. Este ruido no tenia nada de extraordinario en un sitio en que dormian mas de cincuenta presos con grilletes en los pies y manos: sin embargo, hirió otro oido ademas del de Fergus, pues el largo marinero Paddy, exclamó con mal humor:

—Jack, hijo de Satanás, triste desecho de Newgate, amigo mio, que me vea condenado

si no eres el mas estrepitoso pícaro que conozco.... Y conozco à muchos Jack, Dios me castigue!.... Escuchadme pícaro abyecto, condenacion eterna! Que diantre! sino te callas, recibirás veinte y cinco azotes.... ni mas ni menos, Jack ó que me vea ahorcado como tú lo serás algun dia, camarada mio!

Paddy O' Chrane pronunció estas palabras en voz alta. Mientras que hablaba se aumentaba el ruido de los hierros en lugar de disminuirse ; por lo que se hubiera podido creer que la reprension del larguirucho guardian, no tenia otro objeto sino cubrir aquel mismo ruido.

Apoyò sus últimas palabras con un gesto, que muy bien podia ser una amenaza , pero que tuvo por resultado directo hacer caer sobre la cama de Jack un objeto que brilló á las intermitentes luces de las lámparas. Jack cogió con prontitud aquel objeto, y se deslizó por el suelo. Sus hierros se quedaron bajo su cobija.

Se adelantó arrastrándose hasta la cama de Fergus. Paddy habia recobrado su pacifico paseo.

Fergus no se movia. Por espacio de una hora, á contar desde aquel momento, oyó detrás de él, solo á unas cuantas pulgadas de su oido, el crugido sordo de una lima manejada con infinitas precauciones. Al cabo de este tiempo el pito del contra-maestre resonó en el puente superior. Jack volvió con prontitud

á su cama y se metió en ella. El objeto brillante que ya habia atraído las miradas de Fergus, resplandeció de nuevo sobre la lana gris de la cobija. El delgado y largo brazo del guardian, se alargó, y desapareció el objeto.

En el mismo instante bajaron cuatro marineros por la escotilla, venian á relevar las centinelas.

—Tom, camarada mio, tempestades! dijo Paddy O' Chrane á su sucesor, os recomiendo á ese peligroso pícaro, cuernos del diablo! de Jack Oliver, seremos condenados, Tom!... Si se mueve, tened presente que le he prometido veinte y cinco azotes.... Con que, buena guardia, Tom, y que Satanás nos abrase!

Al dia siguiente pasaron las cosas exactamente lo mismo. El joven doctor Moore sirvió tambien de pantalla á la pared del ponton situada á la derecha de la cama de Fergus durante la visita del capitan; y el mazo del oficial hizo por todas partes su deber escepto allí. Bob Lantern que ejercia á bordo el oficio de enfermero, oficio muy conveniente á su carácter misericordioso, sin duda estuvo detenido á la cabecera de un enfermo de mas gravedad, pues no pareció en la de Fergus.

Asi que llegó la noche, el marinero que ocupaba el puesto en que estaba la vispera Paddy O' Chrane, se manifestó tan poco lince como este último, pues el vecino de la izquierda de Fergus pudo ejecutar una maniobra e-

exactamente igual á la de Jack Oliver. Pasó arrastrándose bajo la cama d' O' Breane que fingia dormir profundamente , y por espacio de mas de una hora el sordo ruido de la lima se dejó oír á unas cuantas pulgadas de su oído.

Esto duró muchas semanas. Fergusse reponia con rapidéz; no le faltaban los mas atentos cuidados, y su alimento era bueno y sano. Lo dejaban que respirase el aire sobre el puente todo el tiempo que queria.

No olvidemos que Fergus era una cabeza privilegiada en aquel rebaño humano. Representaba un premio. Y á este premio era á quien cuidaban, á quien conservaban con esmero, y á quien dejaban respirase el aire libre sobre el puente.

No se veia ya á Bob-Lantern , por que estaba detenido en la segunda bateria , donde affluian los enfermos. Fergus no echaba de menos su ausencia, pues la vista de ese adulador é incurable bigardo, agitaba sus irritables nervios, y le robaba el descanso que tanto necesitaba en su convalescencia.

Todas las noches , cuando les tocaba su vez, Jack, y el vecino de la izquierda que se llamaba Randal Grahame , se remudaban á vista del guardian para adelantar todo lo que fuese posible en el taladro de la pared del ponton. Este Randal Grahame era un personaje bastante notable, y descollaba enérgicamente en medio de aquel ejército de picaros, estúpi-

dos, ó infames, que llenaba el ponton desde la cala hasta la batería alta. Era un hombre de treinta años, teniendo en su cara escesivamente prolongada, esa palidéz peculiar á las personas que tienen cabellos rojos. Sus ojos azules, á la flor de la cara, recibian de lleno la luz, y no tenian por abrigo mas que el arco frontal, poco desenvuelto y planteado tan solamente en la línea de las cejas con raros y colorados pelos. La parte inferior de su cara, apesar del reglamento de á bordo que quiere que todos los prisioneros se afeiten diariamente, casi desaparecia bajo una profusion de barba que cortaban sin cesar, y sin cesar volvía á nacer, y cuyos cañones tenian la dureza de la grama. Por lo demas sus facciones eran aguileñas y perfertamente delineadas. Habia inteligencia y sobre todo voluntad en la curba de su frente, en la que se rizaban sus cabellos de un rojo anacarado, y el conjunto de su fisionomia, no carecia de cierta distincion. Randal era un montañes de Escocia. Habia sido condenado á quince años de deportacion, por el tribunal de Glasgow por robo á mano armada en un camino.

Fergus reparó en este condenado en una circunstancia muy comun en los pontones, á bordo del *Bay-Ship* y aun en la nueva Gales del sud: vamos á hablar de la pena del látigo ó de los azotes inflingida á los pensionistas de S. M. que se manifiestan rebeldes. Randal se hi-

zo culpable de una falta contra la disciplina, y uno de los midshipmen, le recetó cincuenta azotes con la correrera.

Regularmente cuando se aplica este castigo, el paciente llena el aire con sus gritos, y se resiste á el látigo en desesperadas convulsiones. Randal se acostó boca á bajo, como es la costumbre, y presentó al verdugo sus desnudas espaldas.

Este era un lascario de apariencia salvaje, y cuyo musculoso brazo parecia un modelo de bronce.

Descargó; y cada golpe dejaba una señal acardenalada en la piel de Randal; que ni se movió, ni gritó. La sangre corrió muy pronto. Al quincuagesimo golpe que descargó el lascario, dando un suspiro de cansancio, las espaldas de Randal no presentaban mas que una deformellaga.

Se levantó, tomó la correa de manos del lascario, con atencion la examinó por espacio de algunos minutos. Su semblante conservaba una tranquilidad extraordinaria, y no habia perdido aquella palidez trasparente y bajo la que se manifiesta un fugitivo reflejo, color de ladrillo, teñido de una estremada delicadeza, que enrojece la menor emocion, y del que Van Dyck ha dejado una inmortal y maravillosa reproduccion en su retrato pintado por él mismo.

En aquella ocasion, el larguirucho mari-

nero Paddy O' Chrane tomó al diablo por testigo, al diablo y sus cuernos, que decia verdad poniendo á Randal Grahame en el primer lugar entre los pícaros mas endurecidos.

Como quiera que sea , Randal devolvió con tranquilidad la ensangrentada correa al lascario; pidió agua, y se lavó por si mismo.

Desde aquel dia Fergus sintió una especie de simpatia por aquel hombre , cuya energia habia sostenido tan victoriosamente una prueba , en la que el mas vigoroso sucumbe. Sin embargo, aquella simpatia era tácita è impensada. Fergus y Randal no se habian hablado nunca.

Una noche estaba Paddy O' Chrane de faccion, y á Jack Oliver le tocó su turno en el trabajo. Jack puso manos á la obra como tenia costumbre desde que el marinero larguirucho le arrojó sobre la cama el instrumento de acero que Fergus vió brillar la primera noche de su convalescencia. Pero Jack no trabajó mucho tiempo aquella noche. Al cabo de hora y media escasas, cesò de pronto el sordo ruido de la lima.

—Paddy! Randal! Roberts! gritó Jack en un momento de loca alegria ; ya está hecho el agujero.

—Muy bien! contestò Randal con indiferencia dejame dormir.

—Jack, miserable pícaro, exclamó Paddy O' Chrane que descargó un disforme latigazo

de plano con su sable sobre la cama vacía de Oliver: no puedes dormir como un cristiano, que Dios me condene, sin soñar en alto, y charlar, el diablo me lleve! como medio ciento de cotorras!.....

—Ha hablado de un agujero..... dijo uno de los guardias con aire sospechoso.

Paddy descargó un segundo golpe sobre la cama en que hubiera debido estar Jack.

—Satanás nos abraze! Peter Bridgewell, ha hablado de un agujero, triste tonto, amigo mio, creo que podeis tener razon.

—Quizá hayan taladrado..... quiso interrumpir el guardia.

—Quizá como vos decís, Bridgewell, deseo que el demonio nos ahogue!..... Pero si reparais en vos; Peter, trueno del cielo! observareis que Tom Bence os ha robado vuestro pañuelo de la faltriquera, mientras que me mirabais con esos ojos de tonto admirado; que me vea ahorcado y vos tambien!

Jack se aprovechó del movimiento que hizo Bridgewell al buscar su pañuelo, para meterse con prontitud en su cama.

Al siguiente día, á la hora del paseo por el puente, la vista mas ejercitada no hubiera podido notar ningun signo de agitacion entre los condenados. Sin embargo, estaba ya resuelta la evasion, y fijada para la noche siguiente. Bob-Lantern que no se habia visto en toda la semana, apareció de pronto aquel dia.

—Oh! mi lindo señorito, dijo á Fergus,

os habeis puesto sumamente guapo! M. Moore es un hombre muy hábil.

Hizo como que se alejaba , pero aprovechando un momento en que nadie lo observaba , se acercó á Fergus , y le dijo con rapidéz estas palabras.

—Está decidido para esta noche..... Si no os matan os salvareis, y no os mataránsi decis la palabra del santo.

Salvarse! volver á ver la Inglaterra , á Mary! encontrarse á la vez frente de sus amores y de el adversario que buscaba su implacable odio!..... Fergus quiso preguntar á Bob, pero este era como una anguila que no se cogia fácilmente. Fergus lo vió dos ó tres veces en el puente, sonriendo á los unos, dando vueltas en derredor de los bolsillos de los otros , y nunca pudo conseguir reunirse á él.

Fué á sentarse contra los filaretos , y dirigió su vista hácia la costa, cuyos azulados perfiles se destacaban sobre el gris mate del cielo británico. Hacia quince dias que habia recobrado todas sus ideas, ideas de ternura y de venganza. Estas dos preocupaciones se combatian en su interior, y robándole la poca fuerza que aun podia haber adquirido. Amaba á Mary, tanto como un hombre ardiente , y jóven , y vírgen de toda adhesion , puede amar á una muger. La inconstancia de su carácter no podia influir en el impulso de aquella primera pasion, pues que aun el mismo ignoraba semejante inconstancia. Se creia ligado por toda la

vida, y cifraba en Mary todas sus esperanzas de felicidad. La idea de que hubiera podido llegar á ser frio y olvidar despues de haber amado tan apasionadamente , le hubiera parecido entonces mentira, ó locura.

Pero tambien su odio era sumamente fuerte; su odio permanecia entero, inmutable, entre los dulces ensueños de sus amores. Sus recientes desgracias , y la injusticia de esa sociedad brutalmente inicua , cuya sentencia lo arrojaba, estropeado, apesar de su inocencia, en los rangos de los mas descarados pillos, añadia nuevos motivos personales á su pasion por la venganza, y mas que nunca , de lo íntimo de su corazon, se levantaba amenazador, el grito de Chretien O' Breane en su agonía:— Guerra á la Inglaterra!

Todos estos pensamientos vagaban confusamente en su cérebro, mientras que miraba la costa. No advertia que un grupo de deportados se habia formado insensiblemente en derredor suyo , y lo separaba de un todo de los centinelas escalonados en el puenté.

Los que se hallaban mas cerca eran Randal Grahame, y Jack Oliver, y este último ocultaba bajo su camisa un cuchillo de hoja aguzada.

—He ahí un lindo muchacho que no es charlatan, dijo de lejos Tom Bence: Jack, amigo mio, procura ver de que color son sus palabras.

Fergus levantó los ojos y se estremeció al verse cercado de este modo. Su primer movimiento fué de buscar una salida, pero Randal lo tenia cogido por los dos brazos por detrás. Entonces se acordó de la última recomendacion de Bob, y tuvo como una vaga idea de aquellas palabras pronunciadas á la cabecera de su cama por el mendigo, el dia en que habia salido de su delirio; pero esas palabras se le olvidaban tanto mas, cuanto mas procuraba recordarlas.

Jack Oliver se colocó frente de él.

—Si te mueves eres muerto, dijo poniendo la punta de su cuchillo sobre el corazon de Fergus: si gritas te mató!... Vamos á ver si sabes hablar en buen inglés, *gentleman of the Night?*

Fergus dudó, aun cuando aquella pregunta refrescó sus recuerdos, y le puso la respuesta, como vulgarmente se dice, en la punta de la lengua.

—Vamos Jack! dijo Tom Bence.

Oliver frunció las cejas, pero en aquel mismo momento, Fergus sintió que le apretaban el brazo por detrás, y la voz de Randal murmuró algunas palabras á su oido.

—*And son of the family!* respondió al momento.

Oliver ocultó con prontitud su cuchillo bajo de su camisa.

—Toma! toma! dijo Tom Bence; esto ha

sido mejor, pues hubiera costado trabajo haberlo desaparecer como se debe..... Pero mal haya si he creído.....

—Hay muchas cosas que son terriblemente admirables! observó Bob ejecutando una afortunada tentativa de sustracción en la faltriquera de Tom Beace, de donde sacó el pañuelo de Peter Bridgewell.

—Separaos, Dios nos castigue, escoria de Newgate! gritó de lejos el marinero O' Chrane; consiento que me ahorquen como os vereis todos hasta el último algún día, si las correas no andan listas antes de esta noche!

Los deportados se dispersaron, y solamente Randal permaneció apoyado contra la obra muerta, al lado de Fergus. Este quiso darle las gracias, pues Randal fué el que le dijo al oído la respuesta á la palabra del santo.

Pero apenas hubo abierto O' Chrane la boca, cuando el Escocés le dirigió una mirada de helada indiferencia, y le volvió la espalda para alejarse lentamente.

La noche llegó; la ronda hizo su deber como de costumbre, y Fergus notó que los guardias de aquella noche eran los cuatros que se relevaban á si mismos delante de su cama, y arrojaban la lima, bien fuese á Oliver ó á Graham.

Así que se marchó la ronda, pasó una escena muy extraordinaria. Cuatro deportados salieron de sus camas y se acercaron á los guar-

días que sacaron ellos mismos de sus bolsillos fuertes cuerdas, con las que se dejaron atar solidamente.

—Trueno del cielo! murmuraba mientras que lo agarrotaban el delgado y digno marinero Paddy, quiero que me ahorquen y que Satanás me quemé para lo que no llevo mal camino, tempestad! si la familia no nos debe buenas rentas por un golpe tan hermoso! Aprieta mas fuerte, Jack, fangoso pícaro, mi valiente compañero!..... Y ahora huid, vil secuela! Una canoa os espera á flote..... Buen viage, Dios nos condene á todos!..... y que el diablo os lleve.

Los cuatro guardias se revolcaron completamente por el suelo, sin duda para llenar de polvo sus uniformes, y hacer creer que habian sostenido una desesperada lucha: en seguida comenzó la evasion.

Sacaron la parte limada de la pared del ponton con infinitas precauciones. Treinta condenados estaban ya en la mar sin que ningun ruido revelador se hubiese percibido; no quedaban ya en el entrepuente mas que unos diez hombres, enfermos, ó que no sabian nadar, Randal y Fergus.

—Vamos! mil miserias! dijo O' Chrane, despachaos! las cuerdas se me introducen en las carnes!

Fergus asomó la cabeza al agujero, y Randal lo detuvo por detrás.

—¿A dónde vais? le preguntó.

Admirado Fergus de aquella pregunta, no pudo contestarle.

—Vais á buscar, añadió lentamente Randal, lo que amais, y lo que aborreceis..... Sé vuestra historia, vuestro amor que es el de todo el mundo, vuestras esperanzas de odio, que son las de un gran hombre, ó las de un loco.

—¿Y cómo lo sabéis? preguntó Fergus que no conocia ningun confidente de su pensamiento.

—En Newgate teniais ya un gran delirio, y yo era, respondió Randal, vuestro compañero de calabozo... Escuchadme..... Mary Mac-Farlane vuestra querida, es la muger del honorable Godfrey de Lancaster.....

Fergus se apoyó temblando en su cama.

—¿Es eso cierto? murmuró.

—Muy cierto.... Soy del pais de Mac-Farlane y conozco al noble Angus tan bien como vos..... Esto es lo que hay respecto á vuestro amor. En cuanto á vuestro odio, se necesitan montones de oro para combatir á la Inglaterra, y en Lóndres, donde debereis ocultaros, no os espera mas que miseria.

—Despachaos, estúpidos picaros! gritó Paddy.

Fergus hizo un nuevo movimiento para arrojarle á la mar, y Randal lo detuvo por segunda vez.

—¿Y vos no vais tambien á salvaros? preguntó Fergus.

—No. Yo tambien necesito oro..... Tengo mi odio que se asemeja al vuestro, como la razon puede asemejarse á la demencia..... Aborrezco á Lóndres. En otro tiempo, nosotros los montañeses de Escocia éramos hombres valientes, con proporciones heróicas y terribles..... Lóndres ha formado de nosotros animales curiosos cuyas piernas desnudas, y plaid lleno de colores, son un entretenimiento para los niños..... Quiero ser el hombre mas rico de Lóndres..... Esta es una venganza.

—¿Y d'onde pensais encontrar esa opulencia?

—Donde pululan hombres resueltos, desesperados, codiciosos.....

Fergus bajó la cabeza y quedó pensativo.

—Por el agujero del infierno! esclamó Paddy O' Chrane: He ahí los dos mas imbeciles pícaros que conozco..... A el agua! trueno del cielo! á el agua, Satanás y sus cuernos! á el agua!

Fergus se volvió hácia Randal, y lo miró fijamente.

—¿Hay muchos hombres de esos que decis en Botany-Bay? preguntó.

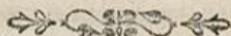
—Muchos..... hombres intrepidados, pacientes, inteligentes, indomables.... Hombres que pueden asesinar, pero que no saben hacer traicion á un juramento..... Hombres que disciplinados y conducidos por un pensamiento elevado, destruirian un imperio.....

Fergus dirigió la última mirada hácia la costa de Inglaterra, donde algunas luces brillaban en la lontananza , y cerró la abertura que habia facilitado la fuga á sus compañeros. Randal y él se acostaron en sus camas.





CAPITULO DECIMO.



Botany-Bay.

EL buque *le Van-Diemen*, que llevaba á su bordo una carga completa de deportados, con destino al puerto de Sidney, entre los que estaban Fergus O' Breane y Randal Grahame, maniobraba á la altura de las islas del cabo Verde.

El capitan del ponton el *Cumberland* de

Weymonth, no habia tenido que tomar muchas primas por los deportados confiados á su cuidado. En contra de esto, Paddy O' Chrane y sus tres compañeros habian sufrido muchas correas, segun el método aplicado aun hoy dia á los libres súbditos de su magestad. El castigo se limitò á esto, porque Paddy, haciendo uso de su elocuencia ordinaria, habia manifestado tan claro como la luz del dia que solamente su energia habia impedido que Fergus, Randal y los que no sabian nadar, que se arrojasen al agua.

Por lo que respecta al doctor Moore, la familia le habia compensado y con exceso, las filantrópicas liberalidades del gobierno.

Un buen buque velero que lleva mucha gente, es un verdadero paraiso. Tambien aquí el capitan y el cirujano toman una prima por cada condenado que entregan, sin averia, á los establecimientos de la Australia. Por consiguiente, estos dos funcionarios rivalizan en cuidados, y esmeros respecto á los criminales confiados á su solicitud. Podria decirse que eran dos escelentes padres velando noche y dia por el bienestar de una numerosa familia.

Una de nuestras recopilaciones periódicas que cuenta con hombres eminentes en todas las especialidades entre sus redactores el *London Magazine*, daba, hace algunos años, varios pormenores de un interés real acerca de estas travesias de condenados. Suguramente

que nada les faltaba , ó mejor dicho , todo lo tenían con profusion. El estado que provee á todas sus necesidades no lo hace escasamente, pues lo que cada uno de ellos devora bastaria para dos trabajadores robustos en su estado normal. «El domingo , dice la revista , se les dá una libra de rotbeef, y una libra de plum-pudding: el lunes igual cantidad de puercos en un puré de chicharos..... el viernes, vaca, arroz, y plumpudding: y á el anochecer se les dá á cada uno *mediapinta de vino de Oporto...*

Cuantos honrados individuos quisieran tener semejantes alimentos!

Pero sobre todo lo que hemos dicho , ¿el vino de Oporto no mezcla cierta dosis de agradable á lo útil que representa la vaca asada y el puré de chicharos?

Seguramente los ciudadanos de un pais tan opulento que convida á los malhechores á tales festines, deben disfrutar de la vida como reyes , porque ¿cómo es creible que el gobierno se ocupe en saciar á los criminales antes de acudir al socorro de la inocencia indigente?

Si sucediese asi , seria un incentivo irresistible para el crimen.

Y sin embargo, asi pasan las cosas ni mas ni menos. El mismo pais que amontona provisiones de todas clases en esta bahia de deportados , es el que deja perecer á cincuenta mil familias en los sótanos de Saint-Gilles. Los

hombres que se hartan de plumpudding en la travesía de Botany-Bay, y los que se mueren de hambre por no encontrar mondaduras de patatas entre las inmundicias y desperdicios de Lóndres, son igualmente ingleses, con la sola diferencia que los primeros tienen la inestimable ventaja de haber cometido un crimen.

Es sorprendente, inverosímil, y hasta milagroso que se encuentre en Inglaterra un hombre pobre y honrado á la vez.

Aun suele encontrarse aquí y allí, pero la lógica concluye por vencer mas tarde ó mas temprano, y esta escepcion normal vendrá á concluir muy pronto, y nos veremos precisados Dios mediante, á abrir troneras en nuestras casas para defendernos contra los candidatos de la deportacion.

Fergus O' Breane recobraba rapidamente sus fuerzas: vencida la enfermedad, su joven y rica naturaleza volvió á recobrar su vigor, y quiso borrar las huellas de aquel tiempo de arresto, desenvolviéndose mas prontamente. Fergus sentia diariamente en si mismo un nuevo vigor, al mismo tiempo que conocia que su inteligencia iba engrandeciéndose, y que su voluntad se afirmaba.

Como en alta mar las acciones de los condenados están restringidas únicamente con respecto á la seguridad del buque, gozan de una libertad casi absoluta. Fergus y Randal pudieron unirse con facilidad, y anudar entre

ambos relaciones diarias. Seguramente que habia mucha distancia entre Fergus y Randal, que en definitiva no era mas que un ladron de caminos; pero Fergus habia descubierto en su carácter inculto, y como desprovisto de la ciencia del bien y del mal, una especie de altivéz nativa mezclada á un juicio recto y profundamente perspicáz. El escocés tenia ademas una osadia de pensamiento, que unida á la firmeza espartana que ya le conocemos, podia en cualquiera situacion que se encontrase, hacerle distinguir del vulgo, y sobresalir de entre sus semejantes.

Randal, como suele decirse comunmente, no habia conocido hasta entonces obstáculo alguno, pues todos habian cedido ante la salvaje energia de su voluntad. Cuando se acercó á Fergus fué impelido por un vago sentimiento de compasion. Fergus era hermoso, y bien se sabe el prestigio que la hermosura tiene sobre los hijos de la naturaleza. Ademas de esto, habia recibido Randal en los calabozos de Newgate, las involuntarias confianzas de su fiebre, confianzas sin término fijo, por que el plan de Fergus no estaba ni acabado de concebir, ni arreglado completamente; pero estas mismas circunstancias las hacian mas estrañas y mas apropósito para herir la imaginacion de un escocés tan inclinado á lo maravilloso. Tambien él tenia su idea fija, idea, que si exceptuamos su estension, se asemejaba algo al pensamiento de Fergus.

Como ya hemos visto en su primera conversacion, Randal mantuvo su propósito; presentándose entonces como un buen consejero acababa de hacerle un servicio. Cualquiera que le hubiese preguntado un mes despues de esta época, por que se habian cambiado los papeles, por que Fergus habia cobrado sobre él un dominio absoluto; y por que siendo de mas edad, mas experimentado y mas fuerte, sometia su dictamen al de su jóven amigo, le hubiera encontrado seguramente sin respuesta. Quizá no lo advertia, pero el hecho era incontestable. No solo no estaba la superioridad á favor suyo, sino que la igualdad iba cada dia perdiendo de su equilibrio, y al cabo de un mes si Randal hubiese ecsaminado su conciencia, hubiera descubierto los sentimientos de un servidor subyugado, adherido hasta el estremo de quedar encadenado moralmente al destino de un amigo de pocos dias, que por una serie de transiciones imperceptibles, pero rápidas en sus sucesiones incesantes, habia llegado á ser su amo.

Despues de Mary Mac-Farlane Randal fué el primero que experimentó este encanto oculto é irresistible: algunos otros le siguieron. Cualquiera que se aprocsimase á Fergus O' Breane, y no tuviese para aborrecerle aquellos motivos á que el hombre obedece ante todo, como son el amor, la ambicion, y la venganza, hubiera sido atraido, seducido, subyugado. Pe-

ro cualquiera que le cobraba odio quedaba aniquilado y vencido: hombres y mugeres se lanzaron à su encuentro con el mismo ardor. Apareció como Dios para unos, como rey para otros, y del mismo modo que el amor que hacia sentir tocaba en el delirio, asi la amistad que inspiraba, iba unida irremisiblemente con el respeto.

Existe una mania comun à todos los grandes ingenios, y contra el que quizá Fergus se hubiese estrellado en un principio. Los que conciben grandes cosas no pueden avenirse sino con grandes medios, y los grandes medios están tan fuera de su alcance como el objeto de su idea; pero Randal se halló al paso de Fergus para salvarlo de este escollo. Colocó su juicio práctico entre las fulminantes teorías de aquel terrible poeta que meditaba la caída de un imperio, como se medita un drama ó una tragedia, sin pensar que en este mundo se necesita para todo un punto de partida, y que hasta Icaro, el simbólico hijo de Dédalo, no pudo ensayar sus alas de cera sino subiéndose à una alta torre.

Randal Grahame sirvió como se suele decir, de bota fuego al carácter atrevido y penetrante de Fergus: enseñóle los problemas, proporcionándole de este modo ocasion de resolverlos.

Y desde este momento se sirvió Fergus constantemente del instrumento que el desti-

no colocaba entre sus manos. Le amó; pero no le elevó hasta la dignidad de confidente suyo. Todos los problemas que habia resuelto quedaron reservados para si: Randal ignorando, y debiendo ignorar siempre el plan de la gran batalla, no conoció mas que ciertos pormenores que él mismo habia sugerido, y algunos proyectos de escaramuza en que debía tomar parte.

La travesia fué larga, y durante las horas de paseo sobre el puente, Fergus fué iniciado en la constitucion de la gran familia de Londres, que ademas de los cien mil adherentes se une con lazos mas ó menos estrechos á todos los outlaws del reino unido.

Randal y Fergus hablaron muy amenudo de Mary y Angus, á quien el jóven Irlandés profesaba un cariño de hermano verdadero. Mary habia sido robada en la quinta de Leod, en Escocia, por el honorable Godfrey de Lancaster, que se habia casado con ella en Gretna-Green.

La perdida de Mary habia sido para Fergus un golpe terrible, pero los trabajos de su inteligencia no le dieron lugar para que se entregase á la desesperacion. En cuanto al heredero de White-Manor, si hemos de decir lo que sentia nuestro jóven Irlandés, lo habia hermanado en su corazon con el seductor de Betty.

Se hubiera dicho que su facultad de odiar

estaba tan completamente absorta, que no podía afectarse por estos odios particulares, y que la aversion que puede nacer de hombre á hombre se acallaba ante el grito de guerra implacable y poderoso, dado contra la Inglaterra.

Después de una travesía de cinco meses, en cuyo tiempo habían hecho solo escala en la costa del Brasil, el buque llegó á la vista de Sidney. Desde aquel momento Fergus y Randal concertaron un proyecto de evasión, cuya ejecución prorogada indefinidamente, debía tener importantes resultados.

El cañon de Sidney anunció la entrada en el puerto del *Van Diemen*, y la bandera de llegada se veía izada en la punta de *South-Head*. La canoa del piloto real, se acercó bien pronto al costado del buque, y le condujo á el anclaje. Entonces se llenaron una porcion de formalidades, y concluidas estas, el capitán del puerto recogió en su bote al capitán del buque, y al cirujano, para llevarlos á casa del gobernador.

Apenas había marchado el capitán, cuando cien barcos partieron de la orilla á fuerza de remos, y rodearon en un abrir y cerrar de ojos al *Van-Diemen*.

Los que venían en estos barcos vistosamente empavezados, reían, cantaban, y gritaban, formando un inmenso clamor de bienvenida.

En estos barcos venían hombres, mugeres,

y niños, gordos, robustos, y respirando salud. Una grata sonrisa embellecía uniformemente las fisonomías de todos, pues aquella población respiraba la plenitud del bienestar material.

Refieren los poetas que en el tiempo del paganismo había también á semejanza de esta mansión , un parage del globo donde la desgracia era desconocida. Este lugar afortunado se llamaba la Arcadia , y estaba habitado por pastores cándidos, y pastoras inocentes, ni más ni menos como sus ovejas. En estos parages la infancia era santa, y la edad viril perezosa, pero irrepreensible : la vejez adornada con sus barbas blancas, se coronaba filosóficamente de pámpanos , y bebía el jugo de la vida en copas de piedra, como conviene á pastores de edad avanzada , criados en el temor de Baco. En una palabra , en esta dulce y muelle Arcadia de los tiempos mitológicos , respiraba todo el infantil perfume de la inocencia y de la sencillez : de modo, que no se nos haría muy difícil figurarnos que en este país no tenían los lobos dientes.

Esta Arcadia murió cierto día á manos de su propio fastidio: flautas de tres agujeros, pipas adornadas de cintas de colores, pastoras mosquetudas, y cayados floridos, todo desapareció de pronto.

Pero nosotros que somos cristianos, y algo más todavía pues somos cristianos refor-

mados, hemos resucitado á la Arcadia, con la sola diferencia que como las costumbres han cambiado, nuestros pastores engullen tremendas tajadas de vaca, en vez de chupar la azucar líquida del lotus, y en lugar de beber leche, se emborrachan pintorescamente con rack.

Podemos asegurar que nuestra Arcadia no se morirá de fastidio, porque sin pastores y pastoras posee un perfume superior. Ya no es la inocencia cándida hasta la necedad, es el crimen obeso y próspero el que descansa y se ceba en la abundancia material: es la serpiente que sestea, y á quien el trabajo de la digestion adormece: es Newgate transformado repentinamente en un paraíso terrenal.

El objeto se ha conseguido á nuestro parecer. Los malos instintos enmudecen en esta completa ausencia de necesidades: el que robaba para comer, el que asesinaba para vivir, ya no roba ni asesina.

¿Pero no es esto una cosa vergonzosa y estraña? Si la sociedad que es fuerte por si sola debe usar de clemencia algunas veces con respecto al crimen ¿se le ha de obligar por esto á que descienda hasta la misma debilidad? ¿No manifiesta obrando de este modo que capitula con quien le ataca, cuando se mantiene inflexible con el desgraciado que no usa de mas armas que de la súplica? ¿Que es esto? ¿pues qué, vosotros que os veis rodeados y acosados

por todas partes de la miseria, vosotros cuyos palacios se levantan inmediatos al ledazal en que yacen vuestros hermanos en desgracia, poseéis muy lejos un lugar de refugio opulento y vasto, un Chanaan cuya superficie cubriría diez veces á la Inglaterra, un paraíso donde encontraría con facilidad vigor y vida esa turba agonizante cuyo estertor inquieta vuestro sueño, y no firmáis un solo pasaporte sin que se os amenaze con pistola en mano? ¿Rechazáis á los que os suplican, y cedéis á los que os amagan? ¿Con pretesto de castigar recompensáis, y para merecer nuestros beneficios, es necesario obtener de vuestros tribunales de justicia un certificado de asesinato y de pillage? ¡Ah, sin duda que todo esto es efecto del egoísmo, mas estúpido que infame, de un egoísmo que pasa por la cobardía para llegar á la demencia!

Y que sucede? No hablamos ya de la miseria horrorosa que os cerca, y que procuráis remediar del mismo modo que los salvages de la Luisiania que curan á sus enfermos á cuchilladas: de aquella miseria gangrenosa y creciente que aumenta sin cesar y llegará á sofocaros algun dia: nos limitaremos á hablar ahora de los fáciles y abundantes tratamientos prodigados á nuestros criminales. ¿Que sucede? que hay criminales de dos especies, unos que hacen el mal por necesidad, y otros por inclinacion. El crimen tiene sus pontifices, y la vocacion, que es una estravagante consejera,

hace en esta clase como en cualquiera otra sus prosélitos. En cuanto á los primeros, vuestra accion es completa: los hartais y os olvidan: mientras tengan su porcion considerable, conservareis la paz. Han conseguido su objeto, pues os pedian la bolsa ó la vida: les habeis dado la bolsa, y os dejaron la vida.

Pero en cuanto á los otros que son fanáticos del mal; corazones artisticamente pervertidos, que se recrean unicamente en tramas diabólicas, y hacen daño solo por este placer, como un avaro amontona riquezas solo por guardar. ¿Pensais convertirlos con este sistema? ¿no sabeis que aun cuando sean deportados vuelven? ¿Por donde? Poco importa el camino, lo cierto es que vuelven, y aparecen como nubarrones que salen del centro de la tierra: y vuelven mas osados, mas fuertes, mas prudentes, y mas avezados en el crimen. *Botany-Bay* es una universidad como Oxford, y Dios sabe que los bachilleres de una son mas redomados que los doctores de la otra. Vienen y es sabido que la deportacion los ha convertido en demonios verdaderos á quienes no detiene barrera alguna, á quienes no puede sugerir ningun poder, y que acuden á aumentar ese tenebroso senado de malhechores de *Lòndres*, que por el vigor de su talento, la exactitud y penetracion de su golpe de vista aventajan en cincuenta por uno, á la inerte cámara de los pares.

De lo cual resulta, que apesar de esa paz comprada, de esa capitulacion impuesta, y de la indemnizacion concedida, no se logra desarmar, sino á los enemigos menos peligrosos.

La llegada de un bay-ship, constituye una fiesta para la colonia: los antiguos complices se reconocen y se saludan; se recuerdan mutuamente grandes hazañas y se hablan de tiempos mas felices.

Pero habia otra razon especial para que el *Van-Diemen* fuese acogido con gusto. Este buque traia ademas de los condenados, un cargamento completo de mugeres, que las primeras casas de Sidney y Paramatta habian pedido á sus corresponsales de Lóndres (1) Todos se apresuraban á ver á las recién venidas, y los marineros se encontraban apurados para impedir que los curiosos invadiesen el puente.

El desembarco no tuvo lugar hasta pasado algunos dias, porque es costumbre que el superintendente de los trabajos públicos no vaya á bordo sino cuando los condenados han recobrado su antiguo vigor con viveres frescos, y estén vestidos de nuevo para elegir entre todos los que debanser empleados por su cuenta. Los deportados asi que saltaron en tierra,

(1) Estos pedidos se hacen arreglados á la siguiente fórmula comercial. «A la vista de la presente os servireis remitir cincuenta mugeres, de varias edades, en buen estado de salud física y moral, cuyos costos y gastos me cargareis en cuenta, etc.

se colocaron en fila para que los ecsaminase el gobernador.

Era este un caballero estimable , que entrando de lleno en el pensamiento de sus amos, habia contribuido mucho, para hacer de Sdney una verdadera mansion de placer : felicitó al capitan, cumplimentó al doctor, y dirigió una alocucion muy tierna á sus nuevos subordinados. Concluido esto , se acercaron los artesanos Australienses, eligieron de entre los recién venidos, comprometiéndose á responder por los que tomaban á su cargo. Los que en esta circunstancia no encontraron caucion alguna, fueron conducidos al presidio.

Los artesanos de que acabamos de hablar eran presidarios cumplidos, admitidos á gozar de los derechos de ciudadanos de la nueva Gales del sud, bien porque se hubiese terminado su condena, ó por indulto del gobierno : tambien habia entre ellos condenados de menor cuantia que habian sido legitimados contrayendo matrimonio en la colonia.

¿No es un diagnóstico cierto y positivo de la reaparicion de la edad de oro , el favor que se concede á estos matrimonios, que Dios sabe como se contraen, y que se rompen con la misma facilidad? Por una parte se presenta un incorregible bribon, y por la otra una criatura que ha apurado en su breve carrera, todas las vergüenzas de la sociedad. Ambos están en presidio , pero si se casan , este solo acto le

vuelve la libertad y sus derechos. El bribon llega á ser un hombre honrado; y la condenada, una señora respetable; por consiguiente, los soldados del gobierno los recogen con la mayor consideracion, cuando los encuentran tendidos matrimonialmente en las calles de Sidney embriagados por el rack.

Fergus y Randal, no habiendo encontrado fianza en Sidney, fueron enviados á Paramatta.

La vida de los condenados en la nueva Gales del sud, es venturosa y uniforme. Randal y Fergus fueron colocados en casa de un mismo dueño, donde se ocuparon en echar los fundamentos para su obra. Al cabo de seis meses de maduras reflexiones, decidieron dar principio a la ejecucion del plan, para cuyo efecto Randal se casó.

Habia en Paramatta una hilandera (1) llamada Maudlin Wolf, cuya vida era una novela completa. Se creia que fuese de origen francés, y la sentencia que la habia condenado la designaba efectivamente con el nombre de Magdalena Le Loup, llamada la condesa Cantacouzene. Habia sido mucho tiempo la leona de Lóndres, donde habia fijado su residencia. No debia haber sido estremada su hermosura, pero los dandies de cierta edad conservaban un

(1) En Paramatta las condenadas escardan la lana, la hilan, y despues la tejen, y con estas telas se hacen los vestidos de los condenados.

grato recuerdo de las distintas gracias de su persona, asegurando que despues de la condesa, no habia habido en Lóndres aventurera mas completa en todo sentido. Era bien formada, y de airoso talante, aunque su estatura era mucho menos que mediana, y poseia segun parece en grado supremo, la ciencia de atraerse los corazones mas frios, y de desatar los cordones de las bolsas mas solidamente anudados.

Durante mucho tiempo, deslumbró á Lóndres con su fausto y arruinó á muchos banqueros, ansiosos de arrojar el dinero ageno por las ventanas. Pero, cuando se hallaba en medio de sus hermosos triunfos, se vió implicada en el famoso asunto de los diamantes de la duquesa de Devonshire, y convencida de ocultacion, fué llevada á los pontones.

Este suceso fué una pérdida considerable para la familia, pues Maudlin Wolf, ó la condesa Cantaucouzene era la muger mas diestra que ha ecsistido, siendo incalculables los servicios que habia prestado á la asociacion, entregándoles las cajas de sus opulentos protectores.

Es imposible corregirse con facilidad de la pereza contraida entre las muelles dulzuras de un lujo desenfrenado. En la nueva Gales del sud, espíó Maudlin terriblemente su pasada prosperidad, pues por ligera que fuese la tarea impuesta á un condenado, llegaba á ser pesadisima para los delicados dedos de la con-

tessa Cantacouzene. Durante la primera época de su permanencia en Sidney, echó mano para sustraerse del trabajo material, de todas aquellas astucias de la diplomacia femenina, que habian afianzado su imperio en Lòndres. Todavía era jóven y linda, y sus encantos le aseguraron la proteccion interesada de un cumplido que gozaba consideracion en la colonia.

Mucho tiempo pasó Maudlin de este modo, y las grazias de su persona diminuta, gracias llenas de donaire, y de gentileza provocadora, pero que necesitaban para agradar el incentivo de la juventud en toda su lozania, fueron disminuyendo insensiblemente, y acabaron por concluir de un todo. Si hubiese sido condesa hubiera dominado por lo agudo y florido de su ingenio, pero en Sidney, esta moneda carece de circulacion.

Enviáronla por consiguiente á Paramatta, y este fué su primer destierro y su primera caida.

Entonces fué necesario trabajar: Maudlin procuró hacerlo, pero desesperada se fugó. Dirigiéronla en seguida á George's Rivers. Sublevóse nuevamente, y no consiguió mas que otro destierro.

Windsor! noble nombre cuya armonia real, despierta sin duda un recuerdo en el corazon de los criminales mas endurecidos! La pobre Maudlin debia bajar todavia este escalon de la escala de la miseria. Windsor era en

aquella época el establecimiento mas distante de Sidney; el mastriste é inhabitable; pero como hiciese conocer aun amagos de resistencia, le pusieron un collar de hierro á la garganta, y la sepultaron en las minas de Coal-River.

Un año entero permaneci6 en las minas, y cuando volvi6 cumplida su condena, no pudieron reconocerla sus compaÑeros, pues su rostro se habia cubierto de innumerables arrugas; y su cuerpo se habia encorbado; ya no era mas que una vieja.

Sin embargo, su corazon permanecia joven, y su carácter turbulento, inquieto, y activo sobremanera, conservaba toda su viveza primitiva. Trabaj6 para no volver á las minas otra vez; pero guard6 en lo íntimo de su pecho un odio profundo hácia sus perseguidores. Ingeni6se como pudo, é intrig6 cuanto estuvo á su alcance, valiéndose de la singular astucia que formaba su carácter, logrando por último suscitar al gobierno una porcion de maquinaciones.

En la época en que Fergus y Randal llegaron á Sidney, Maudlin Wolf era un personaje con quien se debia de contar para todo. Estaba en relaciones con todos los descontentos: poseia la confianza de los mas peligrosos miembros de la familia que se hallaban deportados, y mantenia ocultas relaciones con aquella parte indisciplinada de la colonia, que permanecerá continuamente en guerra con la autoridad.

Estas eran las voces que circulaban , asegurándose además que Maudlin conocia perfectamente el sitio donde se ocultaba Smith el metodista , que habia tirado un pistoletazo al gobernador. Tambien se afirmaba que habia pasado en mas de una ocasion las barreras , y tomado el camino de las montañas azules para llevar noticias al bucanero Waterfield que arruinaba á todos los carniceros de la colonia, matando rebaños enteros de bufalos , y vendiendo la carne á precio tan bajo, que los trabajadores hartos ya de alimento , no querian trabajar. Todos estos rumores llegaban al conocimiento del gobernador , pero Maudlin no experimentaba sus consécuencias.

Con esta Maudlin Wolf se casó Randal Grahame, primeramente para quedar en libertad, y despues para abocarse por su medio con Smith, Waterfield, y algunos otros osados aventureros, cuya importante concurrencia necesitaba asegurar.

FIN DEL TOMO OCTAVO.

